

Cibergolem

LA QUINTA COLUMNA DIGITAL

Lectulandia

La crisis actual de la política y de la democracia sólo puede ser solucionada con el desarrollo de una hiperpolítica radical y de una democracia genuina y participativa capaz de generar una República global, sin fronteras. Más allá de la supuesta tecnoutopía de la ciberdemocracia, uno de los mejores instrumentos para llevar a cabo la superación de la actual crisis—quizás el único e indispensable—es la utilización alternativa de las nuevas tecnologías de información y comunicación como Internet o la telefonía celular. Sin embargo, el problema que se plantea es qué estrategia sería la más indicada para que el ciudadano activo participe, como parte de una movilización total, en esa tarea colectiva. Así, frente a la estrategia de la confrontación externa, se plantea la necesidad de una estrategia complementaria, quintacolumnista, en el interior de los sistemas tecnológicos y sociales como un factor determinante para la creación de una resistencia eficaz. Por ello, más que elaborar un modelo teórico cerrado de la alterglobalización, lo que necesitamos es un progresivo espacio comunal que primero integre—según un método hiperfilosófico—las diversas sensibilidades críticas de la política, el arte y la cibercultura, y luego reflexione sobre las tácticas posibles para que una conspiración estratégica sea posible. En este sentido, sólo una red de redes, cada vez más densa y organizada, de activistas que trabajen desde el corazón del Leviatán en torno a los grandes proyectos comunitarios (desde el software libre al copyleft) puede ser la garantía de un cambio de rumbo o de un método de supervivencia. Éste es el nuevo camino del ciudadano como “artista”: realizar una labor vital de zapa en su trabajo diario o en la universidad, en una ONG o en un foro sobre ciencia- ficción. La quinta columna digital se propone así como la retaguardia activista del mundo globalizado y en conflicto, un espacio virtual en donde todos podemos participar de manera pacífica con las armas de la imaginación cotidiana siempre a mano.

Lectulandia

Andoni Alonso & Iñaki Arzoz

La quinta columna digital

Antitratado comunal del hiperpolítica

ePub r1.0

Titivillus 23.11.16

Título original: *La quinta columna digital*
Andoni Alonso & Iñaki Arzoz, 2005
Diseño de cubierta: Sylvia Sans
Retoque de cubierta: Lestrobe

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A los ciudadanos de la República Global. A los activistas y hacktivistas de la quinta columna. A los sin conexión del mundo. A los amigos y enemigos de Cibergolem

Presentación

De acuerdo con las indicaciones de sus mismos autores, el presente libro debería ser leído como un *tratado-antitratado*. Por lo que a mí respecta, hubiera preferido denominarlo *ensayo-antiensayo*. La diferencia entre ambas etiquetas oximóricas no deja de ser, por sutil, menos relevante. El ensayo, al menos en la originaria concepción de Montaigne, da pie a una escritura sin cortapisas, a un libre y espontáneo deambular por los entresijos de un tema (no es casual que el mejor ejemplo moderno de ensayo nos lo haya proporcionado *flâneur* Benjamín, maestro inigualable en el arte de callejear, ya sea en la ciudad, ya en la literatura). En otras palabras, así concebido, el ensayo es lo contrario del tratado; es más, es el antitratado por antonomasia. De ahí que la expresión *ensayo-antiensayo* me parezca estar más en consonancia con la naturaleza de este volumen que no la de *tratado-antitratado*. La primera posee la indudable virtud de mantener la misma ambigüedad provocadora del oxímoron *tratado-antitratado*, pero además tiene la ventaja de dejar clara la absoluta heterogeneidad respecto a cualquier forma de tratado.

Sea como fuere, *tratado-antitratado* o *ensayo-antiensayo*, una cosa es indiscutible: el texto no da muestras en ningún momento de lo que antaño se denominaba «espíritu de sistema», no hay en él ningún intento de poner orden en el desorden, de hacer derivar cada detalle de un principio único. Sin embargo, tampoco se trata de un texto minimalista, dispuesto a plegarse al célebre eslogan del/en is more, tan venerado por los arquitectos de credo racionalista. Y es que la parsimonia no es lo que define a Alonso y Arzoz, quienes, por el contrario, pretenden dar cuenta de todo lo que hoy día se piensa, escribe y publica respecto al tema en cuestión. Su frontal rechazo de la totalidad entendida como sistema no está reñido con un voraz interés por la totalidad en cuanto infinito universo de lo posible. Actitud ésta que desemboca, como era de esperar, en una proliferación incontrolada de referencias de todo tipo y, consiguientemente, en un flujo de informaciones tan apabullante que no siempre el lector (incluso el mejor predispuesto o hasta el más preparado) consigue mantener el ritmo.

Bien entendido, no quiero decir con ello que dicha dificultad sea insuperable, ni tanto menos que la obra no merezca un esfuerzo a ese respecto. Antes bien, estoy convencido de que el lector tiene mucho que ganar si emprende semejante tarea. Así lo confirma mi experiencia personal. El hecho de bregar con las provocadoras tesis defendidas por los autores, con sus fulgurantes intuiciones, con sus implacables juicios, me ha abierto nuevos territorios para la reflexión. Una vez concluida la lectura, me he dado cuenta de que algunas de mis ideas se habían visto modificadas en alguna medida. No tengo empacho en admitir que el libro me ha ayudado a reconsiderar, desde un punto de vista crítico, algunos aspectos oscuros, por no decir siniestros, del momento histórico que estamos viviendo. Lo cual no es poco.

Yo diría que nos hallamos ante un libro que, a diferencia de muchos otros, no se

lee en vano. En pocas palabras, se trata de un libro útil. Creo que el hipotético lector, en su primera toma de contacto, no tendría que dejarse descorazonar por el errático estilo argumentativo propio de este texto, ni por la, en ocasiones, irritante sobrecarga de neologismos y metáforas, o por el empleo esporádico de una retórica profética y oracular más propia de manifiestos y panfletos.

En cierta medida, uno puede compartir reservas o dudas de este tipo. Ahora bien, las mismas no han de hacer olvidar otros aspectos a mi juicio mucho más importantes. Me estoy refiriendo, por ejemplo, al actual debate en torno a los efectos políticos y culturales de la globalización, una controversia de la que Alonso y Arzoz, con excepcional rigor filológico, han conseguido trazar un completo y sagaz panorama. Por otra parte, puede suceder que, a causa del estilo expositivo ya mencionado, el acceso a dichos aspectos no siempre esté exento de obstáculos. Aun así, me permito sugerir una vez más al lector que acepte el desafío sin reservas o prejuicios, o incluso, si se le permite la expresión, con la voluntad de gozar de los estímulos intelectuales que este libro nos brinda en abundancia.

A este propósito, me viene a la memoria la famosa exhortación que Hegel dirigía a sus lectores para que participaran en el banquete preparado por él mismo en homenaje al «espíritu del mundo». El banquete, decía, está servido. Los manjares que os ofrezco son copiosos y refinados, sólo esperan que vosotros, sin afectada moderación, os sentéis a la mesa para disfrutar de esas maravillas.

Creo que la alusión a esa idea golosa y rabelaisiana de banquete puede casar bien con la predisposición requerida para enfrentarse a este libro. Es decir, el lector debería cambiar de actitud, no ver ante sí una tarea gravosa por cumplir sino la estimulante experiencia de asistir a una especie de banquete en el que no se sirven, como en el caso de Hegel, los succulentos platos del «espíritu del tiempo» sino aquellos, no menos succulentos, de los grandes problemas de nuestro tiempo. Creo poder barruntar, además, que la idea de libro-banquete ha de gustarles a Alonso y Arzoz (no por casualidad, en uno de los capítulos, los dos autores postulan el humor y el placer de la vida cotidiana como métodos de conocimiento).

Ahora bien, no podemos olvidar que todo banquete tiene, o debería tener, sus propias reglas. Metáforas aparte, es obvio que para acceder a la lectura de un libro de este tipo es imprescindible conocer los cimientos de su estructura conceptual. En este caso, se trata de un reducido número de nociones clave (en su mayor parte, neologismos tomados de otros estudiosos o acuñados por los mismos autores) sobre cuyo eje rota todo el razonamiento.

Especialmente significativo a este respecto es el concepto de quinta columna. Como es sabido, originariamente procedía de la jerga táctica y militar de los fascistas durante la guerra civil española. La expresión se halla presente hoy día en muchas lenguas y conserva, en líneas generales, su sentido inicial. Es decir, por quinta columna se entiende, hoy como entonces, la acción de infiltrarse de forma subrepticia en un campo enemigo con el fin de minar, contrarrestar o debilitar su eficiencia

operativa. Un tipo de acción muy difundido hoy en día. Las agencias de espionaje (o de inteligencia) lo denominan *cover action*. En el caso de Alonso y Arzoz, la noción de quintacolumna desempeña un papel central en su discurso sobre la globalización. Los autores perfilan una estrategia quintacolumnista basada en la capacidad de infiltrarse en las grandes operaciones económicas, financieras y tecnológicas propias de la globalización, con el objetivo de favorecer, en su seno, el surgimiento de una alterglobalización (una globalización alternativa, en otras palabras, sustancialmente diferente de la actual). He de confesar que no me resulta claro cómo podría verificarse en lo concreto algo semejante. La dificultad está ligada, sobre todo, al hecho de que la propia globalización funciona ya como una estrategia sustancialmente quintacolumnista, una estrategia cuyo objetivo es hacer peligrar la estabilidad económica, social y política de los países-nación. De hecho, la alterglobalización debería funcionar como un quintacolumnismo capaz de contrarrestar el quintacolumnismo de la globalización. Los autores afirman que algo así sería posible a partir de una estrategia «astutamente quintacolumnista», guiada por un abierto y flexible «código (de comportamiento) quintacolumnista».

Otras dos nociones frecuentemente barajadas en el texto son la de hiperpolítica y la de hiperfilosofía. El ensayista alemán Peter Sloterdijk fue el primero en hablar de hiperpolítica, pero los autores del libro que nos ocupa otorgan al término un sentido diferente. De acuerdo con dicho sentido, la hiperpolítica es una política que aspira a convertirse en omnicomprendensiva, siendo capaz de filtrarse por todos los intersticios. La política, merced al formidable poder de conectividad de la red, tendría la potestad de estar presente en todas partes. Ahora bien, aunque esta idea resulta estimulante en un plano ideal, recuerda en exceso las elucubraciones tecnoutópicas que proliferaban en la California de los años setenta. Así sucede, por ejemplo, con la creencia de que el recurso a la electrónica hubiera bastado por sí mismo para favorecer el surgimiento de una «Nueva Atenas», una democracia participativa de masa a escala planetaria. Para ser justos, la posición de Alonso y Arzoz, más allá de incurrir esporádicamente en un ingenuo y algo afectado comunitarismo, no es tan simple. En el fondo, su actitud es más desencantada, más crítica y menos dispuesta a reconocerles a las nuevas tecnologías un papel mesiánico. Como es natural, los autores admiten que las nuevas tecnologías pueden favorecer la vida democrática, pero se oponen a cualquier forma de fanático determinismo tecnológico. En su propuesta a favor de una «hiperpolítica», se otorga a la red un papel importante, pero no tanto como para ver en ella un sustituto de la acción política. A su juicio, hablar de la red no es un modo de «hablar de otra cosa», es decir, de no hablar concretamente de la política concreta, de la política con p minúscula.

Es éste un punto crucial, ya que cualquier intento de propiciar una creíble (y plausible) alternativa a la voraz globalización neoliberal hoy en acto ha de asumir como punto de partida el hecho de que los problemas por resolver no son (o no son sólo) tecnológicos, sino siempre, y en primera instancia, estrictamente políticos.

Siendo bien conscientes de ello, los autores consideran, con razón, que no existe la posibilidad de una hiperpolítica sin una hiperfilosofía. Por hiperfilosofía se entiende, entre otras cosas, «el método privilegiado y natural para el desarrollo técnico-práctico de la hiperpolítica». Es decir, que la hiperpolítica es vista como una derivación de la hiperfilosofía. En las páginas del libro, la naturaleza de la relación entre ambas esferas es sondeada de forma insistente, momentos en los que, a mi juicio, el libro ofrece quizá su contribución más novedosa. En concreto, me refiero al balance crítico de las ideas defendidas por algunos conocidos teóricos de la alterglobalización. Ideas que, paradójicamente, tienden, en la mayor parte de los casos, más a legitimar (cuando no a ennoblecer) la actual globalización que a buscar una alternativa a la misma.

Uno de estos teóricos es Antonio Negri, quien, junto al estadounidense Michael Hardt, es autor de dos ambiciosos ensayos, *Imperio* (2000) y *Multitud* (2004), que han gozado de una amplia repercusión mediática. Es preciso señalar que los juicios de Alonso y Arzoz acerca de las tesis posmarxistas de Negri son muy vagos, en ocasiones contradictorios, en una especie de movimiento pendular de elogios y críticas. Entre los primeros, por ejemplo, el de considerar a Negri un «pensador poderoso», un juicio a mi parecer a todas luces excesivo (por mi parte, considero a Negri un pensador más bien confuso, ni siquiera dotado en todo momento de honestidad intelectual). Entre las críticas más convincentes, al menos desde mi punto de vista, querría señalar las relativas precisamente a los conceptos clave de Negri y Hardt: Imperio y Multitud. Conceptos que, por su ambigüedad, son considerados «peligrosos» por Alonso y Arzoz. Un juicio con el que concuerdo. En el primer caso, porque el Imperio es concebido como un no-lugar, una entidad descentrada y desterritorializada, olvidando el hecho de que existe un lugar central, los Estados Unidos, en el que los hilos del Imperio son manejados en beneficio de la propia estrategia de dominación. Así pues, un Imperio que ayuda de forma solapada a esconder y a hacer invisible el Imperialismo. En otras palabras, un Imperio sin Imperialismo. En el segundo caso, porque la Multitud es anunciada como el nuevo sujeto global revolucionario, pero sin especificar en ningún modo de qué forma dicho sujeto podría actuar en el actual contexto mundial, un mundo en el que campan por sus respetos el neoliberalismo más salvaje, las guerras preventivas más criminales y el terrorismo más sanguinario.

Para terminar, me gustaría hacer hincapié en el hecho de que, en este libro, en conjunto muy bien argumentado, algunas cuestiones importantes se discuten con excesiva celeridad, por lo que no se profundiza en ellas lo suficiente, con el riesgo de que puedan surgir numerosos malentendidos. Un ejemplo es el de la cuestión del arte. Los autores mencionan un presunto fracaso del arte de vanguardia, mientras defienden la tesis de que dicho arte debería ser sustituido por un nuevo «arte popular contemporáneo». En ese «arte popular contemporáneo» se incluyen muy diversas formas de experimentación artística presentes hoy en día en el ámbito de la

cibercultura (ciberarte, net art, body art, vídeoarte digital, performances, etcétera). Es decir, un arte sustancialmente alternativo, en oposición al arte vanguardista, considerado elitista, es decir, no popular. Sin entrar a discutir dicha visión (paradójicamente muy vanguardista), que interpreta el desarrollo artístico como una contraposición continua de paradigmas artísticos diferentes, una visión que ignora el relativismo (o eclecticismo) hoy dominante en el campo del arte, es preciso señalar que las cosas no han ido como se esperaba. Ese arte, digamos, cibercultural, que debía ser el resultado del activismo creativo popular, ha sido asimismo metabolizado de manera implacable por el mercado elitista del arte. Es de esperar que, en sus próximos libros, Alonso y Arzoz desarrollen estas cuestiones.

Tomás Maldonado
Milán, 2005

Agradecimientos

Nuestro sincero agradecimiento a los colaboradores de Cibergolem en esta etapa tentativa de reflexión y activismo sobre la hiperpolítica quintacolumnista, que nos han proporcionado intuiciones, ideas, críticas y visiones para compartir de manera hiperfilosóficamente amistosa.

A Javier del Arco, Ignacio Ayestarán, Joaquim Dols, Puy Pinillos, José Antonio Recio, Enrique Santos y Jabier Villarreal.

Sin su participación y estímulo creativo este germinal curso quintacolumnista de pensadores y artistas no sería posible ni practicable la vía abierta hacia la contrautopía pirata de la República Global.

También queremos manifestar nuestro reconocimiento a la labor de Arteleku y especialmente al trabajo de la Fundación Rodríguez -formada por Arturo Rodríguez Bornaetxea y Natxo Rodríguez Arkaute-, la cual, a través de su proyecto Tester, ha posibilitado el alumbramiento de los primeros pasos de esta iniciativa, además de implicarse personalmente en su irónica recreación. Juntos, Fundación Rodríguez y Cibergolem, dos nodos activistas cercanos y afines, hemos compartido con entusiasmo las labores del apostolado testa y nos hemos infiltrado mutuamente de manera quintacolumnista y simbiótica, para extender una red activista entre el arte y la política.

Nuestra gratitud también para Tomás Maldonado, maestro y pionero en la reflexión crítica sobre la cibercultura, por su amable presentación.

A los colaboradores de la penúltima iniciativa de la quinta columna, el *1º Potlach de Estrategias y Tácticas Quintacolumnistas para la Hiperpolítica* («5.000 caracteres para la quinta columna digital»), todos ellos autores que admiramos críticamente, por sus generosas aportaciones.

Y a Maite Barrera por la revisión de última hora de la primera versión del texto de este tratado.

Este antitratado es la más reciente cosecha en el comunal de la quintacolumna digital, y esperamos que no sea la última de un largo proceso, en el que todos somos necesarios.

Prólogo Carta-manifiesto al ciudadano de la República Global

Ciudadano, ciudadano lector, ciudadano internauta:

Saludos cómplices desde el papel y desde el espacio hipertextual. Nos dirigimos a ti porque creemos que, como nosotros, estás preocupado por los asuntos de la República, de esta República Global que es el mundo. Y para nosotros tú eres, seas quien seas, antes que el gobernante o el político profesional -esos nuevos príncipes—, el actor principal del drama de nuestra ciudad planetaria e interconectada. Pero has de saber que nosotros, aun siendo ensayistas, somos ciudadanos como tú, sólo que ciudadanos con voz —una voz eventualmente tenue e insignificante en la algarabía de la República— que queremos compartir nuestras reflexiones contigo. Hace años que venimos investigando desde una visión crítica diversos aspectos importantes, decisivos, para la evolución de la República de los ciudadanos, como son la tecnología y la cibercultura. Hemos escrito panfletos y manuales contra la Nueva Ciudad de Dios, contra su tecnoutopía digitalista y ciberimperialista creada por la filosofía tecno-hermética y la hemos contrapuesto a una CiberAtenas, el núcleo comunitario e igualitario de esa posible República Global alternativa y, por tanto, su reverso positivo y constructivo. Pero, para esta República Global las cosas no han mejorado desde entonces, pues en su proceso de aceleración tecnológica, los problemas se han complicado notablemente —especialmente con un nuevo clima de guerra y violencia—, aunque también hemos de reconocer que han surgido alentadores movimientos alternativos e iniciativas sorprendentes. Para arrojar algo de luz, desde esta apartada región de la República, hemos preparado un breve antitratado de lo que her, '~ llamado «hiperpolítica» —en principio, la política de la era de la globalización y la cibercultura— enfocado como guía activista. La hiperpolítica — aparte del neologismo— es un tema intuido por mil autores y tratado de mil maneras, pero hasta ahora no concebido como un nuevo concepto en sí mismo, y nos parecía el más importante en el momento actual de cambios sociales vertiginosos para orientarnos nosotros mismos con tu ayuda y participación.

La hiperpolítica es la política incipiente del presente, y a buen seguro del futuro próximo que nos aguarda, y conviene estar alerta y preparado, precisamente para poder intervenir con sentido y conocimiento. Por ello, este texto no está dirigido especialmente a la élite de ninguna vanguardia concienciada sino a la inmensa retaguardia popular de ciudadanos, a la mayoría de republicanos susceptibles de convertirse en activistas hiperpolíticos. Pues no es tiempo éste de manuales ortodoxos o *kempis* devocionales para obedecer, sino de textos abiertos, interactivos e hiperfilosóficos, a través de los cuales cada ciudadano reinicia la reflexión y el diálogo, las claves de la labor hiperpolítica. Ésta es nuestra propuesta, y la propuesta de nuestro irónico heterónimo conjunto de dos autores, al que hemos llamado

Cibergolem^[1], para continuar a través de la red y del correo electrónico el necesario trabajo hiperpolítico de la República Global. No hay motivo, por tanto, para que nuestro tratado sea teoría acabada o doctrina hiperpolítica, sino algo más interesante que hemos llamado ensayo-ficción, esto es, un tratado simulado sobre el futuro inmediato pero escrito desde el presente, como si ese futuro cercano se hubiese cumplido ya, esto es, una especie de ensayo de ciencia-ficción escrito como si la naciente hiperpolítica fuera una realidad plenamente operativa en la República Global. Y entonces sí es, en este sentido imaginario y prospectivo, una guía abierta sobre la nueva forma del (hack)tivismo hiperpolítico, que ofrece una serie de descripciones, principios, métodos y corolarios para ser discutidos y elaborados por el colectivo de lectores ciudadanos, que ensayan de esta manera su participación en la República Global a través de la formación de una comunidad de ciudadanos.

Pero no vamos a tratar sobre todos los asuntos habidos y por haber en la hiperpolítica republicana y menos sobre la conquista del viejo poder aristocrático como antaño, sobre la insigne República de Florencia, intentara el malogrado Girolamo Savonarola o el astuto Nicolás Maquiavelo, aunque nos inspire su ejemplo. Al contrario, nos dedicaremos, especialmente, a esos nuevos métodos, hiperpolíticos y por tanto genuinamente éticos, para repartir un nuevo poder o antipoder popular, para crear una república alternativa, una antirrepública o contrarrepública de los ciudadanos, es decir, los diversos métodos de la estrategia quintacolumnista para crear espacios de verdadera libertad y participación. Pues ya no existen el ominoso fuera del limes ni los bárbaros amenazantes, sino únicamente el horizonte curvo de la República, de la polis definitiva y totalizadora que ha incorporado amigos y enemigos, ciudadanos nativos y metecos. Ya aquello que llamamos con insistencia República Global, algunos creen, creemos nosotros también, que en estos momentos sólo lo es como un tiránico remedo platónico o, mas bien, un Ciberimperio que ha devorado toda geografía y cultura hasta dominarlo todo, o casi todo...

Para que sea polis y república verdadera, CiberAtenas y nunca más Roma imperial, ciberimperial. nuestra voluntad quintacolumnista sólo puede dar lugar a algo parecido a un esbozo de tratado de estrategia hiperpolítica, esto es, a un tentativo y germinal arte de la hiperpolítica, aprendiendo o intentando aprender de Sun Tse y otros sutiles estrategias occidentales y orientales para aplicarlo a nuestro ámbito. Y si es posible, que sea aún, aunque imperfecto y apresurado, un híbrido de tratado republicano subversivo y arte de la guerra incruenta. Un ensayo ficción que aun con la insolencia de declararse un *fake* deliberado nos permita soñar la rebelión republicana, pero, sobre todo, imagine y disponga los medios de llevarla finalmente a cabo. Y así, entre el pensamiento y la literatura, este antirratado abierto de hiperpolítica quintacolumnista se ofrece como una contribución de ideas copyleft, una producción de cibercultura libre, un antitratado comunal para los ciudadanos generado por los ciudadanos. Apenas precedido por una introducción como esbozo sobre el enigma recién desvelado de la hiperpolítica, a modo de mapa de la ciudad

virtual que es la República y concluido por un epílogo y prótesis hiperfilosóficas como reclamo a la colaboración reflexiva.

y esta quinta columna digital comienza ya a introducirse como un virus troyano, ciudadano lector, en las calles de la República, al iniciarse tu lectura...

Cibergolem, marzo de 2005

La hiperpolítica —sea lo que quiera que sea— es la primera política para los últimos hombres. En la medida en que organiza la capacidad de convivir de los últimos, tiene que hacer una apuesta con muchas pretensiones, para la que no hay precedentes; se enfrenta a la tarea de hacer, a partir de la masa de los últimos, una sociedad de individuos que, en adelante, tomen sobre sí el ser mediadores entre sus ancestros y sus descendientes. La sociedad hiperpolítica es una sociedad de apuestas, que en el futuro jugará también a mejorar el mundo; lo que tiene que aprender es un procedimiento para obtener sus ganancias de modo que, después de ella, también puedan darse ganadores.

PETER SLOTERDIJK, *En el mismo barco*

El gran peligro de cualquier república democrática es que la gente piensa que la democracia es como un autómatas, esto es, un motor que funciona solo sin esfuerzo y que como las pilas del anuncio, simplemente se mantienen funcionando y funcionando eternamente. Pero, de hecho, la democracia no funciona por sí sola y para siempre. Requiere el combustible de la ciudadanía activa.

BENJAMIN BARBER, entrevista en <http://www.scottlondon.com/interviews/barber.html>

En un mundo interdependiente, la democracia tiene que ser global o fracasará en todos los lugares. Esta particularidad hace que la democracia fuerte sea más relevante que nunca, ya sea en San Sebastián o en San Francisco.

La democracia es una forma moderna y emblemática de democracia participativa. Descansa en la idea de una comunidad autogobernada de ciudadanos, unidos más por la educación cívica que por intereses

homogéneos. Ciudadanos ilustrados para la actividad mutua y las empresas comunitarias en virtud de sus actitudes cívicas e instituciones participativas en lugar de por su altruismo y su natural bondad.

BENJAMIN BARBER, *Democracia fuerte*

La democracia requiere una innovación radical y una nueva ciencia. Necesitamos concebir formas diferentes de representación, o tal vez nuevas formas de democracia que superen el paradigma de la representación. Cuando la multitud es por fin capaz de regirse a sí misma, la democracia es posible.

MICHAEL HARDT y ANTONIO NEGRI, *Multitud*

El anarquismo epistemológico se diferencia tanto del escepticismo como del anarquismo político (o confesional). Mientras el escéptico o bien considera que todas las opiniones son igualmente buenas o igualmente malas, o bien se abstiene de hacer un juicio de este tipo, el anarquismo epistemológico no tiene inconveniente en pronunciarse a favor de las tesis más banales o insolentes. Mientras que al anarquista político le gustaría acabar con una determinada forma de vida, el anarquista epistemológico puede, incluso, llegar a defenderla, ya que nunca permanece eternamente ni a favor ni en contra de ninguna institución ni de ninguna ideología.

No hay opinión alguna por «absurda» o «inmoral» que parezca, que el anarquista no tome en consideración y no tenga en cuenta a la hora de actuar, ni ningún método que considere imprescindible.

PAUL FEYERABEND, *¿Por qué no Platón?*

Apariencia e intención son esenciales en el arte de la guerra. Apariencia e intención significan el uso estratégico de estratagemas, la utilización del engaño para obtener lo que es real.

Apariencia e intención seducen a la gente de manera inevitable cuando se utilizan con maestría, incluso cuando la gente siente que existe otra intención escondida detrás de la simple apariencia. Cuando estableces estratagemas y los adversarios caen en ellas, vences al ponerlas en práctica según tu astucia.

Respecto a los que no caen en una estratagema concreta, en cuanto te

apercibes de ello, ya tienes otra preparada. Así que si los adversarios no cayeron en tu estratagema original, caen después de todas maneras.

(...) Incluso aunque la verdad real esté escondida dentro, mientras que la estrategia se despliega hacia fuera, cuando llegas finalmente a la verdad real, todas las apariencias se vuelven verdaderas y reales.

YAGYU MUNENORI

La democracia no es una alternativa a otros principios de la vida en comunidad. Es la idea de la vida misma en comunidad... es un nombre para una vida en comunión libre y enriquecedora.

JOHN DEWEY, *La opinión pública y sus problemas*

«Estrategia» es una manera de referirse a una situación en que la ausencia de un estado mundial coincide con el momento fundacional del cosmopolitismo, con la pugna por un sistema de reglas global. En otras palabras, por lo que concierne a qué tipo de teoría sea, se trata de una teoría de la acción con una intención política mundial, de una contribución que inaugura la teoría del realismo y el maquiavelismo cosmopolitas sobre el poder.

Renunciar a estas estrategias de Gran Política porque su puesta en práctica parezca utópica significaría, en este momento histórico, renunciar preventivamente a una estrategia de poder fundamental para la política. En este sentido, pues, hablamos de contenidos de la política como cálculo estratégico de poder. Que esto sólo sea posible si los contenidos como tales son convincentes y capaces de entusiasmar y movilizar a la gente, puede considerarse parte del cálculo estratégico.

ULRICH BECK, *Poder y contrapoder en la era global*

Introducción Un antitratado de hiperpolítica quintacolumnista para el ciudadano

Como hemos indicado, nuestra visión de la hiperpolítica no se corresponde con la de unos supuestos teóricos de la política que trataran de explicar este nuevo concepto, sino con la de unos ciudadanos dotados de una voz impresa y electrónica que, desde la práctica cotidiana y activista, ven surgir un nuevo ámbito de actividad política. Cualquier reflexión deliberada y formalmente académica en este sentido -aun siendo totalmente legítima— correría, en este momento germinal, el paradójico riesgo de no ser una práctica hiperpolítica genuina, sino torpe y convencionalmente política. Y para que el concepto de hiperpolítica —al menos, tal como nosotros lo entendemos— no quede cerrado y obstaculizado a la manera tradicional, decididamente elitista y restringida, hemos de proponernos, tan sólo, esbozar este breve tratado de urgencia como propuesta o proposición mínimamente articulada, para que los lectores, profesionales o no del pensamiento o de la política, lo rumien, lo difundan, lo discutan y, acaso, lo ensayen.

Así pues, nuestro tratado es un antitratado, por antidogmático y tentativo, por deliberadamente activista en su propia textualidad abierta. Se halla destinado, más que a los anaqueles de las bibliotecas, a la práctica hiperpolítica misma, cuyos desarrollos teóricos —sin duda muy necesarios en una fase posterior— ahora sólo nos interesan secundariamente. Breve, elemental y eminentemente práctico, este antitratado de hiperpolítica está dirigido a los sujetos potencialmente hiperpolíticos que necesitan urgentemente ciertas herramientas conceptuales. Más cercano al panfleto y al manifiesto, géneros con larga y brillante tradición política e hiperpolítica, ya que pretenden movilizar a los ciudadanos y conducirlos a la rebelión inteligente y cotidiana, este antitratado se presenta como un texto comunal, apenas esbozado y abierto a la mejora y a la reelaboración hiperpolítica, y por ello, accesible a todos los ciudadanos de la República Global. Este texto, una muestra de cibercultura libre (equivalente hiperfilosófico al software libre) tan sólo pretende ser entregado a los ciudadanos lectores de esta República Global clandestina para que sirva de introducción a la más inmediata práctica hiperpolítica, que es la reflexión. Por ello, pese a su necesaria precariedad, éste ha de ser un texto singular, ya que es un «antitratado lanzadera» que interpela directamente al lector a través de una serie de cuestiones básicas o proposiciones temáticas interactivas, entendidas en un sentido activista. No obstante, y para no dejar al lector desasistido desde el principio ante esta exigente labor, le dibujamos previamente un marco de referencia conceptual e histórico que le oriente antes de entrar en materia.

La crisis de la política

Existe ya una amplia coincidencia entre numerosos observadores políticos y en el movimiento de la alterglobalización en que la política ha entrado en crisis, una grave crisis que va más allá de la inherente inestabilidad de la política internacional. Una crisis de la política que para nosotros es, básicamente, una crisis de la democracia, como señalan por ejemplo Colin Crouch (2004) o G. Mulgan (1997), hasta el punto de que se ha convertido en un tópico hablar de la crisis de la democracia como uno de los males que aquejan a la globalización.

Pero tampoco nos estamos refiriendo únicamente a la inherente imperfección de la democracia formal —como acusaban los marxistas en otras épocas— y de los sistemas electorales, que en Occidente constituyen el núcleo de la práctica democrática. Creemos que la crisis de la democracia es sólo la consecuencia y el síntoma de la crisis de la política, de la concepción misma de la política. No vamos a profundizar ahora en las causas de esta crisis ni de los problemas de la democracia representativa; abstención creciente en los procesos electorales, ausencia de posturas políticas o ideologías realmente diferentes, economicismo rampante, mayor opacidad de la labor de gobernantes, etcétera. Únicamente constatamos, de momento, que existe esta crisis de la política y de la democracia, que repercute, por ejemplo, en una deslegitimación de los procesos electorales o en críticas globales al sistema parlamentario actual. En el fondo, sospechamos que esta crisis no obedece tanto a una coyuntura internacional especialmente complicada ni a circunstancias locales de un país concreto, sino a una pesada sensación de anquilosamiento y hasta de temor de la vieja política a la hora de adaptarse a nuestro tiempo.

Con esto no queremos hacer referencia al tiempo del «fin de la historia» que planteaba Fukuyama (1992) —en cuya interesada especulación no entramos—, sino al tiempo nuevo de nuestra época global, con todos los complejos procesos económicos, sociales y tecnológicos que conlleva. En este sentido, nuestra percepción es que estamos asistiendo al nacimiento de la sociedad de la información en la era de la cibercultura. Esta sociedad informacional, en principio, es más creativa, igualitaria y participativa, y ha dado lugar a un modo de entender los problemas y a una expectativa social a la que la vieja política convencional no se ha adaptado suficientemente. Se podría pensar que este cambio de rumbo ha sido un éxito de la propia democracia, en el sentido de que, una vez asentado el régimen parlamentario, exigiría de sus ciudadanos la creación de una cultura democrática en todos los ámbitos. No negamos esta posible influencia positiva, pero hay algo más, pues esta crisis no ha sido generada en el seno de las instituciones democráticas —habitualmente conservadoras—, sino en ese amplio y diverso ámbito civil que, gracias a las nuevas tecnologías de información y comunicación, ha redescubierto el fiasco antidemocrático de la democracia meramente formal, al tiempo que ha rescatado ese acervo de prácticas políticas, antiguas y nuevas, que nos pueden

conducir a otro nivel de la política real, a otro espacio más genuino de la democracia.

El nacimiento de la hiperpolítica

Es en este clima de crisis, cuando no de pura contestación en muchos casos, donde han surgido, no tanto una nueva visión de la política como una serie de prácticas políticas que pretenden devolver a la democracia su sentido original, aunque sea al margen de los cauces establecidos. Esta iniciativa todavía difusa no nace como un movimiento regenerador de la democracia formal, sino como otra visión paralela, acaso pretenciosamente alternativa, aunque quizá complementaria, de la democracia realmente existente. En el comienzo de esta nueva práctica política, no hay todavía elaboraciones teóricas específicas de alcance (apenas fragmentos intuitivos o teorías afines y aproximadas), ni siquiera noción de que exista como tal, por lo que, obviamente, no la escucharemos en labios de los políticos. Han aparecido otros términos que podrían aproximarse al concepto de hiperpolítica, como la República Digital o e-república, tal como sostiene Cass S. Sustein (2002) (no confundir con Digital Republic, una empresa que proporciona tecnología informática para el e-government y consultoría sobre la implantación de dispositivos electrónicos — votación por ordenador, identificación de criminales por ADN— pero que no está dirigida a una praxis hiperpolítica de todos los ciudadanos, ya que se trata de un puro negocio de ciberdemocracia). Sustein se preocupa por la información y su control, argumentando que la libre circulación, dentro de unos cauces de legalidad, es la base de cualquier sistema democrático que se precie. Una vez más, se trata de utilizar la tecnología nueva, no como una oportunidad para crear algo distinto, sino únicamente para mejorar o corregir los defectos de la política tradicional. Por otro lado, pensar la política de forma hipertextual como proponen Mauro Calise y Theodore J. Lewy (<http://www.hyperpolitics.net/>) permite flexibilizarla, señalar conceptos contrarios, complementarios y contradictorios, organizando una topología visualmente más compleja que los textos tradicionales de política, etcétera, pero sus autores no quieren ir más allá de la cuestión puramente educativa del posible hipertexto sobre política.

Sin embargo, en John Katz (<http://ndnear.com/cluster/472texts/katal.pdf>) encontramos mayor afinidad en su propuesta del «ciudadano digital» y su correspondiente «nación digital». Katz afirma que existe una clase de ciudadanos cuya formación política, fuentes de información e intereses cívicos ya no son resultado de los canales políticos usuales. Por ello expresa su hastío hacia una forma

política desfasada, basada en estructuras del siglo XIX, que no corresponden a una sociedad progresivamente alfabetizada en las cibertecnologías. No obstante, en su visión se trasluce cierto elitismo y parece que ese ciudadano digital (netizen) se reduciría al estadounidense de clase media, superficialmente libertario, que usa la red varias veces al día.

El «activismo digital» es otro de los conceptos que podrían acercarse a nuestra idea de hiperpolítica. Por ejemplo, Oneworld.net considera que el activismo digital se centra en el uso de las nuevas tecnologías para las acciones de las ONGs, para la realización de campañas políticas o para la elaboración de un arte electrónico reivindicativo, labores éstas de claro corte hiperpolítico, aunque limitado, porque no incluye todas las posibles transferencias ni consecuencias de estas prácticas. Ninguno de estos interesantes conceptos se ajusta completamente a la verdadera e integral novedad de la hiperpolítica, aunque ciertamente contienen elementos interesantes.

Por ello, podemos concluir que en estos momentos la hiperpolítica apenas es una intuición compartida y entrevista en muchos lugares a la vez, pero cuyos ecos son cada vez más audibles e insistentes. No es preciso, desde luego, darle nombre, pero somos conscientes del poder conjurador de la palabra, aunque sea un neologismo puramente funcional como éste de «hiperpolítica». Ni siquiera lo han creado los autores para atribuirse un escaso mérito, ya que sólo lo han elegido por considerarlo el más adecuado y operativo de todos los posibles. «Hiperpolítica», hasta donde alcanza nuestro conocimiento, es un término lanzado, aunque no explorado, por el siempre polémico pero atractivo Peter Sloterdijk en un breve ensayo, *En el mismo barco. Ensayo sobre hiperpolítica (1994)*, donde afirma que precisamente

la hiperpolítica —sea lo que quiera que sea— es la primera política para los últimos hombres. En la medida en que organiza la capacidad de convivir de los últimos, tiene que hacer una apuesta con muchas pretensiones, para la que no hay precedentes; se enfrenta a la tarea de hacer, a partir de la masa de los últimos, una sociedad de individuos que, en adelante, tomen sobre sí el ser mediadores entre sus ancestros y sus descendientes. La sociedad hiperpolítica es una sociedad de apuestas que en el futuro jugará también a mejorar el mundo; lo que tiene que aprender es un procedimiento para obtener sus ganancias de modo que, después de ella, también puedan darse ganadores.

y aunque en el texto se aprecian ciertos ecos molestos del fin de la historia y del último hombre de Fukuyama, nos apropiamos del término —lo confiscamos y reutilizamos al modo quintacolumnista— porque nos parece sugerente pero no fantasioso, y sólo para dotarlo de una entidad propia más allá o más acá del discurso solemnemente literario y retórico de Sloterdijk.

Así, «hiperpolítica» sería, a nuestro entender, una ampliación de la política, pero no en sentido peyorativo por difuso o hinchado, sino positivo, pletórico de

posibilidades. Nos interesa especialmente el prefijo hiper—, no por abundar en la moda actual de potenciar artificialmente ciertos conceptos, sino porque, justamente, se conecta de manera natural, genealógica, con «hipertexto» y, particularmente, con su derivación «hiperfilosófica», esto es, un modo de pensamiento de carácter filosófico, cuya elaboración horizontal, interconectada y colectiva ha sido provocada o facilitada por las nuevas tecnologías hipertextuales desplegadas en la red. De ahí, fácilmente, se deduce que la hiperpolítica es la hiperfilosofía metida en la arena política, gracias a la extensión social de las nuevas tecnologías de información y comunicación (NTICs) en la República Global, pero que también va más allá.

En su afán de recuperación de lo político-democrático, no se plantea desde el tecnofanatismo, como una forma de política virtual o de limitada ciberdemocracia, sino como una ampliación coordinada del ámbito real y del ámbito virtual de la política, de la sociedad en la calle y en la red.

No nos gustan las definiciones, que a menudo atrapan y fosilizan la virtualidad de los conceptos nuevos, pero proponemos una definición tentativa, puramente descriptiva, a modo de primera enunciación abierta de la hiperpolítica, como punto de partida para que sea debatida:

Hiperpolitica = la política de los ciudadanos, en los ámbitos no necesariamente políticos, en la era de la globalización y posibilitada por el uso de las nuevas tecnologías.

Sabemos que la concreción de esta definición no es excesiva, pero precisamente confiamos en que su amplitud admita así las sorpresas hiperpolíticas que nos depara el futuro.^[2]

El fundamento de la hiperpolítica

Ya hemos apuntado el decisivo impacto de la globalización y de las NTICs en el nacimiento de la hiperpolítica, pero tampoco creemos que pueda ser explicada como un fenómeno meramente tecnológico. No debe conducirnos a engaño cierto determinismo tecnológico, ya que siempre hemos de ser capaces de entender la tecnología como un elemento más, aunque importante, de nuestra cultura global. Al menos deberíamos llegar a la misma reflexión que Max Weber (1995) se planteaba en 1918: «La ciencia natural nos ofrece las respuestas ante la pregunta de qué debemos

hacer si deseamos controlar nuestra vida técnicamente. Pero deja bastante aparte o acepta para sus propósitos si deberíamos o si queremos, o si en última instancia tiene sentido que hagamos tal cosa». Así, nuestra política es o debería ser algo más que administración de tecnologías, por lo que tampoco la hiperpolítica debería entenderse como el resultado o la excrecencia de lo tecnológico. De nuevo, como indica Max Weber, la política es una vocación que se refiere a la voluntad de conseguir lo imposible, ya que por este impulso (paradójicamente) se obtiene como resultado lo posible (y de ahí nuestra apuesta por el posibilismo alrerglobalizador). Tal cosa no tendría sentido en una sociedad dominada por el imperativo tecnológico, en la que las reglas de juego fueran inamovibles. En todo caso, lo tecnológico, lo cibertecnológico, habría de ser reconocido quizá como el factor desencadenante, que posibilita la recuperación de un tipo de sociedad comunitaria y contestataria, heredera de la contracultura de los sesenta, y vinculada al mundo universitario y artístico. De hecho la tecnología que lo sustenta, Internet, como se ha explicado innumerables veces, tenía un propósito militar y sólo en los años setenta y ochenta, gracias a la participación de la comunidad universitaria, se reconvirtió en una red de intercambio de conocimiento. Sin duda, constituye el primer acontecimiento hiperpolítico, de transferencia de lo militar y restringido, a lo social y abierto, y justo en el surgimiento de la cibercultura. No es por tanto un factor técnico el que revoluciona la política, sino una cultura política latente la que, al aprovechar a su modo una tecnología de uso militar, reintroduce una noción muy peculiar de comunidad que se remonta a los orígenes del espíritu académico y universitario. Chris Hables Gray (2000) expone con extraordinaria claridad esta idea: Internet tiene un pasado militar, un presente anarquista y un futuro por decidir. Esta comunidad tiene en ese momento una delimitación muy concreta, el mundo hacker, que a su vez, sirve para definir tecnológicamente la propia red.

Por ello no deseamos que la hiperpolítica sea confundida, por ejemplo, con la muy próxima pero diferenciada «ciberpoltuca» (que en todo caso sería un aspecto de esta primera), ya que este término referiría más a la limitada ciberdemocracia de Digital Republic que señalábamos antes. Hiperpolítica puede ser ciberdemocracia o puede no serlo, porque es mucho más, más allá de lo democrático, porque va a la raíz misma de la política. No hay de momento nada parecido a una teoría hiperpolítica, y tampoco debemos tener prisa por que la haya (si no es a través de procesos hiperpolíticos), pero sí prolifera una serie de prácticas hiperpolíticas. cuyo ejercicio constituiría el fundamento de la naciente hiperpolítica. Apuntemos algunas de las más importantes y conocidas, por su utilización de las NTICs:

Utilización alternativa de NTICs: Internet y los móviles, básicamente, para la transmisión de una comunicación horizontal y, como el flash mob, coordinada con prácticas políticas convencionales como manifestaciones y

demostraciones públicas, que reclaman el apoyo a demandas u opciones más democráticas.

Contrainformación: creación de proyectos, foros de discusión, weblogs y otros dispositivos digitales para formar una opinión política alternativa, así como la utilización coordinada de varios medios de comunicación alternativos (y no sólo de las redes) como la creación de agencias de noticias autogestionadas y no controladas por los grandes grupos, como Indymedia, o elaboraciones alternativas de publicidad como los realizadores de spoof.

Cibercultura libre: creación y utilización de sistemas tecnológicos comunales de una verdadera cibercultura libre, de acceso universal y elaboración colectiva, como el software libre (Linux, GNU), el wireless comunitario y de copyleft (Creative Commons, Wikipedia, textos editados bajo la General Public License, etcétera). En este apartado incluiríamos también la transferencia de tecnología digital a los grupos desfavorecidos, comunidades marginadas o países en vías de desarrollo, como manera de levantar su economía y su cultura, a través de ONGs y colectivos alternativos (como American Power Conversion, APC), como manera de superar la brecha digital.

Artivismo: trabajo de una forma de arte activista, especialmente a través de proyectos, foros o acciones de net-art, una forma específica de tecnoarte o ciberarte, de marcado cariz (hiperpolítico). Dentro de este apartado también se encontrarían diversos colectivos como Wu Ming (antes Luther Blisseth).

Hacking contestatario: prácticas de los hackers con conciencia social como sabotajes simbólicos o humorísticos, campañas de mail-bombing, infiltración en bases de datos, etcétera, contra grandes corporaciones contrarias a los valores democráticos o la libertad de la red. Ésta es la práctica más delicada, en cuanto a sus límites hiperpolíticos, ya que nunca ha de tener un carácter destructivo y peligroso para la red, ni llegar al escenario de la ciberguerra. Fuera quedan, obviamente, los crackers y la extensión de virus informáticos que perjudican a todos.

E-democracia: prácticas específicas de democracia participativa a través de la red (más allá del voto electrónico o del planteamiento de una ciberdemocracia formal) en referéndums experimentales y consultivos por Internet, en la vida interna y cotidiana, basada en el diálogo, de las comunidades virtuales, etcétera, en la creación de foros específicos de reflexión (como E-democracia o CivWorld).

No están aquí recogidas todas las prácticas hiperpolíticas del ciber mundo, verdadero laboratorio de hiperpolítica que nos sorprende a cada momento, ni

tampoco aquellas que tienen lugar en medios presenciales, en el mundo real, a menudo alejado de las NTICs. Pero el inventario es más que suficiente para determinar la existencia de esa hiperpolítica, sobre todo en el ámbito de la cibercultura. Por otro lado, podemos comprobar que el objetivo de esta hiperpolítica, nacida como potenciación de la política alternativa gracias a las NTICs, no responde a una mera adaptación tecnológica de la vieja política a las NTICs (cuya versión limitada, la ciberdemocracia, también comienza a operar), sino a un propósito diferente y más ambicioso: la recuperación de otra manera de entender la democracia, básicamente, como una democracia radicalmente participativa, cuyo fuerte aroma libertario no viene asociado necesariamente al sentido utópico de ningún proyecto tecno-anarquista de derechas o de izquierdas.

En este aspecto, las teorías que más se acercan a la hiperpolítica y desde ángulos muy diferentes son la «democracia fuerte» de Benjamin Barber (2004b) y la «democracia absoluta» de Spinoza, retomada por Michael Hardt y Antonio Negri (2004b). No obstante, ambas teorías elaboradas, respectivamente, antes del impacto de la cibercultura o de manera excesivamente teórica, todavía no contemplan ni la importancia decisiva de las NTICs ni tienen un desarrollo estratégico en este sentido. Para llegar al nivel cibercultural de la hiperpolítica han de acercarse todavía al universo del activismo y del hackactivismo.

Breve historia de la hiperpolítica

Para que el lector se familiarice con nuestra visión de la hiperpolítica y pueda comprobar y valorar su evolución y el alcance de su práctica, le vamos a proponer una revisión cronológica de los fenómenos y acontecimientos más importantes que consideramos plenamente hiperpolíticos. Desde el propio nacimiento de la red hasta las movilizaciones contra la guerra de Iraq, la breve historia de la hiperpolítica es la constatación del renacimiento de la democracia participativa.

1960/1985. Creación de Internet y de las comunidades virtuales

La red misma, nacida en 1960 como un proyecto militar, alcanza en 1985, gracias a la National Science Foundation, el estatus de red educativa y consecuentemente de comunidad académica. La universidad transforma profundamente la red militar al hacer disponible un medio de comunicación y de transmisión de la información abierto mundialmente. En 1978 se crea la primera comunidad virtual, SF-LOVERS, todavía dentro de ArpaNet, y dado que se trata de una comunidad extraña al desarrollo militar que propone Arpa, se intenta clausurarla. Al poco tiempo, esta idea aparece ya apropiada por el sector civil. Y justamente al principio de los ochenta comienzan los newsgroups, antecedentes de los weblogs de la actualidad, destacando entre ellos WELL (1985), Estos foros anunciaban el deseo de una comunicación horizontal -cualquiera puede colocar un mensaje en ellos- al tiempo que compartían la información disponible como hasta entonces había ocurrido con la comunidad científica. De hecho la comunidad hacker nace casi en paralelo a esta red educativa imbuida de ese principio de libre circulación de conocimiento, En 1969 nace el movimiento hacker en el Massachusetts Institute of Technology (MIT) (Media Lab) y toman el nombre de los grupos que alteran los interruptores, los cambios de líneas y los motores de los trenes eléctricos. El término, ambiguo en ese momento, se confunde con el de cracker (intrusión destructiva en los sistemas informáticos ajenos) y se crean en los ochenta las primeras policías dedicadas exclusivamente a perseguir los delitos informáticos.

1984. Aparición de la idea de software libre

El software nació libre y sólo se convirtió en negocio cuando se vio potencial de negocio, especialmente en la informática de consumo. Llegó un momento, como indica Richard Stallman, en el cual ni siquiera el driver de un modem era libre. Precisamente es con el lanzamiento del proyecto GNU por parte de Stallman cuando se produce el paso más importante hacia una comunidad hacker mundial (anteriormente el hackerismo era prácticamente estadounidense y poco a poco se ramifica en Europa, especialmente en Holanda y Alemania, para alcanzar luego el resto del mundo). El proyecto GNU va más allá de la simple implementación técnica; también incide en una

concepción de la vida, de la propiedad y del sentido de la tecnología informática. De ahí el nacimiento de la Free Software Foundation y su idea de volver al tiempo en el que el conocimiento era compartido por toda la comunidad científica y académica, y en contra del espíritu contemporáneo basado en el monopolio y el copyright. El hackerismo ha sido la primera fuerza hiperpolítica moderna al presentar sus reclamaciones ante el mundo empresarial de las telecomunicaciones y al facilitar y hacer más disponible la tecnología informática. Pero completar todo un sistema operativo era una tarea demasiado grande hasta que a principios de los noventa, Linus Torvalds convoca a programadores de todo el mundo, empleando la red, para que participen en la elaboración del código. En 1994 ya estaba completado lo que se denominó desde entonces GNU/Linux.

2000. Nacimiento del movimiento antiglobalización (por una globalización alternativa o alterglobalnaaon)

En 1945 comienzan a crearse diversas organizaciones supranacionales con el deseo de evitar Otro desastre como la segunda guerra mundial. Así, la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación (FAO) declara en ese mismo año la necesidad de una política concertada para acabar con el hambre en el mundo (tras varias renuncias se ha planteado este objetivo para 2015). Éste es el punto de partida de una globalización que busca integrar al mundo en una serie de objetivos comunes como la economía, la salud o la alimentación. Otras instituciones menos altruistas como el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional (FMI), la Organización Mundial del Comercio (OMC), etcétera, han continuado construyendo esta globalización de forma bastante más exitosa, pero con la progresiva contestación de diversos sectores sociales. Por ello, en paralelo a este desarrollo institucional y gubernamental, la sociedad civil se ha articulado por su cuenta como en los grupos de anti OMC de Seattle, el Foro del Milenio, las diversas convocatorias del Foro Social Mundial (desde Porto Alegre en 2000 hasta 2004 en Mumbai, India, y el previsto en 2005 en Quito). Ya existen centenares de iniciativas más que indican el deseo de cambiar el sentido de una globalización que está siendo extraordinariamente despiadada con la mayor parte del mundo. El uso de las nuevas tecnologías ha sido fundamental para poder organizar y promover estas iniciativas hiperpolíticas. Desde el uso de la red como medio de comunicación alternativo a la aparición de weblogs

donde se puedan discutir y definir proyectos, las NTICs han abierto un camino prometedor para organizar una sensibilidad alternativa planetaria.

2001-2004. Del atentado de las Torres Gemelas a la guerra de Iraq

Lo que denominaríamos política tradicional ha tenido un interés relativo por la cibercultura y la red, mostrando casi siempre una actitud de desconfianza. Se han dado por su parte constantes esfuerzos para controlar su uso y perseguir a grupos que podrían utilizarla para acciones ilegales. Así *The Anarchist Cookbook* fue una de las publicaciones electrónicas más famosas al respecto. Y ya desde 1993 se comenzó a planear la forma de acceder a los contenidos encriptados a través del llamado clipper chip, un chip que permitiera recoger las claves de cifrado de toda comunicación digital. El atentado del 11 de septiembre de 2001, un atentado en cierta manera hiperpolítico, ya que se fraguó no sólo a través de la red sino desde una estrategia de hiperterrorismo global y reticular, elevó aún más el nivel de crisis y la necesidad de un control político sobre lo que ocurría en Internet. Asimismo, las organizaciones de la alterglobalización sufrieron también la sospecha de violencia internacional y peligrosidad, vinculada a la situación creada por el islamismo fundamentalista. Berlusconi decidió cerrar los servidores de Usenet italianos y la presión política ha ido aumentando desde los años noventa. Pero han aparecido fenómenos de resistencia global contra determinadas decisiones políticas como fue el caso de la segunda guerra contra Iraq. El 12 de abril de 2003 se organizaron manifestaciones contra la guerra en 33 países del mundo, coordinando así lo que fue sin duda la mayor movilización ciudadana e hiperpolítica de la historia. De nuevo la difusión de la convocatoria tuvo especial apoyo en la red, estrechamente relacionado está uno de los hitos hiperpolíticos más importantes, precisamente en España, cuando a raíz del atentado del 11 de marzo de 2004, se produce un inesperado vuelco electoral gracias a la contrainformación de la red, el móvil y el flash mob (cuyo único precedente son las elecciones filipinas de 2001, donde Joseph Estrada perdió los comicios). La política tradicional en este período también ha sufrido los cambios producidos por Internet, y entre todos los casos, quizá el más espectacular haya sido el de Howard Dean, candidato a los caucus (asambleas estatales) del Partido Demócrata y que finalmente se retiró ante Kerry. Dean comprendió las posibilidades de la red no sólo como medio

de comunicación tradicional —exponer los programas y noticias— sino como forma de movilización de simpatizantes y colaboradores. Utilizando una herramienta Meetup, un dispositivo informático diseñado para crear grupos comunitarios, Dean fue capaz de movilizar a ciento cuarenta mil voluntarios. Los *newsgroups*, de larga tradición, convertidos ahora en weblogs, se entusiasmaron con un candidato que era capaz de escuchar los requerimientos de sus posibles electores. Dean consiguió establecer un récord de recaudación para la campaña (quince millones de dólares) y rozó la posibilidad de ser el candidato demócrata a la presidencia rival de Bush. Por otra parte, en cierta medida, parte del éxito de Bush se debe a que la red, paradójicamente, sirvió para reactualizar actividades políticas democráticas que habían desaparecido, como los debates y las reuniones —cara a cara— de candidato y elector, o de voluntario y donante.

2005. La popularización de la hiperpolítica

En el momento actual, a finales de 2005, la hiperpolítica ha abandonado en cierta medida las prácticas relativamente minoritarias y experimentales (hacking, comunidades virtuales, etcétera) y se encamina a una fase de globalización y de fusión con la política tradicional, por un lado a través de la alterglobalización y, por otro, de movimientos reformistas como Edemocracia (www.e-democracy.org) o CivWorld (www.civworld.org), que pretenden poner en práctica la «democracia fuerte» (Benjamin Barber), como revisión y ampliación de la democracia representativa, de momento con el objeto de influir en la política parlamentaria y de crear una democracia global desde abajo (lejos de la «democracia preventiva» desde arriba, a base de invasiones y misiles, propugnada por el presidente Bush). En cualquier caso, el arraigo de la hiperpolítica es ahora un problema de «masa crítica» del sujeto hiperpolítico (numeroso globalmente, pero escaso regionalmente) en tránsito de los ordenadores personales hacia los móviles, a cuyas hibridaciones han accedido las multitudes, activas tácticamente, pero desorganizadas y sin estrategia. Estamos en la época del activismo y del hackactivismo como práctica popular —experimental en lo hiperpolítico—, a través de los sms, las weblogs, los flash mob y los laboratorios de medios. La grandeza de este fenómeno es que nadie, ni los politólogos ni los sociólogos (tampoco los estudiosos del futuro) fueron capaces de predecirlo, lo cual, por otra parte, prueba su autenticidad. A partir de este momento, en el que los primeros brotes de hiperpolítica se hacen visibles, empieza la lucha por

desarrollar o controlar su creciente impulso.

La hiperpolítica de la tecnoutopía

La hiperpolítica parece de momento un fenómeno marginal y alternativo, pero es de hecho una poderosa alternativa a la democracia formal, capacidad que ha sido advertida por los enemigos de la democracia. La gran herramienta tecnológica resulta demasiado atractiva como para dejarla en manos de los ciudadanos ingenuos, y de ahí la constante presión por re-guiar y privatizar las redes. Los partidarios de la versión imperial de la República Global buscarán explotar la versión limitada y conveniente de la hiperpolítica que es la ciberdemocracia, a través de una mejor gestión cuantitativa de los dispositivos democráticos, lo que reforzaría así la democracia formal, apenas participativa. Con el señuelo de que una reforma técnica constituye una verdadera reforma democrática, conseguirán trasladar la democracia al ciberespacio, evitando avanzar en el desarrollo de la democracia genuina, global y participativa. Los partidarios de esta pseudo-hiperpolítica son los creyentes de la tecnoutopía, de la salvífica Nueva Ciudad de Dios del Progreso Infinito, que nos conduce en este caso al paraíso de la democracia instantánea, entendida como un conjunto de menús desplegables que el consumidor-votante ha de pulsar en todo momento. En su planteamiento de la tecnoutopía, la implementación tecnológica y digital viene a perfeccionar definitivamente un modelo básicamente cerrado. La democracia es una cuestión de mero ajuste técnico y digital del proceso electoral y no de valores democráticos; en el fondo, una democracia secuestrada por un falso pragmatismo procedimental.

En este sentido hay que recordar el indudable encanto que tienen las redes, especialmente la metáfora de la ciudad virtual (J. Mitchell, 1995; Echeverría, 1995) y su asepsia organizativa. La perfección alcanzable en la red provoca así la envidia de cualquier politólogo que entienda realmente su alcance. Afirmamos con rotundidad que toda utopía pensada en estos tiempos es, en el fondo, tecnoutopía, por lo que la cibercultura genera así sus propias cibertecnoutopías, desde las libertarias a las conservadoras. Un ejemplo de tecnoutopía libertaria son las TAZ o zonas temporalmente autónomas de Hakim Bey (1996), aunque últimamente este profesor anarquista se haya desencantado de esta posibilidad; el futuro no parece nada prometedor para el espíritu libertario puro, a no ser que se organice en serio y luche por ocupar su lugar posibilista en el contexto de la hiperpolítica global. Desde luego

la presente «anarquía» de la red atrae a los anarquistas políticos y algunos de ellos ven en ella la posibilidad de conseguir su ideal. En este sentido, los proyectos on-Line se multiplican, como es el caso de la Free Software Foundation o de Walden Tres (<http://www.walden3.org>), donde se describe toda una ciudad sostenible basada en las nuevas tecnologías, o el proyecto Venus (<http://www.thevenusproject.com>), de similares características. El tecnoutopismo despliega sus alas en la red como cualquier buscador muestra rápidamente; hay miles de páginas dedicadas tanto al utopismo clásico y libertario como al tecnoutopismo más reciente. La *High Tech* campa de nuevo por sus fueros. La confianza en el nuevo paradigma NIBC (acrónimo de Nano Info Bio Cognol muestra todavía con más fuerza esa tecnoutopía que apuesta por una futura sobreabundancia que por sí sola resolverá todos los problemas del mundo: la combinación de la nanotecnología con las NTICs, implantadas biológicamente y potenciadoras de las capacidades cognitivas, son las encargadas de convertir al primate espabilado que es el ser humano en una entidad angélica y sin problemas, En el fondo se trata de una suerte de religiosidad oculta, una seudoreligión digitalista basada en una filosofía tecno-hermética, convertida otra vez en el opio del pueblo, repitiendo la historia pero esta vez como comedia. El tecnohermetismo sirve así para confundir al activista político, pues lo lleva a confiar en un paraíso virtual que se convertirá en real y lo coloca, como sujeto desactivado políticamente, a la espera de la parusía. Pero, remedando a Wittgenstein, aunque solucionaríamos todos los problemas tecnológicos que están en nuestro derredor, no se habrían tocado en absoluto los problemas éticos y de valores que nos atenazan y nos interrogan por el sentido de nuestra acción.

La tecnoutopía, en su aspecto político, se convierte así en una amenaza para el potencial de la hiperpolítica y por ello es preciso que una hiperpolítica liberadora elimine cualquier atisbo de utopismo, del tipo que sea, y más aún de este salvífica tecnoutopismo a través de la ciberdemocracia.

La hiperpolítica alternativa

Frente a esta utilización espuria pero previsible de la hiperpolítica para la tecnoutopía, se manifiesta con fuerza una suerte de hiperpolítica alternativa basada en la participación ciudadana en la escala glocal. Ha sido a través de la movilización de la alterglobalización, que ha rentabilizado el hacktivismo de la red, desde donde se ha propiciado de hecho el nacimiento de la hiperpolítica. De momento, una simbiosis

fructífera, que necesita una interacción más fluida y coordinada entre ambos mundos, pero que comparte un espíritu común.

No obstante, hasta ahora, el movimiento de la alterglobalización se ha dedicado a consolidar su imagen y a organizarse a nivel global más que a reflexionar sobre sus principios, y a coordinar los diferentes nodos locales más que a desarrollar acciones específicas de calado hiperpolítico. Y sobre todo, a plantear un programa demasiado genérico, antes que a intentar aplicarlo a través de una estrategia hiperpolítica global. La alterglobalización ha seguido el planteamiento de escenificar la confrontación y la petición (la dinámica de la protesta y la propuesta) y, gracias a ello, se ha hecho globalmente visible, aunque no ha conseguido —excepto en contados casos— materializar sus aspiraciones de transformar realmente una situación concreta. Quizá se deba a que es todavía demasiado saludablemente diversa como para establecer un programa básico común y aplicarlo globalmente. Por otro lado, la izquierda alternativa y parlamentaria (a la izquierda de la socialdemocracia, en sus diversas formas y coaliciones de comunistas, verdes, feministas y pacifistas, etcétera) está empeñada en conseguir que la fuerza de la hiperpolítica se traduzca de alguna manera en votos, pero tal vez no ha calibrado el alcance de la revolución hiperpolítica.

La crisis de la política y de la democracia es, en realidad y sobre todo, la crisis de la izquierda, atrapada entre su doctrina tradicional, con sus errores históricos (el socialismo real) y la democracia formal, donde ha de desenvolverse compitiendo en inferioridad de condiciones con el pensamiento único del capitalismo transnacional. Una aparente contradicción que si no se resuelve, precisamente de manera hiperpolítica (participativa, conectada, etcétera), va a volatilizar la izquierda alternativa en crisis y el necesario papel de su activismo republicano en beneficio de una izquierda formal (socialdemócrata y de la tercera vía), todavía demasiado convencionalmente política. Aún estamos a tiempo de rechazar o contener el proyecto pseudohiperpolítico de la tecnoutopía, pero la hiperpolítica alternativa ha de ser repensada, radicalmente desde cero, en su crecimiento estratégico y, en este momento, en sus prioridades. En el juego entre la derecha política, ansiosa de manipular la hiperpolítica en ciber-democracia, y la izquierda o las izquierdas, demasiado tímidas para entrar en el escenario libertario de la hiperpolítica, se decide el futuro de esta naciente hiperpolítica. Y que su único aliado claro sea la alterglobalización no debe hacernos confiar demasiado; su verdadero triunfo llegará cuando la demanda de cauces hiperpolíticos alcance toda la sociedad, todas las ideologías, tanto las partidarias como las renuentes.

Hacia el quintacolumnismo hiperpolítico

Nuestra impresión es que el verdadero futuro de la hiperpolítica se halla en la utilización, en un primer momento, del caudal de la alterglobalización, pero no desde fuera, como hasta ahora, sino desde dentro de la República Global. De ahí que nuestra propuesta estratégica para llevar a cabo la hiperpolítica sea el quintacolumnismo, sin el cual verdaderamente no tendría sentido. Nuestra convicción es que debemos trabajar desde el interior de la globalización, no esperar a una improbable revolución externa para construir un modelo completamente nuevo e independiente del ya existente. El quintacolumnismo como un trabajo de insurgencia y resistencia cotidianas en el interior de las instituciones y la sociedad, de los grupos organizados y de los colectivos activistas. El quintacolumnismo digital y global como fórmula integradora para una progresiva trasmutación activista de la República, ligada por compromisos y coordinada en red.

No obstante, se trata de desarrollar el quintacolumnismo blanco y pacífico de la democracia participativa, frente al quintacolumnismo negro y violento del terrorismo que utiliza ciertos métodos hiperpolíticos para alcanzar una nueva tiranía o un falso estatus democrático. Así, el pacifismo es la condición *sine qua non* para un quintacolumnismo hiperpolítico, si no, es puramente militar. El quintacolumnismo hiperpolítico alternativo ha de adquirir la forma de una filosofía estratégica y de una ética republicana, para trabajar de manera humanista y crítica desde dentro del sistema, rescatando y reinterpretando valores de la izquierda como la solidaridad y la justicia. Utilizando todas las herramientas posibles, especialmente aquellas que han surgido en las NTICs, y desarrollando modelos realistas en el presente. Hasta ahora se han empleado exclusivamente tácticas quintacolumnistas en el activismo y el hacktivismo, pero no existe todavía nada parecido a la necesaria perspectiva de una estrategia global quintacolumnista. El objetivo no puede por más tiempo aspirar a una alternativa global de carácter utópico, puesto que ya no hay utopía ni debe haber tecnoutopía a la que aspirar, ya que éstas son figuras políticas convencionales y, a menudo, pese a las buenas intenciones que las animan, profundamente reaccionarias y engañosas del verdadero escenario actual. Nuestra opción es la consolidación, desde un enfoque posibilista, del contrapeso de una resistencia republicana, no para la sostenibilidad del sistema imperante sino para un cambio de rumbo de largo alcance, pero con la sabiduría del tiempo a nuestro favor. Para una rebelión cotidiana, conquistada día a día, no para la revolución traumática ni sangrienta, malograda por sus propios medios o por sus espejismos utópicos. Nuestro propósito es emprender el diálogo total (presencial en los «laboratorios de los medios» y cibercultural en los foros electrónicos) que nos conduzca, desde una sólida y decisiva resistencia hiperpolítica, al menos, al umbral de la supervivencia que, como objetivo básico y compartible por todos, será tema ineludible a medio plazo, y ya lo es en este siglo

Los teóricos frente a la hiperpolítica quintacolumnista

En los últimos tiempos han surgido teorías interesantes que tratan sobre hiperpolítica (aunque no utilicen este término), que nos parece conveniente valorar por su sesgo quintacolumnista, antes de introducir al lector en nuestros conceptos y proposiciones.

Así, aparte de valiosos planteamientos moderados, como la ya antigua pero todavía saludable «democracia fuerte» de Benjamin Barber (2004b), propuestas recientes como Ciberdemocracia de Pierre Lévy (2004), Multitudes inteligentes de Howard Rheingold (2004) o Multitud (2004b) de Michael Hardt y Antonio Negri, nos parecen, en ciertos aspectos, las más atendibles, y precisamente por ello, sobre las que hay que marcar distancias.

La visión de Lévy, autor tan interesante como exaltado, tiene aspectos positivos, decididamente hiperpolíticos, pero no comprende o no quiere comprender el papel de la alterglobalización y apuesta, sin embargo, por una suerte de «capitalismo informático» como palanca de los cambios, en el que sería demasiado ingenuo confiar. Lévy pretende la consecución de la tecnoutopía y a menudo cae en un bienintencionado digitalismo de corte humanista, que resulta difícil de seguir. Nuestra posición se encuentra claramente a la izquierda de Lévy, ya que entre otras cuestiones, consideramos un problema fundamental las desigualdades económicas y la brecha económica, tecnológica y digital. Y para ser verdaderamente democráticos y construir esa ciberdemocracia utópica que persigue con arrobo místico del creyente la «inteligencia colectiva», primero hace falta un proceso hiperpolítico global, aunque sea fuera de los canales de la ciberdemocracia, y no tanto las teorías de autor, por interesantes y documentadas que sean, o la mera esperanza de la conversión de las instituciones existentes. La ciberdemocracia de Lévy es, con todos sus aciertos parciales, la teoría de un privilegiado, aunque por otra parte es también una teoría digna de ser debatida hiperfilosóficamente o infiltrada de manera quintacolumnista.

La visión de Rheingold, observador informado, intuitivo y siempre certero de la cibercultura, ha dado en el clavo respecto al concepto hiperpolítico de «multitud inteligente», y a los valores asociados de cooperación, reputación, etcétera, e incluso compartimos sus dudas críticas sobre el peligroso papel de la hipertecnologización. Sin embargo, a su apuesta táctica por la multitud rebelde en forma de enjambres le falta una visión estratégica de largo alcance, porque no contempla la novedad radical

e integral de la hiperpolítica. Su visión se muestra equilibrada y está bien enfocada, aunque resulta demasiado estadounidense y, a pesar de sus esfuerzos, carece de las fuentes teóricas y conceptuales para desarrollar los mismos conceptos que propone. Así ocurre con el tema de la multitud y la masa, o la comunidad y la cooperación, etcétera. Rheingold es el «buen amigo americano» que deseamos en Europa, pero le falta el compromiso, la formación y la experiencia política y cultural europea para desarrollar una completa actitud hiperpolítica.

En este aspecto, por el contrario, en Europa contamos con mentes poderosas, bien trazadas teóricamente, que trabajan sobre hiperpolítica y se hallan cercanas al universo de la alterglobalización. Éste es el caso de Michael Raed! y Antonio Negri, cuya teoría posmarxista en Imperio (2002) y Multitud (2004b) se ha convertido en una referencia básica para la reflexión hiperpolítica, hasta el punto de obligar a cualquier elaboración posterior a pasar, tanto si es un desarrollo como una contestación, por su sólida teorización, y acaso por la utilización de algunos de sus atractivos conceptos. Sin caer en la vacua retórica admirativa de calificar de «biblia de la alterglobalización» o «nuevo Capital» a estas notables obras, que quieren emular la visión totalizadora de Hobbes (Del ciudadano a Leviatán), hay que reconocer que han sabido reciclar el pensamiento náufrago de la izquierda alternativa a los tiempos de la globalización y de la cibercultura. Pero no por reconocer sus méritos y utilidad, desde la hiperpolítica quintacolumnista —hiperfilosófica a ultranza— vamos a dejar de señalar sus limitaciones, problemas y equívocos.

El concepto mismo de Imperio, como metáfora del mundo globalizado, que estos autores entienden como un «no lugar» abstracto es interesante pero peligroso. Nosotros preferimos utilizar el concepto de República Global, atribuyéndole un carácter totalizador semejante, pero sin definirlo todavía bajo esta enseña romana (que sí utilizamos irónicamente al hablar de CiberImperio en La Nueva Ciudad de Dios) porque su modelo definitivo es todavía incierto. En todo caso, será una «república imperial» (y no una «monarquía imperial» como acotan ellos), cuyo liderazgo estadounidense, ciertamente no es tanto directamente político o militar (que lo es todavía y mucho) como modelo en todos los órdenes, económico y tecnológico, social, cultural y finalmente político. El imperio es, sí, una categoría, pero también un liderazgo determinado (estadounidense y occidental), que se desarrolla en el régimen republicano, aunque todavía está por ver si éste va a ser imperial o comunitarista, como nosotros proponemos. Y por ello, no esperamos al triunfo del imperio, para articular dialécticamente la revolución, sino que abogamos por la República Global para extender la rebeldía de manera quintacolumnista.

Por otro lado, su visión de la multitud es compartible en muchos aspectos, aunque su anclaje en la retórica de la lucha de clases le resta eficacia. No negamos que el problema básico de la era de la globalización sigue siendo la desigualdad económica, pero creemos que hay otros factores y coyunturas además de las económicas, como el digitalismo y la filosofía tecnohermética, que explican globalmente, más allá del puro

materialismo, el sentido último de la situación actual.

Hay otros aspectos que, desde su globalismo posmarxista, no aparecen en su teoría, como el valor de la diversidad cultural y del autogobierno o el papel de las artes y la imaginación en la lucha alternativa pero, sobre todo, finalmente se muestra como un tratado convencional sobre un fenómeno nuevo e irreductible sin las herramientas adecuadas. En definitiva, esta teoría es el tratado de un autor (o autores) como autoridad paracientífica y no lo que debiera ser si fuera coherente hasta el final, una obra activista e hiperfilosófica de la multitud, recreada por el ágora hiperpolítica de la República Global.

Algunas críticas desde el anarquismo tradicional pueden ser pertinentes, pero al cabo no resultan demasiado útiles para la hiperfilosofía. No es necesario describir un «Imperio» anarquista como propone Andrej Grubacic (2005), sino criticarlo hiperfilosóficamente. En este sentido, es más interesante y ajustada la crítica de Daniel Bensaid (2004) sobre la inoperancia del concepto de multitud (eteóricamente confusa, sociológicamente inconsistente, filosóficamente confusa, estratégicamente hueca») porque nos deja a las puertas de una re definición activista y estratégica del mismo. Pero, nuestra opción, en este antitratado panfletario y comunitario, tampoco es hacer esa revisión o versión crítica de un concepto interesante pero insuficiente, sino desarrollar un modelo textual verdaderamente libertario por hiperfilosófico, en un sentido heterodoxamente feyerabendiano, de «anarquismo epistemológico», bajo la consigna de «utilizar lo que vale». Y en este sentido, utilizamos no un modelo teórico-filosófico sistemático propio, sino un modelo literario de agregación y glosa de temas y conceptos clave, saqueando de manera quintacolumnista las ideas de todo aquel autor que a derecha o izquierda nos parezca útil para elaborar nuestras proposiciones temáticas, de cara a su desarrollo interactivo e hiperfilosófico. El verdadero triunfo de la hiperpolítica no vendrá de la disputa intestina de escuelas y autorías, sino de la disposición estratégica de herramientas conceptuales, sociales, tecnológicas y activistas, tasadas por su eficacia quintacolumnista total.

Por ello son, obviamente, muchos los autores —celebridades o especialistas discretos— que están construyendo la teoría y la práctica de la hiperpolítica y les debemos estar agradecidos por sus trabajos al haber abierto el camino. No obstante, como ya hemos declarado, en este antitratado lo más importante no es tanto la teoría hiperpolítica —que se irá construyendo hiperfilosóficamente de manera progresiva— como la teoría estratégica quintacolumnista. Necesitamos con urgencia un modelo flexible que articule la diversidad creciente, extrayendo de cada nodo teórico-activista el máximo rendimiento sin que pierda su creatividad. Ésta es la razón por la que resulta especialmente estimulante la experiencia reflexiva de las redes de activistas quintacolumnistas, en la sociedad y en Internet: sin duda constituyen la vanguardia de la inmensa retaguardia social que está generando la naciente hiperpolítica cada día.

Proposiciones temáticas interactivas

Pero son muchos y muy polémicos los temas que comprende la hiperpolítica desde esta perspectiva alternativa y quintacolumnista, que hay que revisar además desde un enfoque novedosamente hiperpolítico. Por ello ofrecemos una serie de proposiciones temáticas interactivas sobre los aspectos y conceptos más decisivos de la hiperpolítica: por una parte, para mostrar su nuevo carácter hiperpolítico y, por otra, para destacar sus posibilidades quintacolumnistas. Este antitratado hiperfilosófico, desplegado a continuación en una selección de conceptos comentados a modo de proposición abierta, constituye el núcleo de nuestro proyecto comunal de teoría hiperpolítica quintacolumnista. Un proyecto provisional, deliberadamente provocador en algunos extremos y discutible hasta el punto de ser reversible en otros, que ponemos a disposición del ciudadano lector en texto impreso, para que desde una perspectiva quintacolumnista lo continúe en la red, por su cuenta o en colaboración con los autores. Si la consecución de una República Global a través de la quinta columna digital es nuestro objetivo, sólo un poltlach de la cibercultura libre sobre la propia hiperpolítica quintacolumnista, puede pretender sentar sus pilares.

De la República Global

La República Global es la forma hiperpolítica que proponemos para llamar a nuestro mundo globalizado. De momento no es tanto un régimen republicano efectivo como el estado de cosas de transformación hiperpolítica —una situación transitoria e indefinida— en el cual convive el estado-nación en declive junto a la emergente «sociedad-red» (Manuel Castells, 1995).

La globalización, tal como la conocemos, implica la creciente ausencia de dominio sobre la vida de individuos por parte del estado-nación y su entrega a las manos privadas de corporaciones o de estructuras internacionales. Y aquel estado, garante en principio de las libertades republicanas, se eclipsa y, consecuentemente, esa garantía de libertad disminuye. La doctrina del republicanismo global es el intento de devolver a los ciudadanos el control (hiperpolítico sobre la vida de cada habitante de este planeta. Politólogos como Philip Petit (1999), J. G. A. Pocock (2002) y Quentin Skinner (1998) propusieron, ya en los años setenta del siglo pasado, la necesidad de repensar una república en horas bajas y la pertinencia de un

neorrepblicanismo, para contrarrestar la marcha hacia esa tiranía invisible de lo económico sobre el mundo. Así que la República Global se presenta como el modelo más adecuado para encauzar el giro hacia una globalización alternativa. Y si la revolución industrial —la primera globalización profunda según Zygmunt Bauman (1999)— obligó a los gobiernos a inventar estructuras e instituciones absolutamente novedosas para su tiempo, la actual globalización cibercultural deberá ser capaz de encontrar nuevas estructuras e instituciones, capaces de contener este voraz capitalismo globalista, garantizando los derechos, las libertades y el estado del bienestar.

No hay todavía estructura supranacional alguna capaz de gobernar este planeta, al que las alianzas de todo tipo, de la ONU al FMI, no han conseguido articular políticamente sino en torno a intereses económicos particulares y sobre zonas más o menos amplias, pero limitadas geográficamente. Esta globalización, como se ha indicado innumerables veces, es jerárquica, y no todos los ámbitos bajo su dominio cuentan al mismo nivel en el diseño internacional. De hecho, lo más parecido que hay actualmente a una República Global es la «república imperial» (Raymond Aran, 1976) de Estados Unidos y sus aliados, que nada tiene que ver con una república hiperpolítica, ya que imperio y República Global son dos modelos totalmente opuestos de globalización.

Esta república imperial ni siquiera es capaz de ofrecer garantías de libertad a todos sus súbditos, sino sólo a las élites económicas y castas dirigentes. Pero existe la evidente necesidad de entender lo imprescindible de un gobierno global alternativo (<http://globgov.bg.univ.gda.pl/index.htm>) basado en la ley y la igualdad, apelando así a los fundamentos republicanos por excelencia.

La República Global se manifiesta así también como una aspiración del republicanismo globalista y alternativo, en el deseo de un gobierno justo para todos los habitantes de este planeta. Aunque puede confundirse con una extrapolación a nivel planetario de la república política, con su democracia fallida y sus remedios ciberdemocráticos, definitivamente no es lo mismo y no debe ser lo mismo. Puede ser un programa universalista de buenas intenciones que reclame una nueva organización mundial (George Monbior, 2003) Y hasta una utopía crítica de consenso generalizado como la propuesta por Benjamin Barber (CivWorld, <http://www.civworld.org>), pero debe basarse en el desarrollo de la hiperpolítica para ser realmente aceptable. No un gran estado mundial de hechura absolutista y burocrática sino un protestando, de zonas flexibles y glociales, tejido más que en torno a estructuras rígidas, en torno a principios comunes y republicanos. Debería tratarse de algo parecido a los antiestados anarquistas pero sin su carga visionaria, o más allá del capitalismo libertario o anarquismo de derechas propugnado por Robert Nozick (1995); no se trata simplemente de limitar el estado para que no intervenga en la vida ciudadana, sino que se desarrolle el civismo republicano, de compromiso hiperpolítico de los ciudadanos. La hiperpolítica como democracia participativa debe nutrir este

republicanismo, sin el cual caeremos de nuevo en los sistemas jerárquicos y representativos a ultranza que rápidamente se olvidan de los representados.

Para el quintacolumnismo hiperpolítico el objetivo de infiltración es, en este aspecto, la propia filosofía en los partidos políticos actuales, pero más aún su colaboración con las organizaciones de carácter sociopolítico y cultural que constituyen el germen activista del modelo de una República Global. El funcionamiento republicano de ciertas comunidades virtuales y foros en la red, que tienen su paralelo en organizaciones activistas, es la fuente primera de inspiración para que la República Global sea verdaderamente una república hiperpolítica y alternativa. La vindicación de esta República Global, sea lo que sea finalmente después de un proceso global hiperpolítico, ha de convertirse en un punto básico en el programa de la alterglobalización, sin cuya concepción no hay futuro para sus reivindicaciones.

<http://www.unrv.com/book-review/rubicon.php>
[http://64.233.183.104/search?
q=cache:vv2atPgncfEJ:usuarios.lycos.es/politicasnet/documentos/cohn.p
a](http://64.233.183.104/search?q=cache:vv2atPgncfEJ:usuarios.lycos.es/politicasnet/documentos/cohn.p)

De la violencia

La violencia no es una estrategia válida ni una opción legítima para la hiperpolítica alternativa a las democracias formales. Excepto situaciones extremas como la legítima defensa o ciertos sabotajes sin víctimas directas o indirectas —como algunos casos de ecotage^[3].—, la violencia ha de ser rechazada como táctica quintacolumnista. Incluso en el contexto de una dictadura o una democracia autoritaria la violencia no resulta útil a la larga, ni siquiera el tiranicidio.

La violencia política no se puede conectar y desconectar a placer, por lo que siempre tiene un precio. Basta con ver la historia del siglo XIX y XX para comprobar la verdad de este aserto. Este rechazo y reconocimiento de su inutilidad para la hiperpolítica debería marcar una clara diferencia con el activismo político del siglo XIX y del XX. Hay que superar discursos como el de Frantz Fanon (1998) sobre el colonialismo y la necesidad ineludible de la violencia (pues el colonizador no

reconoce como ser humano al colonizado), ya que bajo la globalización todos somos colonizadores y colonizados. Por otra parte, la violencia como táctica política de resistencia de los marginados, teorizada por Karl Heinzen en *On Murder* (Carl Wittke, 1945), donde postulaba el uso político violento de la tecnología como forma de combatir los ejércitos opresores, ya no tiene sentido alguno en este siglo. Por esta razón, estas posturas deben dejar paso al desarrollo de estrategias pacíficas e inteligentes como las ensayadas por el Mahátmá Gandhi o por Martin Luther King, que han demostrado una efectividad hiperpolítica incontestable. Por ello las movilizaciones de la alterglobalización que desembocan en violencia (como las supuestamente propugnadas por cierto Black Block) resultan contraproducentes (Susan George, 2003) Ya menudo están infiltradas por policías provocadores y periodistas interesados que convierten en espectáculo violento tales manifestaciones. La violencia, aunque sea residual o simbólica, es la forma más rápida de deslegitimar el movimiento de alterglobalización. Las guerrillas contra ejércitos estatales tampoco tienen sentido, a no ser que se reconviertan en guerrillas ciberculturales y dialogantes como el Ejército Zapatista de Liberación Nacional, como lo entiende Inmanuell Wallerstein (<http://www.rebellion.org/opinion/0310Lqwallerstein.htm>).

El terrorismo es una opción nefasta y éticamente rechazable; el terrorismo ludita (Unabomber) es estúpido y puede ser catastrófico para toda crítica tecnológica; el terrorismo nacionalista produce enfrentamiento social y refuerza el centralismo, pues trata de reproducir los malos esquemas centralistas en una escala menor. El terrorismo fundamentalista de carácter masivo e indiscriminado y de inspiración nihilista, como lo definen André Glucksman (2002) y John Gray (2004), es la mejor coartada del imperialismo, porque supone una quiebra de la alterglobalización y constituye el peor de los modos del quintacolumnismo.

La estrategia de control de los estados tradicionales, basada en el «monopolio de la violencia» (Max Weber, 1995) y que se ejerce desde la represión policial hasta el terrorismo de estado, ha de quedar en evidencia —más allá de su aparente y puntual eficacia— como una violencia estructural negativa, destinada a ser sustituida a medio plazo por otro tipo de actitudes coercitivas y organizaciones o milicias desarmadas.

El pacifismo ha de ser considerado la única estrategia global posible de supervivencia en un mundo donde proliferan la violencia, las armas y la guerra. La no violencia es una poderosa vía hiperpolítica que apenas ha sido explorada y que, coordinada desde la red, puede suministrar multitud de tácticas quintacolumnistas. A la violencia del hiperterrorismo fundamentalista o imperial, ha de enfrentarse el hiperpacifismo global y los antiguos métodos de resistencia pacífica de Gandhi y Luther King o los nuevos de los ciberpacifistas (<http://www.indefenseoffreedom.org/>). Por ello nuestro pacifismo ha de ser radical en la defensa de los derechos humanos, pero sin necesidad de llegar al martirologio sacrificial, más propio de la religión. En este mundo mediático, adoctrinado por los poderes estatales en el pacifismo conformista e inactivo, la mejor opción

quintacolumnista es un pacifismo rebelde e imaginativo, Un pacifismo que no pueda ser condenado socialmente ni por las leyes ni por la opinión pública, potenciado desde un activismo multitudinario, Hemos de reinventar el arte de la desobediencia civil como estrategia resistente y dual, desde el ciberespacio a las calles, Hemos de aprender a introducirnos de manera quintacolumnista y hacktivista en todas las organizaciones estatales o clandestinas para sustituir el artefacto de la violencia por la rebelión no violenta, empezando la labor de zapa en los foros virtuales. La República Global sólo será posible si desarrolla sus confrontaciones hiperpolíticas sin violencia.

http://www.democracynature.org/dn/voI4/editorial_2.htm

<http://www.inisoc.org/mendi8.htm>

<http://www.memoria.com.mx/193/gonzalez.htm>

De la guerra

La guerra constituye no sólo el fracaso de la política sino la negación de la hiperpolítica. La hiperpolítica alternativa justamente nace para evitar la guerra como manera de hacer política por otros medios (Karl von Clausewitz, 1998), pues otros medios son los propuestos precisamente por la hiperpolítica: medios activistas y ciberculturales de confrontación no violenta. Todas las estrategias son válidas mientras impliquen el respeto a los derechos humanos y el respeto a la vida, no como dogma sagrado sino como principio de ética convivencial. Por ello, la hiperpolítica sólo puede ser partidaria de un pacifismo reflexivo pero no por ello seráficio, sino un pacifismo radicalmente antimilitarista. Más ahora, cuando las guerras pueden servirse de armas de destrucción masiva (la temida tripleta de las armas NBQ; nucleares, biológicas y químicas) que pueden llevarnos a la hecatombe y la desaparición de la especie humana. Y cuando el belicismo neoimperialista de la «guerra preventiva» está creando un régimen de control y de recorte de las libertades es necesario resucitar el espíritu pacifista y antimilitarista. La reflexión contestataria contra las guerras del siglo xx (las dos guerras mundiales, Vietnam, Golfo Pérsico) y principios del XXI (Afganistán e Iraq) ha provocado la rebelión hiperpolítica de los ciudadanos en centenares de manifestaciones. Las guerras olvidadas de Ruanda, Somalia, Eritrea, Chechenia, Palestina, Dafour, entre otras, han generado la necesidad de una

hiperpolítica quintacolumnista que las saque de ese interesado olvido. Por ello afirmamos que, sin duda, la «guerra sí ha tenido lugar» (contra la opinión de Jean Baudrillard, 1991), aunque sea virtual, porque su resultado final son víctimas bien reales y en abundancia. La banalización del discurso de la guerra tan extendida en la actualidad nos conduce a la «guerra humanitaria» (Michael Ignatieff, 2004) Y a «humanizar» la guerra a través de ONGs. Pretendemos que el desatino reaccionario del «choque de civilizaciones» (Samuel P. Huntington, 1997) no se convierta en la guerra intestina de las culturas.

Las últimas décadas han visto así el resurgimiento de la teoría de la guerra justa, tal como la mantuvo San Agustín en contra de la herejía propugnada por los donatistas. La paradoja de una doctrina pacifista como el cristianismo, de colocar la otra mejilla en caso de violencia, se transforma en una justificación de la defensa de la integridad. Similares afirmaciones se pueden decir de aquella democracia imperial que trata de imponer la libertad por medio de la guerra. Y para justificar el brazo armado del imperio han florecido diversos eufemismos que expliquen una «guerra posmoderna». La constitución de un «eje del mal», presente en la política ciberimperial, renueva en la era de Internet una teoría del siglo v. La falacia de esta restauración se encuentra precisamente en dar sustantividad a un «mal» propio de un «choque de civilizaciones» en la que una de ellas es la luz y la otra la oscuridad. Así que, volviendo a Von Clausewitz, se justifica, en definitiva, el objetivo de «aniquilar al oponente» por completo, ya que la lucha se dirige a una «esencia del mal», como sostiene la teología exterior del gobierno Bush. Paradójicamente, y con fines de propaganda exterior, la teología belicista trata de convertir la crudeza de la propuesta en una curiosa alquimia retórica, donde el cristiano «poner la otra mejilla» se transforma en guerra «quirúrgica», el conflicto limitado sólo a los culpables gracias a la hipersofisticada tecnología militar del nuevo orden mundial. En realidad se trata de retomar esa tendencia de sobre simplificación que denuncia Umberto Eco: «*Todas las guerras de religión han empapado durante siglos el mundo de sangre, han nacido de una adherencia apasionada a yuxtaposiciones simplistas tales como nosotros y los otros, los buenos y los malos, los blancos y los negros*» (<http://www.geocities.com/ercoleg/anthology/eco.htm>). Por ello el activismo digital debe ser claramente antimilitarista, yeso a pesar o precisamente porque el medio en el que se expresa tiene su origen en lo militar.

El quintacolumnismo tiene como labor prioritaria la investigación y denuncia de los traficantes de armas y, aún más importante, de los fabricantes de armas que son los estados, para presionarlos en aras de la clausura de sus instalaciones. Por ello el quintacolumnismo debe hacer especial hincapié en las universidades y entre los científicos para obstaculizar la investigación militar que en nuestro país se lleva una buena parte del dinero dedicado a investigación y desarrollo, como ocurre en el resto de los llamados países avanzados. La otra táctica clásica consiste en alentar la insumisión dentro de los ejércitos de leva —destruyendo su mitificación republicana—,

a través de la deserción razonada, y abogar por la progresiva disolución de los ejércitos profesionales y su conversión en instituciones desarmadas. La única defensa posible en el contexto global quedaría así en manos de las milicias populares desarmadas de carácter quintacolumnista, que sólo aceptarían acciones de resistencia no violenta.

Por otra parte, en el ámbito cibercultural es preciso distinguir el hacktivismo hiperpolítico de la ciberguerra o infoguerra, pues pese a utilizar ambos la red y dispositivos cibertecnológicos, no tienen el mismo objetivo ni obviamente las mismas consecuencias. No hay lugar para la ética del guerrero ni para ningún código del bushido en la era de la guerra masiva, apenas para la valentía del agitador pacifista y del desertor quintacolumnista. Jünger tenía razón cuando afirmaba que la guerra moderna —basada en la tecnología— ha acabado ya con las posibilidades de una ética del guerrero pese a lo que diga Ignatieff (1999). Las movilizaciones masivas contra la guerra (contra toda guerra) coordinadas desde el ciberespacio deben continuar y derivar en conciencia global contra el ejército y las armas. Gracias a una estrategia combinada y quintacolumnista, habremos de lograr la instauración de la hiperpolítica como poderosa retaguardia antimilitarista, capaz de desactivar todo propósito bélico.

<http://www.lewrockwell.com/orig5/crevaldl.html>
http://www.stratisc.org/act/Malis_POWERIJ.html
<http://www.vaiw.org/vet/index.php>

Del imperialismo

El imperialismo es la forma de gobierno diametralmente opuesta a todas las posibles formulaciones de la hiperpolítica y, de hecho, se ha convertido en su contrafigura y su enemigo declarado, aun sin saberlo. Su modelo es un compendio de la vieja y obsoleta política: centralista, jerárquico, militarista, neoliberal a ultranza, culturalmente uniformizador. Su esencia, enraizada en la visión de un despotismo pretendidamente ilustrado, no es la participación popular en el proceso político, sino el dominio de la plutocracia y la oligarquía mundial a través de la manipulación o la fuerza de las armas y del dinero. El imperio actual, Estados Unidos de América, es el primer imperio de la globalización o también se le puede calificar de «hiperporencia»

(Roben Kagan, 2003). Por primera vez en la historia una potencia controla los tres grandes dominios del poder internacional sin disputa: la economía más fuerte, el ejército más preparado y la investigación tecnocientífica más avanzada. Su dominio, a pesar del control de estos tres grandes pilares de poder, es obviamente imperfecto y contestado en medio mundo, pero por otro lado abarca todas las latitudes y todas las áreas políticas, económicas y culturales. Pero existe el deseo de este control global desde todos los puntos de vista. Quizá el dato más significativo para los incrédulos sea la constatación de la presencia de bases militares estadounidenses en todo el globo (casi setecientas treinta bases en cincuenta países). Éstas se reestructuran según el programa Global Posture Review (Reajuste Global), a fin de dar una rápida respuesta ante el surgimiento de conflictos inesperados. Su distribución también obedece a la lógica del imperio y a sus áreas de influencia prioritarias. Pero el imperialismo estadounidense es, en estos momentos, quizá peor que una tiranía convencional, pues ha adquirido la noble factura romana del «republicanismo imperial» (Raymond Aran, 1976), defensor del *american way of life* de la democracia. Y así, parece surgido no como fruto del deseo de la ambición de unos pocos sino como urgente medida ante el caos que se avecina. La salvación de la patria justifica así todo tipo de tiranías tanto internas como externas. Asistimos pues al nacimiento de un imperialismo (supuestamente) soft, humanitario, paternalista y misionero, que ejerce eficazmente tanto el poder blando (Joseph Nye, 2003) como la política internacional de la zanahoria y el palo en aras de un turelaje universal.

Nunca ha habido tanta literatura sobre el sentido y la oportunidad del imperio. Parece que toda esta teoría finalmente conforma un curioso oxímoron: el imperialismo humanitarista, donde se mantiene que el proyecto estadounidense de imperio no se puede asimilar a otros; Estados Unidos no persigue la colonización o la conquista, sino construir naciones que se le asemejen (éste sería el sentido de la guerra de Vietnam, cuando dos «constructores de naciones», Estados Unidos y la Unión Soviética, se enfrentaron en ese territorio). De esta manera, al menos teóricamente, existen distintos tipos de imperio, según Lewis Feuer, que justifica los postulados de Nye. Unos, los progresistas, pues permiten el ascenso de sus súbditos independientemente de su extracción social. Así el Imperio Romano concedió que hispanos no nacidos en Roma pudieran llegar a ser césares. En cambio otros son regresivos, pues imponen restricciones radicales según etnias o credos, con grupos de primera o segunda clase. (http://www.grecoreport.com/the_empire.s_new_clothes.htm). Aparentemente' el imperio americano sería del primer tipo mientras que la Alemania nazi o el imperio español serían del segundo.

En el caso norteamericano, se trataría de entender la labor exterior estadounidense como la de una policía internacional que arbitra el mundo entre estados buenos y estados gamberros (roge states), dignos de ser detenidos o favorecidos, independientemente de lo que sufran sus ciudadanos. Michael Hardt y Antonio Negri

(2002) señalan la existencia de un «imperio invisible», como «no-lugar» deslocalizado e identificable como los flujos de capital y las compañías transnacionales pues son éstas las que imponen su política incluso a la hiperpotencia que lo lidera. La iniciativa de la guerra sería así una aparente decisión de estado, cuando en realidad responde a los grupos económicos de presión dispersos por todo el planeta. La versión más perversa de este imperialismo, en cierto sentido cercana a la que propone Negri, es el CiberImperio, la extensión cibercultural del imperialismo estadounidense en la red. La red es estadounidense, su lingua franca es el inglés, los productos informáticos (hardware y software propietarios) son mayoritariamente estadounidenses, etcétera. Por si fuera poco, gracias al programa Echelon, en connivencia con otros países como Reino Unido y Nueva Zelanda, y aun antes del 11-S, el CiberImperio estadounidense ya ejercía las labores de ciberpolicía universal del pensamiento.

La hiperpolítica ha de tener como objetivo global la caída y decadencia del imperio, a través de una estrategia quintacolumnista, justamente contra el CiberImperio. Por ello, la mejor manera de acabar con el imperio no es ni el motín ni la presión de los «bárbaros» sobre su cambiante limes, como pretende el hiperterrorismo internacional o la guerra convencional, algo completamente fuera del alcance de cualquier país o alianza de países en la actualidad. La respuesta es la resistencia pasiva y pacífica a la conquista nominal de los países y culturas por el imperio. Pues sólo cuando el imperio sea aparentemente total y perfectamente global, desde dentro, y habiendo conservado las fuerzas, podremos ir royendo su estructura y desbaratando sus planes. El desbordamiento quintacolumnista puede empezar por la red y servirse de las tecnologías comunicativas a nuestra disposición. El contrapeso europeo puede jugar cierto papel, aunque su posición actual como aliado fáctico (o comparsa) de Estados Unidos no le confiere demasiada credibilidad en el presente. Al final, ha de ser una alianza de resistencias interiores la que implusione el imperio en un calidoscopio de emergente vida hiperpolítica como base de la República Global.

www.rebellion.org/noticia.php?id=11907
[http://WWVI.nrbookservice.com/products/bookpage.asp?
prod_cd=c6480](http://WWVI.nrbookservice.com/products/bookpage.asp?prod_cd=c6480)

De las naciones virtuales

El nacionalismo de los estados pierde su sentido en el nuevo contexto de la sociedad-red (Castells, 1995), la base de la República Global. Pese a su vigencia, la nación como estado, con sus fronteras y ejércitos, constituye un proyecto caduco a medio y largo plazo, asolado por los movimientos económicos que no se pueden ni controlar ni detener. Ya se trate del gran nacionalismo estatista o del pequeño nacionalismo emergente, ambos representan un persistente anacronismo en su actual definición, pues su justificación tan sólo se encuentra en el temor a soltar las ataduras del pasado hacia el escenario de la postnación. Y el nacionalismo o el patriotismo como excrescencia irracional de convenciones territoriales o administrativas suele esconder los peores vicios de la vieja política. Tal como afirman Hardt y Negri (2004a), la pervivencia del estado-nación significa la aceptación de antiguas crueldades. Incluso en el caso de culturas minorizadas, la lucha por la estatalidad supone el desangramiento de sus mejores esfuerzos, que es preciso reconducir hiperpolíticamente para buscar otros cauces de lucha. La posición coherente con la hiperpolítica es la defensa de la autodeterminación de los pueblos y culturas que, en los casos de conflicto con una nación preexistente, no ha de llegar a buscar la estatalidad o la independencia en los términos convencionales. Ello significaría enfrentarse a los mismos problemas que tienen los estados originarios pero desde una escala menor, lo cual complica innecesariamente el panorama político. La solución consiste en buscar la más amplia cuota de autogobierno, una estatalidad fáctica, renunciando a los aspectos conflictivos o puramente simbólicos, que ya no tienen sentido ni operatividad. A través de una fórmula de tipo federalista u otra nueva que vaya más allá, hay que buscar la articulación de entidades hiperpolíticas de gobierno glocal que renuncien a fronteras, ejércitos, banderas, etcétera, en aras al máximo desarrollo económico, social y cultural.

Por otro lado es evidente que hay que buscar un pacto temporal con los viejos estados constituidos, para intercambiar la estatalidad retórica por el autogobierno total. De esta manera, los nacionalismos se convierten en potencias quinta columnistas que relativizan el poder de los estados y construyen una globalidad hiperpolítica sin naciones. Por el contrario, las únicas naciones que merece la pena apoyar decididamente son las naciones virtuales, naciones-red en el ciberespacio, tejidas a base de intercambios personales y con el culturalismo abierto como divisa. Pero como señala el dicho, los viejos hábitos nunca desaparecen fácilmente. En la amplia gama de naciones virtuales (<http://www.angelfire.com/nv/micronations>) que existe actualmente en la red hay muy pocas que realmente apuesten por una visión vanguardista de esta posibilidad de nacionalidad virtual y múltiple. La mayoría simplemente juega a recrear un estado virtual con atributos parecidos a los de los estados existentes.

También existe una amplia panoplia de grupos que optan por la red como forma de promover la separación de los estados existentes y buscan perpetuar en la realidad, en una dimensión más reducida, la estructura estatal de la que pretenden escapar. Y,

curiosamente, la monarquía constitucional es una de las formas de gobierno más usuales en las micronaciones virtuales (Reino de Talossa, un hipotético y futuro reino en Marte o los diversos sultanatos, marcas y principados), resucitando así patrones realmente arcaicos o poéticos del estado-nación. Pero un ejemplo de nacionalidad virtual alternativa podría ser la asociación gitana internacional (<http://www.globalpolicy.org/nations/gypsy.htm>) que promulga una unión de la etnia entre naciones diversas como Rusia o Italia: la cultura es lo que los une en vez del territorio, confirmando la afirmación de J. C. R. Licklider de que en la sociedad conectada se forman agrupaciones basadas en los intereses y no en las localizaciones territoriales específicas. Cosa parecida se puede decir de la antigua diáspora judía (antes de la creación del estado de Israel), quizá la primera cultura realmente desterritorializada de la historia. En esa cascada de micronaciones virtuales un caso realmente interesante es el de Secession Net, un grupo libertario y pacifista que apoya su tesis en la filosofía de Leopold Kohr, abogando por la necesidad de encontrar una escala apropiada, proporcional, para las agrupaciones humanas, dado que la gran escala lleva casi siempre al desastre. La idea de una descentralización requiere también una fragmentación no violenta pero que reestructure la sociedad en nodos proporcionales. La identidad heterodoxa de las comunidades virtuales, en la cual se superponen diversas señas de identidad mestizas, es la referencia de las naciones virtuales. Engarzadas en el eje nuclear de la identidad nativa, las diversas identidades transparentes se yuxtaponen enriqueciendo la nación virtual. Se trata así de adoptar en el mundo globalizado y conectado la heteroidentidad o identidad múltiple como forma de vivir en diversos ámbitos tanto políticos como nacionales o de intereses. Mientras los estados se virtualizan en el proceso globalizador, las identidades vernáculas adquieren una virtualidad real, fundiéndose ambos niveles en una identidad de flujos virtuales múltiples y en diversas direcciones. Cuando el planeta se pueble de naciones virtuales, las naciones actuales se reconfigurarán como entidades hiperpolíticas. Por ello la primera nación ha de ser la nación quintacolumnista como germen de la República Global, aquella que trabaja hiperpolíticamente en cualquier parte del globo y en el interior de cualquier nacionalismo, siempre con la vocación de la multiplicidad identitaria. Frente a la declaración de independencia del ciberespacio lanzada por John Perry Barlow en 1996, ésta puede ser la nueva declaración de interdependencia del aberespacio con la realidad (siguiendo a Benjamín Barber, 2004b), para crear situaciones hiperpolíticas que podamos habitar todos sin conflicto.

<http://g.webring.com/hub?ring=micronations>
<http://www.virtualjerusalem.com>

De la alterglobalización hiperpolítica

La globalización alternativa o alterglobalización es el movimiento en el que ha nacido y en el cual puede desarrollarse de manera natural la hiperpolítica. Como algunos expertos señalan (Carlos Taibo, http://www.bakeaz.org/medios/2003/03_11_29,%20Taibo.htm), el término «alterglobalización» trata de recuperar el lenguaje manipulado por los políticos que maquillaron el capitalismo financiero mundial con el término «globalización». De ahí que tenga un profundo e indudable calado político. Desde la marginalidad política, esta fundación del naufragio de las izquierdas ha sabido ocupar y coordinarse a través de las redes, generando un activismo hiperpolítico como una alternativa para sobrevivir a la oleada activista de los neocons. Ya pesar de la famosa crisis de las ideologías, nunca ha habido un debate político tan intenso, rico y multitudinario como el que se está produciendo en estos momentos. Pero también es cierto que en la actual fase de discusión y organización en la que todavía se encuentra no ha llegado a articularse como verdadera alternativa hiperpolítica y por ello recibe acusaciones de falta de resultados; el foro de Porto Alegre fue más importante que el de Mumbay y las manifestaciones multitudinarias de Seattle o Génova han dado paso a una progresiva invisibilidad en los media. Pero su potencial es inmenso si, cuando su capacidad aumente, no cae en las tentaciones de la vieja política, como pretender cumplir el ridículo papel marginal de conciencia contestataria en una sede parlamentaria. La ya anquilosada democracia formal necesita una regeneración o una reinención completa que una alterglobalización hiperpolítica puede impulsar si tiene las manos libres. No quiere esto decir que no pueda influir positivamente en los partidos convencionales, ya que a través de la hiperpolítica puede permitirse una doble militancia (de carácter quintacolumnista), pero su papel ha de ser más ambicioso y al mismo tiempo más abierto.

La crisis de la izquierda más allá de la socialdemocracia sólo puede ser resuelta en la alterglobalización, y la alterglobalización sólo puede tener sentido en su despliegue hiperpolítico. El final de las ideologías propugnado por Francis Fukuyama (1992) ha impregnado el imaginario político y social más de lo que resultaría deseable, y se produce así una parálisis cuando se contempla esta posibilidad. Lo prioritario por ello es asentar las bases de la alterglobalización como una influyente organización mundial a partir de los foros mundiales, pero a través de su implantación local, conectada transnacionalmente. El propósito fundamental consiste, básicamente, en transmutar los viejos hábitos políticos e iniciar comportamientos progresivamente hiperpolíticos, así como núcleos temporales de contrapoder hiperpolítico. Para ello es preciso convertirse en un quintacolumnista dentro de la quinta columna que es la alterglobalización, a fin de orientar la alterglobalización hacia la hiperpolítica y no hacia el apuntalamiento de la izquierda en crisis. Esto se deduce simplemente de lo siguiente: si el lenguaje y las formas de la derecha neoconservadora han cambiado

radicalmente, así deberá también cambiar la izquierda en sus planteamientos. Quizá debemos dejar que la izquierda tradicional se desplome, que muera para que resurja como ave fénix, completamente transformada, más serena, más cibercultural y libre del pueril utopismo. Debemos olvidar la obsesión interesada de cierta izquierda por convertir en votos el caudal popular de la alterglobalización. Tenemos abundantes ejemplos de cómo se malbarata una reputación adquirida durante décadas por una mala interpretación de la izquierda, que básicamente es, en la actualidad, un miedo hacia la derecha más extrema. Así, como señalan algunos analistas (James F. Petras, 1999; Edward Luttwak, 2000), la fácil concesión del voto al senador Kerry por parte de los progresistas estadounidenses, significó ceder a una derecha más moderada, pero derecha al fin y al cabo, todo el caudal contestatario y activista (más rechazado aún tras el fiasco de Howard Dean). Por ello es necesario pensar en cómo la alterglobalización, mediante el activismo y el hacktivismo puede transformar progresivamente la política en hiperpolítica, aunque momentáneamente se pierdan escaños de la izquierda.

El planteamiento político debe ser así otro distinto. No se trata de instaurar la revolución, en sus términos clásicos, sino de luchar contra un poder económico y la ideología que lo sustenta, que está implantando el pensamiento único en todos los ámbitos, desde el social al cultural. Por ello, la alterglobalización es un movimiento de movimientos, por lo general grupos antiviolenos cuya fuerza reside en la desobediencia civil. Los grupos violentos como Black Block, de origen anarquista, representan un sector bastante reducido dentro de la amplia gama de intereses alterglobalizadores, muchas veces utilizados mediáticamente para desacreditar ese movimiento de movimientos. Alternativas razonables se encuentran en grupos como la Acción General de los Pueblos (<http://www.nadir.org/nadir/initiariv/agp/es>), que se consideran un instrumento de acción y no una organización, que no son representados por nadie en concreto, que no tienen aspiraciones parlamentarias y que se autofinancian. Su poder reside así en el grupo y en la desobediencia civil. Es éste el sentido de innumerables grupos de la alterglobalización, desde el feminismo hasta el ecologismo. La lista es larga y destacan grupos como MAM (Movimiento contra la Europa de Maastricht y la Globalización Económica), la RCADE (Red Ciudadana por la Abolición de la Deuda Externa), ATTAC (Asociación para una Tributación sobre las Transacciones Financieras para Ayuda a los Ciudadanos) o el MRG (Movimiento de Resistencia Global).

La visión que genere la hiperpolítica alterglobalizadora es mucho más determinante para la globalización que enredarse, de momento y más allá de cuestiones puntuales, en el limitado parlamentarismo. El trabajo activista-hacktivista, cuando sea constructivo y no meramente crítico, ayudará a recrear hiperpolíticamente la República Global como el único escenario posible. La tarea inmediata de la alterglobalización es la reflexión teórica comunitaria para establecer modelos y estrategias que desemboquen en un programa universal. A través de reuniones

presenciales y de la red, de una wikipedia hiperpolítica a una síntesis global de puntos negociables. Para ello debe reinventarse a sí misma como quinta columna de la política por la izquierda, sin tener en cuenta su aparente marginación, sino el éxito creciente de sus ideas, enfoques y estrategias hiperpolíticas.

<http://www.globalizacion.org/globalizacion/GlbzDeclaracionGranada.htm>
<http://www.attacmadrid.org/indicedin/indicedin.php?p=25>

De la ciberdemocracia

La democracia está en crisis, y la última esperanza de los antidemócratas se cifra en la ciberdemocracia. La democracia formal, con sus limitaciones históricas y sus virtudes comparativas frente a la dictadura, parece poder renovarse gracias a un mero ajuste técnico como el voto por medio de Internet, las discusiones políticas en los foros o nuevas formas de recaudar votos y dinero mediante la red. Del voto electrónico al voto por Internet, todo parece cuestión de velocidad de procesamiento y fidelidad al voto individual, pero no existe una teoría reformista sino la convicción de que la tecnología, por sí sola, ha de ser capaz de solucionar los problemas democráticos actuales. Se ignoran aspectos básicos, como señala Tomás Maldonado (1998a) respecto al modelo democrático que se persigue: el ateniense o el jeffersoniano. Los dos adolecen de defectos, porque el primero es profundamente elitista y reducido —sólo los ciudadanos varones tenían acceso— y el segundo, populista, pues finalmente confía en una casta profesional de políticos. Por ello el problema de la democracia —paradoja de paradojas— es la falta de democracia en sus procesos electorales y, aún más grave, en la propia vida de la sociedad democrática. Incluso aunque consiguiéramos listas abiertas y referéndums continuos, la democracia seguiría enferma. Basta con ver la participación escasa y casi siempre decreciente en un sistema que no consigue interesar a los ciudadanos en la res publica. Porque esta democracia nació enferma, contrahecha, pues no se le dejó crecer en su misma esencia, en «gobierno del pueblo» sin la intervención manipuladora de ciertas élites, ya sean las oligarquías meritocráticas o económicas o los poderes fácticos. La falta de una igualdad de oportunidades económicas de todas las opciones o la manipulación de los grandes medios, cada vez concentrados en menos manos, son los dos grandes obstáculos. Pero el obstáculo realmente insalvable

es el riesgo de un «fundamentalismo democrático» (Juan Luis Cebrián, 2004) que puede pervertir y aun trastocar la democracia en autoritarismo o incluso tiranía. Frente al riesgo de esta seudodemocracia, la ciberdemocracia sólo puede empeorar las cosas, ya que el ciberespacio, debidamente tratado, es terreno abonado para la manipulación cibermediática, los partidos mercenarios y los espejismos virtuales. Desde luego, y en contra de la opinión de Pierre Lévy (2004), los problemas no se van a solucionar por sí solos con tan sólo esperar el desarrollo del mercado libre y la tecnologización progresiva. No van a surgir «conciencias colectivas» de forma espontánea, por la mera implantación de las tecnologías, sino que en todo caso los logros de una conciencia compartida serán el resultado del esfuerzo previo de las comunidades.

Sólo la hiperpolítica puede implementar procedimientos ciberdemocráticos, porque entiende que la democracia necesita, más que reformas técnicas, un renacimiento global de la idea misma de democracia y una implicación con los problemas planetarios que nos afectan a todos. Se trata así de encontrar las pautas para una democracia participativa —progresivamente participativa— que evolucione hacia un nuevo modelo más allá de la mera representatividad y delegación de los poderes. De ahí la saludable insistencia actual en estructuras horizontales, sin una casta de representantes. Pero también es necesario actuar salvaguardando los aspectos mediales positivos que siempre tendrá este sistema. Y, sobre todo, a través del enriquecimiento de la sociedad como escuela de valores democráticos, de vida cotidiana en democracia práctica, donde los foros presenciales o virtuales no sean meras antecámaras de deliberación para el voto ganador, sino espacios abiertos para la reflexión crítica y la colaboración comunitaria. La deliberación real consiste en forjar pensamientos compartidos y rectificar los propios, no sólo de convencer al oponente. En este sentido habría que entender los foros como «tanques de pensamiento» político que se traducen en acciones concretas. Se trata de conseguir así una democracia radical que no tema romper tabúes, generando una rebelión participativa contra el dirigismo seudodemocrático, aprovechando desde abajo la experiencia parcial de ayuntamientos como Porto Alegre, con sus presupuestos participativos. El objetivo es, entonces, una democracia reinventada que no sea el engendro de la democracia popular ni la asamblea permanente, sino un nuevo modelo técnico y social homeostático entre estructuras y sociedad que requiere ser investigado y probado. Entonces sí, a través de procedimientos de ciberdemocracia hiperpolítica, cuando el ciberespacio sea accesible a todos y se halle regulado contra la manipulación, será posible tal cosa. El quintacolumnismo ha de colocar sus peones en estos proyectos germinales de la ciberdemocracia, ahora que se está teorizando, para conseguir que se desarrollen en un sentido hiperpolítico, que es más democrático y sin duda mejor democracia.

De la ciencia ficción alternativa

La ciencia ficción es un género artístico, pero es también algo más que un género para la sociedad tecnocientífica en la que vivimos: representa ese medio imaginario que nos permite transitar entre nuestra realidad y nuestros deseos, entre nuestros miedos y nuestras esperanzas. En alianza tácita con la tecnociencia ha creado nuestro imaginario del futuro como una suerte de tecnoutopía que debemos perseguir y realizar efectivamente en un plazo de tiempo más o menos largo. Especialmente las novelas, como planteamiento teórico, y las películas, como escenario divulgativo, han generado una expectativa futurista basada en el progreso científico como redentor de los males provocados en parte por la misma tecnociencia. La ciencia ficción ha permitido a la ciencia actual avanzar en un camino peligroso en pos de un brillante futuro que la sociedad de la globalización tiene por real y cierto, perfectamente a nuestro alcance. Ha habido una importante tradición de ciencia ficción crítica contra los excesos de la ciencia, especialmente durante la década de los sesenta y los setenta, pero últimamente ha caído en la ambigüedad y en cierta complacencia con el *statu quo*, pues al tiempo que critica la tecnociencia desde cierto humanismo sentimental, nos prepara para el «shock del futuro» (Alvin Toffler, 1999), pretendiendo conjurar los errores de la hipertecnología, al mostrarnos tecnologías hipotéticas, deslumbrantes, imposibles y hasta inconcebibles, pero capaces de solucionar todos los conflictos presentes. El cine ha entrado así en una deriva espectacular, donde los efectos especiales devoran un guión inteligente. La espectacularización tiene como resultado la ocultación de toda propuesta que inquiete o haga pensar al espectador. Finalmente, de manera soterrada, ha accedido a mostrar los mitos tecnoherméticos de la ciencia como posibles y deseables, como el objetivo que hay que alcanzar: la vida eterna, la creación nanotecnológica de materia ex nihilo, la consecución de verdadera inteligencia artificial, la inmortalidad virtual, etcétera. Esta ciencia ficción tecnoutópica ha pretendido inaugurar la era del posthumanismo, convirtiéndonos en supercyborgs, ya sean clones con memorias descargadas o ángeles virtuales en la red. Con la llegada de la cibercultura y la realidad virtual, la ciencia ficción ha enloquecido, recuperando la confianza en la tecnoutopía, que ahora se convierte en

pura simulación porque parece más sencilla y rápida de lograr. De este modo, lo virtual consume lo real sin dejar resquicios para una crítica inteligente de lo que realmente ocurre: la imaginación peligrosamente desbocada. Ha abierto las puertas al paraíso virtual y también a la creación del dios del futuro al final de los tiempos (como sostiene Frank Tipler, 2002) en una suerte de híbrido entre milenarismo a lo Gioacchino da Fiore y disparatada teoría cuántica. Pero el revuelo que esta pseudociencia debería causar sólo origina un clamoroso silencio.

Por ello no es exagerado afirmar que la ciencia ficción ha caído presa, en su mayor parte, de una camarilla de escritores que son científicos disparatados, criogenizadores alucinados, sectarios extropianos o ufológas mesiánicos. El *wishful thinking* -el deseo fantasioso— sustituye a la racionalidad literaria. Y esta enfermedad de la mente literaria se extiende hasta algunos de los científicos serios, quienes comparten, secretamente, sus esperanzas. Se amplía la convicción de que cualquier cosa es posible, si se le dedica inteligencia y recursos materiales suficientes, y que cualquier meta es alcanzable a pesar de los efectos colaterales que tal esfuerzo pueda provocar. El convencimiento es absoluto y así los niños consumen cómics, dibujos animados, juegos de rol, videojuegos, basados en el tecnohermetismo más absurdo e injustificado: así se forman los creyentes digitalistas del mañana. Frente a esta corriente, también hay autores honestos de ciencia ficción que utilizan su imaginación para proponer un presente y un futuro alternativos, que garanticen la supervivencia del ser humano y del planeta. Necesitamos esa ciencia ficción quintacolumnista que, a través de novelas, relatos y cómics en papel y en la red, se introduzca en el caudal *mainstream* del arte para cambiar las claves tecnoherméticas del género, que nos libere del efecto matrix: la aparente rebelión y real seducción de un mundo virtual que cada vez invade más el real. Por ello es necesaria una literatura postciberpunk sobre la globalización alternativa que conciba la tecnología, más allá del juego de la utopía y la distopía, y, en cambio, la entienda como herramienta convivencial (Illich, <http://www.ivanillich.org/libros.htm>). El asalto quintacolumnista al cine resulta más problemático, pero también puede haber, con tiempo e imaginación, un cine independiente y barato, basado en el vídeo digital, antiespectacular y centrado en la crítica reflexiva, con su propio código dogmático (equivalente al irónico Dogma 95 de Lars van Trier)^[4]. Hibridándose con géneros ensayísticos y de investigación, puede dar lugar a subgéneros nuevos o renovados, que inspiren incluso una tecnociencia alternativa, pues la audacia nunca ha de estar reñida con el realismo. Una ciencia ficción hiperpolítica sobre la tecnociencia, sus sueños y sus proyectos, que cambie sensiblemente nuestro paradigma de futuro y nos enseñe que la rebeldía del futuro es posible.

www.ifarchive.org
www.jasonpettus.com/hf.htm

Del programa universal

Hasta el momento, la alterglobalización no ha propuesto un programa universal, sino apenas una serie de demandas dispersas, como la tasa Tobin o la renta básica que resultan tan atractivas como irrealizables. O aparecen proyectos programáticos de escala mundial, algunos de escaso valor (http://dmoz.org/Society/Politics/Alternative_PoliticalSystems, lista un amplio elenco de propuestas de todo tipo, algunas realmente desafortunadas) y otras valiosas pero limitadas, de grupos reducidos o ensayistas que apuestan por unas reglas básicas muy generales. Por ejemplo, George Monbiot (2003) expone una propuesta de una democracia global a fin de controlar un poder económico cada vez más alejado de la realidad democrática de los ciudadanos de a pie. Del mismo modo que las transnacionales, esta democracia debe tener un alcance global. Benjamín Barber (2004a) es otro ejemplo de la idea de globalización como oportunidad para la resurrección de una democracia fuerte y una declaración de «interdependencia» (<http://www.civworld.org>), dado que en el mundo global en el que vivimos todas las naciones se caracterizan no por ser simplemente independientes, sino esencialmente interdependientes unas de otras. El talante democrático garantizaría que esta interdependencia resolviera sus dificultades de forma pacífica. Algunas ambiciosas iniciativas *on-line* tratan de recrear una confederación de estado-nación, reformando radicalmente muchos de los aspectos políticos tradicionales: desde la noción de ciudadanía a los derechos y leyes de los ciudadanos. Y a éstas se añaden iniciativas *on-line* de todo tipo, desde las que tratan de recuperar instituciones existentes como la ONU (<http://www.uno-komitee.de>), hasta las que apuestan por crear parlamentos mundiales que sean capaces de legislar sobre las instituciones y entidades transnacionales (<http://www.parlementmondial.com>). La Fundación Ciudadanos del Mundo representa una asociación-red que trata de promover la democracia a escala planetaria en un tiempo relativamente breve.

La cuestión es que, aunque todavía sea demasiado prematuro proponer un programa básico universal, es tiempo ya de ir componiendo un repertorio de proposiciones de carácter hiperpolítico, como temas abiertos pero nucleares, en todas las áreas decisivas: economía, energía, ecología, sociedad, cultura, educación,

etcétera. Quizá los problemas económicos y los ecológicos sean los más urgentes, como señala Joseph Stiglitz (2003), pero es todavía más urgente presentar este proyecto global como un todo orgánico e interrelacionado, para que se constituya como una verdadera alternativa hiperpolítica. Sin embargo, esta propuesta orgánica no equivale simplemente a un programa electoral, sino que trata de algo más global y profundo; no sólo consiste en una larga cantinela de esas protestas y propuestas a los gobiernos, sino que es más bien una guía universal activista para que los nodos alternativos actúen por su cuenta. Pero para alcanzar tan ambicioso programa es preciso, no tanto un comité de sabios, como tener una concepción hiperpolítica de su diseño, comunitario, participativo y reticular, a través de los foros, grupos, plataformas y colectivos que se especialicen en los diversos problema y retos de nuestro futuro global. Se trataría de crear un gran potlach de pensamiento hiperpolítico a través de reuniones presenciales y de la red, de textos hiperfilosóficos en uno u otro formato (como este propio texto)^[5]. Pero siendo cuidadosos de no establecer una doctrina cerrada sino un programa progresivo, un *work in progress* dinámico, de lo global a lo local y de lo local a lo global. Necesitamos una inteligencia global alternativa pensando y evolucionando hacia ese gran programa nutricional, del cual todos pueden servirse porque todos lo cuidan.

Obviamente, uno de los capítulos que hay que tener en cuenta es la reflexión sobre las propias estrategias hiperpolíticas de aplicación; esto es, ha de ser diseñado como un programa activista. La labor quintacolumnista, en este aspecto, ha de consistir en transvasar progresivamente segmentos de ese programa alternativo a la vida social y política de las nacientes comunidades hiperpolíticas, a fin de generar un trabajo hiperpolítico cotidiano como plataforma para obtener la totalidad del mismo programa y así, finalmente, la propia estructura de la República Global inscrita en su texto activado. Ha llegado la hora de plantar la semilla del programa, que no se reduce a un listado de promesas ni de buenas intenciones, sino que equivaldría a un software libre del pensamiento hiperpolítico global en permanente crecimiento. Creciendo desde su inmensa raíz rizomática hasta alcanzar la altura de un gran árbol que nos cobije a todos y a todos nos ofrezca sus frutos.

<http://www.worldcitizen.org>
<http://www.basiclaw.net>

De las ONGs

Al parecer, vivimos en la era de la solidaridad, en la que cierto sector joven o concienciado de nuestra próspera sociedad de la globalización no se siente realizado si no colabora en algún proyecto social. Se ha extendido la convicción de que, efectivamente, los males de este mundo no se remedian sin la participación activa de todos, cosa que probablemente sea cierta. De ahí han surgido numerosas iniciativas colectivas, de las llamadas «organizaciones no gubernamentales» (ONGs), en las cuales la práctica del voluntariado es fundamental. En principio, todo desarrollo de la solidaridad es deseable e imprescindible para la implantación de la hiperpolítica, porque finalmente la hiperpolítica se nutre de la solidaridad. Y como reclama Etzioni (2001), ciertas relaciones de solidaridad entre los miembros de una comunidad concreta no pueden ser provistas ni por el libre mercado ni por las administraciones. Esto es, es necesario introducir la solidaridad como forma de resolver determinadas cuestiones de ayuda o apoyo entre los miembros de tales comunidades. A esto se le denomina «mutualismo» y es parte de la ideología de la así denominada «tercera vía». Pero el problema surge cuando las ONGs suplen cometidos propios de los gobiernos y/o viven de las subvenciones estatales, convirtiéndose en la coartada de la destrucción de la vocación pública de un estado progresivamente privatizador. Se puede afirmar así que, voluntaria o involuntariamente, ciertas ONGs han colaborado con la destrucción del estado del bienestar y han dado paso a ese turbocapitalismo denunciado por Luttwak (2000). Entonces, el voluntariado se vuelve doblemente peligroso, ya que libera de las obligaciones exigidas al estado del bienestar y al tiempo elimina puestos de trabajo especializados. Finalmente, la concepción caritativa y seudorreligiosa de numerosas organizaciones, afianza el conformismo social en el *statu quo* político dominado por el neoliberalismo. Incluso se sospecha de organizaciones internacionales de este tipo que sirven de pantalla y embajada a oscuros intereses nacionales o militares de las grandes potencias. Definitivamente, en ocasiones se ha trastocado un impulso bienintencionado y generoso en una perversa arma de manipulación política y desmovilización (Petras, 1999) hiperpolítica que mitiga situaciones puntuales pero no soluciona y aun puede agravar los grandes problemas de la guerra, la pobreza y el hambre. Así las ONGs, especialmente en Latinoamérica, se han convertido en retiros de lujo o puestos de trabajo muy bien remunerados y muy bien considerados desde el punto de vista social, para ex izquierdistas que no ven salida a su particular crisis de las ideologías, y que acaban apoyando precisamente el objetivo de sus críticas de los años sesenta y setenta.

Para una concepción hiperpolítica no tiene sentido ninguna organización que no sólo no posea un carácter reivindicativo y crítico, sino que no sea directamente rebelde y subversiva. Su activismo no puede ser meramente asistencial -sin atacar la raíz de la injusticia— sino hiperpolítico en su misma concepción desjerarquizada y en sus objetivos globales: debe denunciar el origen, probablemente estadounidense o

europeo, del problema. Esto es, que sea capaz de convertir a las personas implicadas, solidarias y víctimas, en sujetos hiperpolíticos. No obstante, no podemos negar ni subestimar la importancia de este caudal voluntario para una estrategia quintacolumnista, ni su conexión con el movimiento de la alterglobalización. La tarea prioritaria ha de ser infiltrarse en estas organizaciones para procurar reorientarlas en un sentido hiperpolítico. Es preciso exigirles internamente la adopción de una ética rigurosa (hiperpolítica) que evite la tentación de complementariedad con el estado y, en todo caso, utilice los fondos del estado para la enseñanza de la subversión hiperpolítica. Hay que convertirlas, en definitiva, en la punta de lanza de la retaguardia social por la República Global y la hiperpolítica alternativa. A través de la red, estas nuevas ONGs infiltradas, transmutadas en quinta columna, pueden tejer, desde un barrio o desde proyectos internacionales, una nueva sociedad clandestina que trabaje y asiente una globalización verdaderamente más justa. Primero, a través de una fase transitoria, recuperando el carácter público de los estados y, posteriormente, en un postestado alternativo, hacia la República Global. Hemos de ser solidarios y voluntarios, pero no del complaciente paternalismo de los buenos sentimientos, y sí de la solidaridad rebelde de la hiperpolítica.

http://www.revistapueblos.org/artide.php3?id_article=154

http://cuantoyporquetanto.com/htm/libros/libros_ong.htm

De la máquina ludita

El ludismo ha sido tradicionalmente una de las divisas de cierta izquierda lírica, cuya visión temerosa de la tecnología pretendía conducirnos a una Arcadia pretecnológica. Por ejemplo, los cantos al pasado de John Zerzan (2001) son una versión irreflexiva y caricaturesca de ese retorno a un tiempo pretendidamente idílico y difícilmente creíble. Pero no podemos negar el carácter del ser humano como homo tecnologicus, elaborador, inventor y usuario de dispositivos tecnológicos, ni su herencia actual como homo ciberneticus. Somos una especie tecnológica que no debe temer a la tecnología como al pecado original (Jacques Ellul, 2003) que nos expulsó de un inexistente paraíso sino, en todo caso, hallar esa herramienta convivencial al servicio del ser humano, que genere un mundo mejor sin utopías. Sólo en ese aspecto el

ludismo tiene plenamente sentido, como crítica del maquinismo extremo, de esa megamáquina (Lewis Mumford, 2002) que sin armonía ni equilibrio robotiza la sociedad, produce artilugios inútiles y alienantes y amenaza con destruir el planeta. Ciertamente la tecnología encarna opciones políticas concretas (Langdom Winner, 1979) y, del mismo modo que existen tiranías políticas, éstas tienen su refrendo en tecnologías como la bomba atómica, justamente el tipo de tecnología que es preciso eliminar. Por ello no apostamos por el ludismo radical que niega el uso y la invención de máquinas (desde el famoso texto publicado en Washington Post de Unabomber <http://www.sindominio.net/ecotopialtextos/unabomber.html> a Zerzan, 2001), sino por el ludismo posibilista (ciertamente más radicalmente humanista que otros humanismos más antiguos, capaces de sacrificar vidas humanas por una idea) que rechaza la hipertecnologización de la sociedad y el progreso desbocado. Buscamos la «buena máquina», como una condición de la buena vida y, sobre todo, la correcta utilización de las tecnologías, incluidas las cibertecnologías. Ello nos lleva a plantear la necesidad de una tecnociencia alternativa y humanista, así como de una producción ética y social de las máquinas que son necesarias para los aspectos básicos de la vida. Y éste es el verdadero sentido del ludismo en el siglo XXI, como señala Kílpatrik Sale (<http://www.ensu.ucalgary.ca/~terry/luddite/sale.html>). «hay que denunciar cómo el industrialismo pone precio a lo que es necesario y lo aumenta constantemente en busca del beneficio sin importarle lo común y necesario para la especie, amenazando así la condición humana y su pervivencia en el planeta». Es esa alianza entre turbocapitalismo y tecnología el verdadero peligro para la humanidad, no la tecnología por sí sola.

La hiperpolítica no rechaza las máquinas, ya que en parte su propia existencia se explica por el uso alternativo de éstas. Más bien hay que decir que, de manera quintacolumnista, se sirve de ellas, ya sean ordenadores o Internet, para sus propios fines. De este modo no existe una condena a priori de las invenciones que están a nuestro alrededor, porque pueden ser útiles para el proyecto hiperpolítico. Esto es exactamente lo que muchos grupos luditas han comprendido desde el comienzo de la historia de Internet. La hiperpolítica ha de estar a favor de esta aplicación ludita de la tecnología, lo cual implicaría una severa e integral revisión de todas y cada una de las máquinas que ahora utilizamos y de la concepción misma de la tecnología occidental. Del reloj al automóvil y del televisor a la nave espacial, la tecnología hiperpolítica debe favorecer una sociedad integrada y transversácula, lejos de la uniformización globalizadora que transforma la tecnología en un mero producto de consumo, que distrae de los grandes problemas que nos amenazan y de las injusticias que esa misma tecnología ha creado. Grandes logros del ingenio humano como la televisión o el automóvil han servido para idiotizar al público o destruir el hábitat en el que nos encontramos. Sin embargo, una adecuada utilización —la televisión educativa o participativa o el transporte público— hubieran servido para mejorar realmente las condiciones de vida de todos. Desde este criterio tendríamos que destruir las

máquinas de guerra, enseñar a todas las comunidades a fabricar máquinas básicas y a utilizar tecnologías elementales o transformar completamente las tecnologías existentes. Se trata de este modo de abandonar una tecnología que no ayuda a la convivencia, para crear esa otra tecnología, una tecnología comunal y participativa. Así, los científicos hiperpolíticos han de convertirse en inventores quintacolumnistas, capaces de crear máquinas híbridas y republicanas para sustentar la visión de un futuro diferente, lejos de las tecnoutopías artificiales que nos presentan la ciencia ficción y el progreso sin crítica, propio de la propaganda del desarrollo (Illich, <http://www.ivanillich.org/LiEnergia.htm>). Las máquinas luditas no quitarán puestos de trabajo ni alienarán al usuario; estimularán la comunicación real y crearán riqueza para todos. Serán accesibles, baratas, fáciles de manejar, útiles y bellas; su propósito es liberar una vida mejor, no generar una nueva esclavitud. No nos conducirán a la tecnoarcadia, pero nos acompañarán hiperpolíticamente en una sociedad más equilibrada y armónica, cuyos problemas no sean precisamente tecnológicos o causados por las propias tecnologías. Hay una gran tarea por delante, que desafía toda imaginación pero que no atemoriza sino que estimula al verdadero creador: la construcción de esa máquina ludita y quintacolumnista, capaz de generar un paradigma tecnológico alternativo.

www.patents4innovation.com
www.campaignforcreativity.org
<http://www.worldfuels.com/sample.php?OXYF>

De la tecnoutopía

La utopía ya no reside en el pasado, ni en un presente alternativo, sólo en el futuro más cercano. El presente se ha vuelto tan complejo y cambiante que vivimos más en el futuro, porque la caducidad del tiempo se ha vuelto radicalmente insoportable. Pero ante este estado de cosas, se vive la sensación de que, gracias al progreso espontáneo de la tecnociencia, confiamos ciegamente en la promesa de la tecnoutopía que nos salvará en el último momento de las amenazas que nos acechan: superpoblación, hambre, destrucción ecológica, catástrofes naturales y guerra nuclear o biológica. La tecnología subsanaría así teóricamente los problemas que ella misma crea. Y frente a la pesimista «ciencia del Apocalipsis» (Rafael Alemañ, 2004; Martin

Rees, 2004), nace la ciencia optimista de la tecnoutopía salvífica, última y triunfante versión del tecnohermetismo, con sus ordenadores cuánticos, su nanotecnología prodigiosa, sus naves interestelares, sus energías inagotables, ansibles telecomunicadores, realidades virtuales inmersivas y bioingeniería a la carta, que construirán el futuro ideal. Se despliega así el sueño apoteósico de vastas y refulgentes metrópolis que viven en la prosperidad y el ocio, desperdigadas por la galaxia, controladas y atendidas por máquinas y robots serviciales, y conectadas a un ciberespacio cuasiinfinito, habitadas por los herederos de los humanos actuales; humanos potenciados como cyborgs y entidades artificiales humanoides en una extraña armonía multicultural. En fin, de nuevo nos topamos con los mitos de una ciencia ficción más elemental, nacida ya a finales del siglo XIX, en pleno optimismo tecnocientífico, y que, como arquetipos subconscientes, hacen bascular secretamente nuestra sociedad global entre la esperanza infundada de encontrar el paraíso tecnológico y el temor oculto al desastre final, a causa de la falacia institucionalizada de un «desarrollo sostenible» infinito. Y todo ello, concedido graciosamente, sin la reforma de los demás ámbitos humanos, por pura fe tecnológica determinista, fruto antrópico maduro que va cayendo del árbol de la ciencia.

En este modelo no se contempla la necesidad, por supuesto, de una alterglobalización, de una hiperpolítica o de un quintacolumnismo crítico, pues no parece necesario que el ser humano actual, apenas con un par de manos del milagroso barniz de civilización, cambie en algún sentido. Pero los datos y las perspectivas de la historia del futuro son tozudos por inveteradamente realistas, y nos diseñan un escenario diferente, de tecnodistopía creciente, de contaminación atmosférica, calentamiento global y sequías, subida del nivel de los mares, hambrunas endémicas, guerras interminables, crisis económicas, nuevas enfermedades incontrolables, esto es, la permanente «zona de catástrofe» anunciada por J. G. Ballard (2002). Organizaciones tan serias como el Club de Roma ofrecen esta perspectiva, anunciando que ya hace tiempo estamos más allá del límite del crecimiento. La distopía parece el destino, tal vez porque el Apocalipsis se transforma a sí mismo en una profecía autocumplida (Daniel Innenarity, 2004), a fuerza de repetirla, y en la cual la supervivencia es el reto básico. La única y siniestra esperanza sería entonces la fabula rasa de los profesionales del catastrofismo, es decir, el renacimiento del postapocalipsis o la colonización de otros planetas vírgenes, al fin y al cabo, fantasías de redención salvífica tras el correspondiente castigo. Buscar una segunda oportunidad en otro planeta —de nuevo la utopía—, dado que ya no se ven soluciones en éste, como si ya fuera demasiado tarde para poder arreglar los graves problemas ecológicos y de superpoblación que nos aquejan. En definitiva, muchos dan por cierto el Apocalipsis y la única pregunta es más bien cómo va a ocurrir, si de forma progresiva o de golpe.

Pero es hora ya de renunciar tanto a los sueños cientificistas de la tecnoutopía como a las pesadillas de la tecnodistopía. Sólo podemos imaginar, globalmente,

contradistopías críticas, y, localmente, microtopías activistas que desarrollen una vida alternativa: precisamente la propuesta de Bruce Sterling (2000) de microsociedades que empleen la tecnología de forma alternativa, lo cual implica que no estén basadas exclusivamente en la tecnología, sino en una visión alternativa de la sociedad, ya que utilizan sabiamente los recursos tecnológicos. Para ello es fundamental que el quintacolumnismo genere primero la posibilidad imaginaria de ese otro lugar deseable pero posible, de ese topos humano habitable y progresivo, cuyo motor es una profunda y consecuente actitud hiperpolítica. Los autores de ciencia ficción nos pueden ayudar en esa tarea de supervivencia que es la regeneración imaginaria de una geografía hiperpolítica, pero también, especialmente, los pensadores críticos, siempre con la colaboración de las organizaciones activistas. La última y única utopía posible será el ser humano, hoy, el homo ciberneticus, paradójicamente, desprovisto de tecnoutopia.

<http://www.biblebelievers.org.au/wandj104.hrm>
<http://www.uwc.ac.za/arts/english/interaction/97ir.htm>
<http://www.leftcurve.org/LC24WebPages/millenum.html>

De la comunidad abierta

La comunidad es la clave de la hiperpolítica, más allá de la pura y abstracta globalización. Baumann (2003a) cree que vivimos un hambre de lo comunitario, síntoma de que está en grave peligro. El comunitarismo estadounidense que reaparece en las últimas décadas, así como las reflexiones europeas sobre una tercera vía comunitarista señalan esa clamorosa ausencia que denuncia Baumann. Por supuesto hay que ser cuidadosos con la elección del tipo de comunidad que deseamos porque no todas son igualmente deseables. Las comunidades cerradas asfixian o sacrifican al individuo en aras del grupo. Por ello es necesario una comunidad nativa que a la vez se incluya en una comunidad global, recreadas y conectadas [ami] a través de un «comunitarismo abierto» y no cerrado (Pedro Ibarra, 2002), en un flujo glocalista en ambas direcciones: de lo local a lo global y viceversa. Pues es en la comunidad horizontal donde han de resolverse los problemas, no en el dirigismo de las élites o las oligarquías políticas de clara estructura vertical y unidireccional. Y es el sentido comunitario abierto el que tiene que primar en cada acción por encima de los

intereses oscuros de país, de clase o incluso de lobby o de falsa comunidad de conveniencia. Lo importante es así lo que decide la comunidad, pero la comunidad que se sabe comunitarista con todas las demás comunidades, en un sistema de comunidad global integrado por comunidades locales. Por ello la hiperpolítica no predica la vuelta conservadora a los valores tradicionalistas de la comunidad fortificada contra el extranjero o el diferente, contra «el otro», sino al contrario, clama por la necesidad de la comunidad abierta y multicultural, en la que conviven todas las culturas y religiones, lenguas y costumbres bajo el horizonte de unos derechos humanos irrenunciables, universales, garantizados y operativos. Esa gran comunidad hiperpolítica que es la República Global es la comunidad de comunidades integradas por un fuerte sentido comunitario —ético antes que moral— que significa trabajo en común, solidaridad activa, flexibilidad de pensamiento y respeto a los derechos humanos colectivos e individuales. Y nunca más aquel caduco comunitarismo autoritario, comunismo centralista y policíaco que sacrifica la libertad en aras del estado o de la dictadura del pueblo.

Ciertas comunidades vernáculas, con sus limitaciones y valores sencillos, pueden servirnos de referencia viva. Las comunidades virtuales, con sus aciertos y fracasos, pueden inspirar en parte el modelo de este comunitarismo sin modelos ni ideales fijos. Su fuerza se encuentra en su capacidad de autoorganización y en su flexibilidad para adaptarse a las circunstancias cambiantes que aparecen en el horizonte actual. La base hiperpolítica de este comunitarismo es el comunalismo de los bienes y las labores esenciales, y la libertad para el resto de la vida individual. Por un lado, se trata de conseguir un nuevo concepto de la familia —no sólo el matrimonio tradicional, sino de otras fórmulas que han aparecido en los últimos tiempos como las familias monoparentales u homosexuales— y de las relaciones personales, abiertas a la diversidad de fórmulas de articulación y, por otro, una actitud inédita en el trabajo intercomunitario, basado no en la competencia y la violencia, sino en la colaboración comunalista global. Todas deben conformar una red de comunidades de diferentes niveles, conectadas por vasos comunicantes por los que transitarían ideas y personas y flujos hiperpolíticos. La comunidad cultural se convierte de esta manera en el refugio de la creatividad y de la evolución, capaz de generar una rica cultura con infinitas manifestaciones de belleza, de las que aprendemos como iguales comunitarios y no como turistas de lo exótico. El propósito cultural de la comunidad no es el falso mestizaje obligatorio que impone la globalización, sino la identidad abierta y evolutiva que garantice que el experimento humano nunca acabe en el globalismo uniformizador y alienante del imperio, es decir, en habitantes de no-lugares y meros consumidores para quienes pueden permitírsele. Ni los habitantes del MacWorld que denuncia Benjamin Barber (1995), ni de las comunidades cerradas y represoras de los fundamentalistas, del tipo que sean. El ágora hiperpolítica y el ámbito cultural constituyen en la actualidad las bases de la comunidad quintacolumnista, fragmentaria pero insustituible tanto en las grandes urbes como en

las culturas vernáculas. Necesitamos abrir más espacios comunitarios, para respirar, para vivir, para conspirar y para conquistar pacíficamente la ciudad de la globalización. La República Global sólo será posible en tanto en cuanto la comunidad abierta vaya haciendo crecer hiperpolíticamente, como levadura, la vida cotidiana.

<http://www.bowlingalone.com/socialcapital.php3>
<http://www.pew-partnership.org>

De la educación

La educación es un ámbito privilegiado para el desarrollo del quintacolumnismo, tanto en el sentido de que una buena formación general y especializada es necesaria para cualquier activista quintacolumnista, como porque los colegios y las universidades son ámbitos naturales para su implantación. Ahora que sabemos que la educación es un proceso vital continuo (*life-long learning*) desde la infancia hasta la tercera edad, podemos establecer que el quintacolumnismo es una tarea para todas las edades y sectores de la sociedad, en la que nadie sobra. En este sentido, son tan importantes los profesores como los alumnos, porque todos son transmutables en agentes activos del quintacolumnismo al ser capaces de crear en las aulas situaciones quintacolumnistas, dentro y fuera de los programas oficiales. Se puede lograr de esta forma un estilo formativo hiperpolítico contra las maneras de la vieja escuela autoritaria, ofreciendo nuevos contenidos y recuperando otros marginados hasta transformar la educación reglada en un foco hiperpolítico como escuela quintacolumnista. En ella, los profesores y alumnos mejor preparados irán aprendiendo y enseñando la sensibilidad, los valores, la ética, la humanidad, la disciplina, las ideas y el impulso de la hiperpolítica alternativa. Por ello, de nuevo es necesaria una verdadera crítica del sistema educativo actual, por su progresiva ineficacia y su selección elitista. La educación ha sufrido, como denunciaba Illich (<http://www.ivanillich.org/Lidesind.htm>), la destrucción que provoca su transformación en uno más de los servicios que ofrece una sociedad como la nuestra, lo que paulatinamente ha ido degradando su calidad. Los experimentos de escuelas libres, donde de forma comunitaria se enseña a los niños entre grupos de padres, se han revelado como sistemas realmente eficientes de enseñanza de gran calidad. También es necesario establecer la importancia de una educación de los valores éticos

en la sociedad contemporánea, tal como indica Paulo Freire (2002) porque si no, el proceso educativo se convierte en el adiestramiento de los alumnos y no en su verdadera formación para vivir en libertad.

Sin esta lanzadera educativa, la hiperpolítica se desarrollaría precariamente. Por ello es especialmente decisivo reclamar la colaboración de los profesores y grupos universitarios que puedan generar investigaciones y dinámicas hiperpolíticas. La cibercultura y la red pueden ser los escenarios propicios para desarrollar esta tarea, pero sin olvidar nunca la importancia de los medios presenciales (reuniones, clases, foros, libros, etcétera), así como el planteamiento de investigaciones colectivas. Para ello es necesario, olvidando la retórica agresivamente neoliberal del «analfabetismo digital», que estos grupos se dediquen a la formación técnica y humanística, es decir, hiperpolítica, en las nuevas tecnologías; a la asistencia técnica solidaria, a la investigación y a la reflexión, a la creación de cibercultura libre y crítica. La introducción de nuevos métodos de enseñanza como el *e-learning*, con unas capacidades hipertextuales y multimediales realmente importantes para el aprendizaje, se queda al margen de la enseñanza reglada y se convierte en sistema de formación exclusiva para corporaciones y empresas. Es cierta la necesidad de tecnologizar la escuela porque no puede mantenerse al margen de los cambios que se producen a su alrededor y mantenerse con la estructura que ya tenía en la academia platónica. Ello indica la falta de evolución del sistema educativo. En ese sentido es necesaria una adecuación a los nuevos medios de enseñanza, pero al mismo tiempo siendo conscientes de que los medios no pueden suplantar los fines. Es necesaria una cuidadosa crítica del uso de las nuevas tecnologías en educación, como propone Andrew Feenberg (www.sfu.ca/~andrewf/pensamiento.pdf). para saber qué, cómo y cuándo usarlas, en vez de convertir la tecnologización de la educación en un método para abaratar costes y satisfacer el consumo de títulos que la sociedad requiere. Precisamente, la educación virtual se puede convertir en un medio para satisfacer la demanda de títulos, que no de formación, propia de una sociedad que monopoliza la educación como un servicio obligatorio y reduce los costos.

Por ello hay que derribar desde dentro, por efecto de superación, tanto en la tecnología como en los contenidos, el viejo sistema educativo para hacer brotar de sus pilares una rica vida extra académica que obligue a cambiar, con el tiempo, la misma estructura de la enseñanza obligatoria y del concepto de enseñanza misma. Una rebelión hiperpolítica en la educación, que, sin sobresaltos, animada por los maestros, germinada en los niños, estimulada por los profesores, extendida y vivificada por sus alumnos, apuntalada por los mayores y divulgada en toda la sociedad, puede ser la vía quintacolumnista para que la hiperpolítica fructifique con el tiempo. Parece una tarea ardua, pero si es entendida como un compromiso personal, puede empezar para cualquier anónimo enseñante en la próxima clase, creando una comunidad virtual entre alumnos y profesores, aprendices de hiperpolítica todos. La callada labor de un profesor hoy puede ser el comienzo de esa

escuela libre y activista como base de la rebelión hiperpolítica del mañana.

<http://www-rohan.sdsu.edu/faculty/feenberg/caceres.htm>
<http://www.unige.eh/fapse/SSE/groups/life/livres/alpha/B/BoltanskU990>

De la hiperfilosofía

La hiperfilosofía es el método privilegiado y natural para el desarrollo teórico-práctico de la hiperpolítica. Hiperfilosofía e hiperpolítica son en verdad dos aspectos, filosófico y político, de la misma cibercultura crítica y rebelión alterglobalizadora, basados ambos en la participación colectiva y en la creación comunal. Pero la hiperfilosofía como maduración filosófica del hipertexto supone una verdadera revolución cultural y artística, de la que sólo estamos recogiendo los primeros frutos. La hiperfilosofía o el pensamiento libre de la era cibercultural: una reflexión abierta y progresiva, modificable y continua que, a través de los programas específicos, los textos electrónicos hipervinculados y el e-book, rompe los formatos librescos (A. R. De las Heras, www.uc3m.es/estilistas), que puede incluir o hibridar hipermedialmente varias disciplinas textuales, audiovisuales o artísticas (ciencia, filosofía, literatura, cine, artes visuales, música, etcétera), que se desarrolla simultáneamente en varios niveles (reuniones, libros e Internet), que admite como experimento mental varias versiones —incluso contradictorias— del mismo autor o de varios autores, en la que participan coordinadamente heterónimos colectivos, y que busca preferentemente su aplicación práctica y hacktivista^[6].. La hiperpolítica no puede desarrollarse en ciertos aspectos fuera de los cauces libérrimos de la hiperfilosofía. A pesar de nuestras discrepancias, Pierre Lévy acierta cuando indica que la ciberpolítica es, en definitiva, un hipertexto de pensamiento político. La pluralidad de voces de la alterglobalización encuentra su forma de ordenamiento precisamente en el hipertexto. Las secuencias no lineales que se aplican a las nuevas narrativas literarias tienen un perfecto uso en el pensamiento político y activista de nuestra era cibercultural. En este sentido, existen algunas experiencias como la de M. Calíse y T. J. Lowy (<http://ips.sagepub.com/cgi/content/abstract/21/3/283>), aunque su sentido es más bien ordenar los diversos conceptos y teorías políticas en relación y oposición, a fin de tener a la vista los diversos nodos conceptuales que se pueden encontrar en la teoría

política.

La hiperfilosofía puede encontrar su refugio en las facultades universitarias, pero debe extenderse fuera de los límites y propósitos académicos, porque busca la hiperpolítica, y ésta ha de ser eminentemente práctica. En este sentido, debería tomar ejemplo de los primeros estudios CTS (ciencia, tecnología y sociedad) que reclamaban al mismo tiempo un lugar en la academia y en el activismo civil. Y por ello es fundamental la investigación, una investigación que produzca nuevas tecnologías convivenc 1les, pero también una investigación humanística que genere nuevos parámetros de pensamiento. La hiperpolítica debe mantener siempre el carácter dual de investigación académica y civil, humanista y técnica. Se trata, sí, de una investigación imaginativa acerca de ambos aspectos interrelacionados en la cual se sondee siempre su aplicación al modo hiperpolítico. Por otra parte, tampoco podemos olvidar los grandes proyectos hiperfilosóficos (e hiperpolíticos) sobre problemas o conflictos en la búsqueda de horizontes resolutivos que están centrados en nuevas visiones y nuevos conceptos sobre cuestiones éticas, problemas tecnológicos, etcétera. El ágora hiperfilosófica de CiberAtenas ha de extenderse a través de la red en foros e intercambios de correo electrónico que muestren la enriquecedora pluralidad de voces y opiniones del ciber mundo. La hiperfilosofía puede derivar en una fuente extraordinaria de creación cultural, cuyo efecto se ha de notar con el tiempo en la formación de mentes flexibles y plásticas, más allá del relativismo propio de un posmodernismo mal entendido, cuyos rudimentos técnicos debieran ser enseñados en las escuelas como parte de las prácticas informáticas. Sin caer en el misticismo de la «inteligencia colectiva» (Pierre Lévy, 1994) o de las «inteligencias en conexión» (Derrick de Kerckhove, 1999), la hiperfilosofía debe transformarse progresivamente en la forma por excelencia del «intelectual colectivo» (Tomás Maldonado, 1998 y 1998a), el mismo que debiera intervenir en la teoría-acción hiperpolítica en la alterglobalización. La hiperpolítica necesita ser tratada de manera hiperfilosófica —como intentamos en este ensayo— para extender, de acuerdo con el quintacolumnismo, sus prácticas y modelos en todos los debates teóricos y filosóficos de nuestro tiempo. Se acabó el tiempo de la tiranía de las élites, comienza la era de la creación participativa y de la autoría múltiple de la hiperfilosofía.

<http://es.wikilibros.org>

<http://alqua.org/librosabiertos.htm>

<http://www.hi.is/-joner/eaps/toolsmel.htm>

De la tecnoética humanista

En el interior de cada hiperpolítico debe latir sincronizada el alma de un tecnoético. Cada pensamiento, cada investigación, cada aplicación activista, debe estar regida por un fuerte sentido eticista, ya que la naturaleza misma de la tecnología es la práctica y, por tanto, es susceptible de normas y reglamentaciones no sólo deónticas sino como profundización en la labor de una ética. Sin embargo, no podemos determinar ninguna ortodoxia ni corriente ética específica para el desarrollo de la hiperpolítica, porque los problemas creados por ella son siempre novedosos y encuentran descolocados a los expertos en ética. Y a pesar de cierto abandono de la ética por parte de los filósofos a mediados del siglo xx —especialmente en el positivismo—, las preocupaciones por una acción sujeta a virtudes han resucitado con más fuerza que nunca. Desde la ética de la comunicación de Jürgen Habermas (2002) a la recuperación de Aristóteles en las éticas comunitarias de Alasdair MacIntyre (2001), pasando por las éticas de la justicia de John Rawls (1986), la revisión de la acción humana nunca ha estado tan presente en nuestras preocupaciones vitales. Además creemos que en todas ellas, probablemente y de acuerdo con nuestra visión hiperfilosófica, hay elementos dignos de ser tenidos en cuenta. En cualquier caso, lo que parece absolutamente necesario es determinar la necesidad insoslayable del esfuerzo ético en cada paso hiperpolítico. Se trata de recuperar el imperativo ético, justamente aquel que evita sistemáticamente la vieja política imbuida de un pragmatismo utilitarista a corto plazo, el cual considera que el simple desarrollo de los acontecimientos crea espontáneamente las condiciones deseables. Desde una renovada perspectiva, formal y procedimental de corte hiperfilosófico, la hiperpolítica ha de contar con el conocimiento de la filosofía de la ciencia y de la tecnología, el asesoramiento de los estudios de CTS sobre el impacto social y, finalmente, una rigurosa y exhaustiva exigencia ética en la toma de decisiones y en la valoración de sus actuaciones. De ahí nuestra atención a una perspectiva básica como la de Hans Jonas (1994), al proponer que el proyecto ético de la actualidad se refiere sobre todo a nuestras responsabilidades con los demás seres humanos y con la naturaleza: una responsabilidad tanto hacia nuestro entorno como hacia las generaciones futuras que entraña al mismo tiempo un principio de precaución respecto a nuestras acciones. Sin ética —que en este caso es fundamentalmente tecnoética— no hay posibilidad siquiera de hiperpolítica (alternativa). El ser humano integral es el protagonista de nuestras reflexiones éticas y su supervivencia en el planeta ha de ser el criterio rector que nos guíe. Pero la tecnoética no debe ser sólo restricción normativa, elaboración de códigos o de moratorias; al contrario, debe mostrarse como audacia imaginativa en la hiperpolítica e inspiración en la investigación tecnocientífica. La ética no ha de limitarse solamente a ser la guardiana de la República Global, sino que debe funcionar como motor de todas las tareas

urgentes por resolver, ya sea el problema ecológico o la desigualdad económica. Como señala Fernández Buey (<http://www.lainsignia.org/2002/noviembre/diaLOO1.htm>), se ha intentando suturar al menos de forma teórica la brecha producida por la globalización y, para ello, han aparecido numerosos intentos de una ética mundial, como los de Hans Kúng (ética mundial), Leonardo Boff (ética de la naturaleza) y Enrique Duseel (ética de la liberación). Para resolver los grandes problemas políticos y sociales, comunicativos o energéticos, ¿qué mejor que la ética como impulsora del trabajo colectivo y moldeadora de sus proyectos y conclusiones? La ética como un arte, como el arte de inventarnos a nosotros mismos, que decía Ortega. La tecnoética como un trabajo positivo y creativo, una tecnoética que cada vez debe ser más común, más universal, más ubicua, en definitiva, más aceptable como un mínimo común denominador para la inmensa mayoría del mundo; especialmente en la cibercultura crítica, más allá de la nettiquete o de ciertos códigos, mucho más allá que una benevolente e ingenua «ética hacker. del trabajo (Pekka Himanen, 2002). Y de acuerdo con una visión tecnorrealista, con un enfoque transversal para cualquier actividad cibercultural. En la hiperpolítica alternativa que proponemos, la ética debe ser el equivalente del quintacolumnismo —una ética quintacolumnista—. que establezca el criterio de esta estrategia hiperpolítica y de cada una de sus tácticas, comunitaria y personalmente, y que comprenda la estricta observancia de la no violencia, pero también los criterios para los métodos activistas de la desobediencia civil o las prácticas comunales. Un quintacolumnista ha de ser un tecnoético que, camuflado o declarado, sea conducido por un compromiso humanista a generar un riguroso trabajo hiperpolítico, cuyos fallos y equivocaciones sean analizados y solventados por una comunidad fuertemente ética.

http://europa.eu.int/comm/european_group_ethics/index_en.htm

www.tecnociencia.es/e-revistas

www.doaj.org

De los bienes comunales

La irrupción de la cibercultura ha significado el resurgimiento de la cuestión de los comunales. A pesar de que el pensamiento único actual teóricamente se apoya en los

economistas clásicos para acabar con los recursos comunales (como ocurrió en el siglo XIX con los comunales agrícolas en Inglaterra), ni siquiera Adam Smith defendió la tesis de privatizar todos los aspectos básicos de la supervivencia humana. Eso hubiera equivalido a dar a las empresas privadas un poder mayor aún que el detentado por los monarcas absolutos. Pero también es cierto que el siglo XX vivió el descrédito del comunismo en su versión más fuerte: el comunismo. No obstante, frente al comunismo clásico, que demostró su incapacidad para resolver el problema de la propiedad y de la igualdad de oportunidades al determinar que todo era propiedad, no del pueblo, sino del estado, la apuesta de la hiperpolítica alternativa es el comunismo, esto es, la vocación de la comunidad por socializar los bienes esenciales que garantizan la supervivencia básica y la dignidad de cualquier población. En cualquier caso, se trata de recuperar el espíritu del comunismo vernáculo, basado en la propiedad colectiva de los terrenos comunales y la exigencia de una serie de tareas comunes en beneficio de todos. En realidad, esto constituiría la instauración de un sistema mixto y bien articulado de varias tendencias políticas y económicas actuales, de acuerdo con un enfoque selectivo entre las numerosas teorías y escuelas dentro de la órbita del comunismo o comunitarismo. Pues desde el keynesianismo que apuesta por un estado público fuerte al anarquismo utópico, todas pecan de dogmatismo y sus teorizaciones modernas acaban en patrañas como la malhadada tercera vía de Anthony Giddens (2003) monopolizada por el laborismo de Tony Blair o la imposible Arcadia primitiva sin propiedad privada de John Zerzan (2001). Su error consiste en que todas adolecen de una verdadera práctica hiperpolítica, justamente, de una visión comunal y activista del pensamiento que, como el mismo lenguaje, ha de ser compartido y universal para tener sentido global. El comunismo empieza así en las propias ideas que han de compartirse. Éste ha de ser nuestro primer bien comunal en ver regulado su comunalización: primero, las ideas, en ensayos o en la red; luego, las investigaciones tecnocientíficas e, inmediatamente, ciertas tecnologías. Todos estos bienes han de ser accesibles y tan baratos o gratuitos que nadie se quede sin disponer de ellos. En este sentido, son estos bienes mediales los más básicos y aquellos que requieren una comunalización más urgente, lo que exige que la red continúe siendo un espacio público a salvo del signo privatizador de nuestro tiempo, como señala Philip Quéau (<http://www.2100.org/confjqueau1a.html>). Y por supuesto, la idea de una red wireless mundial, fuera del alcance de las multinacionales, es otro de los puntos importantes para poder garantizar el comunal electrónico, como lo proclama Wireless Commons (www.dev.wireless.org). En la actualidad, una de las demandas básicas es el acceso a las nuevas tecnologías, cuya comunalización realmente cambiaría hiperpolíticamente la faz de nuestro planeta. El software libre de Linux/GNU y sus versiones han abierto el camino, pero todavía queda el problema fundamental de la propiedad del hardware. El voluntarioso copyleft con toda la panoplia de distintas licencias y la marca Creative Commons han regalado a la sociedad un valioso patrimonio, pero son

muchas más las propiedades intelectuales imprescindibles cuyo acceso nos está vedado, especialmente a las comunidades desfavorecidas.

En este sentido, el derecho universal a una información básica debiera aplicarse inmediatamente a los logros en ingeniería genética secuestrados por la política privatizadora del copyright, una forma de biopiratería por parte de las transnacionales de la genética que supone con frecuencia una expropiación sin compensaciones, a la vez que un duro golpe para las economías más débiles del mundo globalizado. Otros comunales elementales para poder sobrevivir en este planeta, como el acceso al agua potable, también se encuentran en grave amenaza o se convierten en negocio de multinacionales. Para abarcar este proyecto de comunalización de bienes básicos, es preciso emprender campañas internacionales que lo conviertan en una demanda básica del programa de la alterglobalización. Todo ello requiere estudios en profundidad y hasta el desarrollo de una filosofía comunal que explique la introducción de un nuevo sistema económico y social. Para ello sería prioritario convertir ciertos bienes básicos en el leitmotiv de unos derechos digitales reconocidos universalmente^[7]. El comunalismo digital puede convertirse en el eje de la estrategia quintacolumnista, en el caballo de Troya de la alterglobalización hiperpolítica.

www.elastico.net/copytight

www.lessig.org

www.wikipedia.org

<http://creativecommons.org>

<http://print.google.com>

Del tecnohermetismo digitalista

Hasta ahora no nos hemos atrevido a cuestionar cierta actitud ante la ciencia, más extendida de lo que parece, como una creencia irracional y seudorreligiosa, como la definiría Wittgenstein (1995). y ésta es una sospecha que desde el origen de la ciencia moderna, de Isaac Newton a Francis Bacon, la ha acompañado durante todo su desarrollo por su creciente carácter salvífica. Aparte de algunos ensayistas, científicos y filósofos críticos (David Noble, 1999; Jean-Marc Lévy-Leblond, 1975; Paul Feyerabend, 1990), éste parece ser un tema en gran medida tabú incluso hoy en día.

Pero del mismo modo que Alan Sokal (2002) criticaba los excesos posmodernos de una filosofía paracientífica, debemos criticar también el nacimiento de un credo o filosofía tecnohermética que, basado en el cientificismo extremo, paradójicamente, cae en la tentación de diseñar una religión que sustituye los mitos gnóstico-herméticos de las religiones judeocristianas por los nuevos mitos tecnoherméticos de la tecnociencia; así, la vida inmortal, la creación de vida o la existencia de los ángeles se reconvierten en la clonación o la descarga digital como forma de alcanzar la eternidad de la conciencia, la creación de inteligencia artificial como emulación del poder divino o las entidades virtuales a modo de asistentes angélicos de los seres humanos. Gracias a la todopoderosa tecnociencia actual de la informática, la bioingeniería, la nanotecnología, la inteligencia artificial y ahora la cibercultura, hemos generado una seudoreligión o digitalismo (en una acepción diferente al digitalismo económico de J. B. Terceiro, 2001) como sustitución del agotado cristianismo, en la que creen con fe ardiente sectas extropianas, ufológicas, criogenizadores, posthumanistas, espiritualistas *new age*, etcétera, pero también científicos y autores de ciencia ficción que podrían considerarse como «serios». A veces, de forma oportunista, estos nuevos visionarios son capaces de imaginar o avalar descalabradas teorías sobre el progreso infinito de la tecnociencia o el darwinismo digital que nos llevarán a la propia transformación del ser humano en una entidad inmaterial cuasidivina, o incluso proponer la creación del Dios del Futuro gracias a la realidad virtual (Frank Tipler, 2002). Así, muchas de sus opiniones sobre el futuro de la humanidad y del universo, sin más valor que la de una fantasía personal, adquieren en boca de científicos una preocupante carta de naturaleza. Y, lamentablemente, esas opiniones terminan conformando actitudes sociales y hasta políticas con consecuencias desastrosas. Uno de los ejemplos más claros es la moda de trasplantar teorías evolucionistas como la selección natural, perfectamente adecuadas para la explicación de procesos biológicos, al mundo social, alentando una visión despiadada del mundo que justifica desde un neoliberalismo radical hasta la guerra preventiva por la democracia occidental.

De ese digitalismo popular, última versión triunfante de la filosofía tecnohermética, vivimos en la actualidad todos, al margen de nuestras creencias laicas particulares e incluso de las religiosas; la fe casi absoluta en las promesas futuras de la tecnociencia, aunque de manera vergonzante, alimenta nuestros sueños de futuro. Así, el gran mito común de la tecnoutopía final, en realidad esconde la nostalgia del paraíso o la consecución de la *Civitas Dei* (San Agustín), modelo político-religioso perseguido durante gran parte de la historia occidental. Contra la extensión de esta insidiosa ortodoxia, peor que cualquier integrismo, sólo cabe la denuncia y la crítica más severas, pero de manera más inteligente, el trabajo quintacolumnista entre los científicos, los tecnólogos o los autores de ciencia ficción, incluso a través de tácticas tan saludables como la parodia, la sátira y el humor. Pero, indudablemente, también ese ámbito misterioso de la espiritualidad ha de ser revisado

críticamente, sin aspavientos materialistas, destacando lo que de positivo y compatible con la hiperpolítica alternativa pueden tener algunas viejas religiones, del chamanismo al budismo, pasando por las «religiones de libro», hasta los diversos misticismos, en realidad derivas religiosas heterodoxas que pueden confluir en actitudes laicas razonables y universalmente compartibles. A pesar de nuestro talante contemporizador, debiéramos rescatar el verdadero valor religador de una ética básica, laica y universal; ésta, tal vez basada en el elemental respeto hacia una convivencia guiada por unos derechos humanos ampliables y en la salvaguarda de un futuro habitable para las generaciones futuras, como propugnan algunas corrientes éticas actuales, sea suficiente para empezar. Sin embargo, la única espiritualidad común de la era de la cibercultura y de la globalización habría de ser una expresión abierta y civil que, ajena a la tentación de nuevos esoterismos y sin caer en rituales sustitutorios, reverdezca la vivencia personal de un nuevo y bien temperado humanismo crítico, cuyos buenos deseos no caigan nunca en el pasivo sentimentalismo sino que se eleven como rebeldía activista. No hay lugar para la esperanza mesiánica de la tecnociencia, ni siquiera en la hiperpolítica sino, únicamente, para el trabajo crítico, comunal y quintacolumnista.

http://faculty.washington.edu/nelgee/lectures/comments/s_hallnobCrevO
<http://www.extropy.org>

Del software libre

A partir de Linux, el software libre se convierte en uno de los bienes comunales más importantes ofrecidos por la cibercultura libre. Curiosamente, la adopción de esta mentalidad comunalista supone volver a los inicios de la informática, cuando el software experimental era en verdad libre y gratuito, y su código estaba a disposición del comprador de un ordenador. Pero debemos ser conscientes de que ahora, la posibilidad de acceder al software libre para cualquiera que lo desee no es menos importante que la oportunidad creativa de contribuir en la mejora de cada producto. Podríamos decir que el software libre es una de las grandes aportaciones de la cibercultura hacker del siglo xx a la humanidad, porque ha resucitado la posibilidad de dar sentido al trabajo, no por el dinero que se consigue por él, sino por el prestigio

que se obtiene en la comunidad de programadores. Ésta ha sido la semilla para que administraciones públicas como la de Extremadura hayan optado por su introducción y difusión en su comunidad (la licencia Linex del sistema operativo y de diversos programas), El padre creador del GNU/Linux, Richard Stallman (2004), ha ampliado la filosofía nacida con el software libre a otros ámbitos como el de la biopiratería, con lo que la ética hacker puede incluir otros aspectos importantes de nuestra sociedad actual. Es por ello que hay que promocionar su extensión por todo el ciber mundo como parte de una estrategia hiperpolítica. Sin embargo, la apuesta por el software libre y su filosofía no pueden convertirse en dogma de fe para ninguna comunidad de usuarios, cuando todavía su conocimiento y su uso está restringido a una élite, y a los que la gran mayoría de usuarios no puede acceder en las debidas condiciones. La producción del software la realiza una élite, pero quien lo usa es cada vez más un público poco conocedor de la programación. Por ello, lo prioritario es que vayamos eliminando ese mal llamado «analfabetismo digital», para progresivamente, en la medida que sea posible y adecuado, ir introduciendo el software libre que sea eficaz y amigable. La otra alternativa hiperpolítica al software libre es el pirateo amistoso del software propietario. De momento y sin entrar en conflicto con la legalidad actual, la distribución gratuita de todos los productos de las multinacionales en redes de usuarios amigos (P2P, e-mule) es una buena práctica hiperpolítica, además de perfectamente quintacolumnista. Al tiempo que promocionarnos y mejorarnos la creación de los programas con licencia libre, el parasitismo quintacolumnista puede ser una excelente medida de presión para obligar a las grandes compañías a abaratar e incluso universalizar los derechos de los programas básicos como procesadores de texto, correos electrónicos, navegadores, etcétera. Posiblemente el mundo del software tenga que cambiar radicalmente tras la experiencia del software libre. No sólo porque el bazar —la suma de pequeños esfuerzos— haya vencido al diseño de la catedral -el software de las grandes compañías—, sino porque este movimiento representa el nacimiento de una nueva sensibilidad (Eric Raymond, 1999).

La alternativa del software libre debe ir creciendo y haciéndose un lugar propio, en rivalidad con los programas propietarios, pero no tendrá sentido si no va acompañada de una cultura comunalista en la formación y el mantenimiento de sus herramientas. La netiquete debe ampliarse así al compromiso libre por mejorar y compartir, para realizar un trabajo útil para la comunidad. De momento, tanto Internet como el hardware son inaccesibles (aparte iniciativas pioneras pero minoritarias de hardware libre como OpenCores, www.opencores.org) a una cibercultura libre y participativa (por definición, un hacker no tiene problemas para comer todos los días). En ese aspecto, lo más inteligente sería una estrategia combinada y flexible en varios frentes. Por un lado, exigir que las instituciones públicas adopten el software libre en la administración y la educación (como el pionero Linex extremeño), dado que son responsables del dinero público y, por tanto, de cómo lo invierten y cómo revierte a la sociedad (en este aspecto tampoco se puede olvidar el trabajo

quintacolumnista en las instituciones políticas actuales complacientes con el copyright informático, como la propia Comunidad Europea, que está cediendo de manera irresponsable a los intereses de los grandes grupos de software propietario). Por otro lado, exigir que para los usuarios particulares haya disponible en las redes amistosas tanto software libre como software propietario pirateado, abundante y útil. De esta manera la estrategia comunalista de la cibercultura abarcaría todos los modelos y, ya que no podemos librarnos de momento de las multinacionales tecnológicas, presionaría de manera significativa a favor de un cambio de su política comercial. Queda todavía por explorar la aportación del software libre respecto al desarrollo del pensamiento, la economía, la cultura y la sociedad a la hora de crear una cibercultura libre, para que esta valiente iniciativa —una de las vanguardias contra la brecha digital— no quede como el espejismo limitado de una jubilosa pero complaciente «ética hacker» (Himanen, 2002). Para el conjunto de nuestra estrategia hiperpolítica sería especialmente valioso utilizar de manera quintacolumnista las propias redes del software libre con el objeto de crear una red hiperpolítica paralela.

<http://www.libroblanco.com/htmlindex.php>
<http://www.general.uwa.edu.au/u/alex/Computer-Erhics-Bibliog.html>

De la brecha digital

La brecha digital es el mayor reto de la hiperpolítica alternativa y de la cibercultura libre. La preocupación oficial por este desequilibrio entre quienes tienen acceso a las NTICs y los que no se arrastra desde mediados de los noventa, cuando el departamento de comercio de Estados Unidos acuñó el término *digital divide*. Resulta difícil caracterizar en qué consiste esta brecha. Para algunos se trata tan sólo de la posibilidad o no de acceder a las redes. Para otros también hay que tener en cuenta cuestiones como la calidad y el coste del servicio. Pero, en cualquier caso, esta brecha existe, como han existido otras brechas tecnológicas —transportes, servicios, agua potable, energía...— y es la primera amenaza para el desarrollo de la hiperpolítica. En la actualidad más del ochenta por ciento de los habitantes del planeta nunca han utilizado un teléfono y sólo el veinte por ciento tiene acceso a la red. Además de los países en vías de desarrollo, existe un Cuarto Mundo, dentro de los estados más

prósperos, que se encuentran en una situación similar. Así que la famosa sociedad global de la información tiene en sus suburbios miserables su máxima extensión.

Resulta obvio que los tímidos planes oficiales (conferencia de Túnez en el 2005) sin presupuestos ni voluntad de aplicación no van a servir para superarla. Incluso se propone en ocasiones que el simple desarrollo del mercado, sin necesidad de la intervención internacional, como la propuesta por la ONU, acabará a la larga con tal distancia entre info-pobres e info-ricos. Tampoco, pese a su entusiasta voluntarismo, la distribución del software libre va a lograr cambiar de momento las cosas de manera significativa. Probablemente una estrategia combinada sea en este momento la más eficaz. No obstante, resulta especialmente necesaria la presencia y el trabajo de colectivos alternativos dedicados específicamente a esta tarea como los que recuperan ordenadores desechados y los reparan a fin de que sirvan para países del Tercer Mundo, como Telecomunicaciones Solidarias (http://www.renuevate.com/teso/teso_intr02_content.html). o las organizaciones que ofrecen telecomunicaciones para ONGs, como Pangea. Ha nacido así una nueva generación de ONGs ciberculturales libres, al margen de los gobiernos o sirviéndose de sus recursos, que tratan de crear, de forma imaginativa y solidaria, un puente digital de transvase de hardware y software, de formación y proyectos. Estos proyectos no pueden convertirse en un nuevo misionerismo occidental, de gurús solidarios, sino que han de proporcionar fondos, educación, tecnología y monitores temporales a los colectivos y organizaciones hermanas en el Tercer y Cuarto Mundo digital. De esta manera, las emergentes comunidades virtuales del otro lado de la brecha podrán recuperar la iniciativa cultural, comunicativa y social, al tiempo que reactivan las redes vernáculas, que les pueden conferir sentido. De nuevo se trata de hacer verdadera la ley de Reed: cuanto más heterogénea sea esta red de solidaridad más valor tendrá. Y así, con el tiempo, los privilegiados digitales podremos recibir sus aportaciones, para compartir una verdadera cibercultura libre, verdaderamente global y multicultural. A pesar de todo, nada podrá hacerse en serio si simultáneamente no trabajamos en aras de la superación de la gran brecha tecnológica, económica y educativa, previa a la digital, que padece el mundo fuera del ciber mundo. De ahí que sea básico que los proyectos contra la brecha digital tengan una orientación hiperpolítica también en aquellos lugares o ámbitos al otro lado de la brecha y que el transvase no sólo sea de artefactos sino de conocimientos científicos entendidos como bienes comunales, así como de ideas hacktivistas y rebeldes que puedan operar de manera quintacolumnista en su propia realidad social. Por ello, la superación de la brecha digital, en este sentido integral, ha de ser uno de los objetivos preferentes del programa hiperpolítico de la alterglobalización, que necesita ante todo la imaginación de los colectivos de la cibercultura libre, para plantear una estrategia total, ya que en su superación se cifra en gran medida la esperanza para conseguir ese otro mundo posible que necesitamos. Las tácticas pueden ser muchas, además de la labor de las ONGs libres o del software libre:

ordenadores canibalizados, vacaciones solidarias, pirateo amistoso sistemático, etcétera. La brecha digital es, de todos los graves problemas de desigualdad e injusticia en el mundo, uno de los pocos cuya superación cambiaría significativamente el panorama, sobre todo si encontramos la manera de conseguir que su sutura se convierta en la garantía de una hiperpolítica quintacolumnista. Por ello, la superación de la brecha digital debe ser el primer paso para la eliminación, en cualquiera de sus lados, de la brecha hiperpolítica.

www.simputer.org
<http://www.dsf-fsn.org>

De la hiperpolítica

La hiperpolítica no es una nueva forma de política, sino, en puridad, la forma originaria de política que hemos empezado a recuperar gracias, en parte, a las extensiones tecnológicas utilizadas de manera alternativa. Su gran aportación ha consistido en que las prácticas participativas que formalmente se nos niegan en la arena pública y política se recuperen virtualmente en el ciberespacio y en la calle. Pero la hiperpolítica no es sólo ciberpolítica, sino que es en parte ciberpolítica para volver a ser radicalmente política. Y, en este sentido, es plenamente republicana, partidaria de la República Global. La esencia de la hiperpolítica, de la hiperpolítica alternativa, es la democracia, pero una visión radical, alternativa, evolucionada, de la democracia, más allá de esta democracia realmente existente, formal e hipertrofiada, e incluso más allá de las propias fórmulas timidamente participativas que diseñemos para mejorarla. En la formación del homo ciberneticus como homo democraticus, cuyos valores cívicos y capacidad dialógica le exigen evolucionar constantemente, se halla su clave hiperpolítica. Pero incluso hay una hiperpolítica más allá de esta hiperpolítica, la política de la era de la cibercultura y la globalización, que en un futuro no muy lejano puede adquirir formas insólitas, ahora insospechadas, apenas intuitas, pero aún más vitalmente democráticas. En cualquier caso, es evidente el agotamiento de las antiguas fórmulas y el enfrentamiento a problemas nuevos. Peter Slorerdijk (1994) lo caracteriza certeramente cuando señala la necesidad de pasar de la paleopolítica a la hiperpolítica, entendida ésta como la «primera política para los

últimos hombres»^[8]. Que sea a partir de ese punto, es todavía difícil de decidir, sobre todo si aceptamos la idea de Baumann (2003b) de una «modernidad líquida», donde las instituciones y actitudes no son en absoluto algo rígido y dado, sino que están en continua transformación.

No obstante, la hiperpolítica del futuro que se hace presente no es enemiga de la vieja política del pasado, sino su derivación crítica y actualizada, que durante un tiempo de transición ha de convivir con ella, asistiéndola en un proceso de transmutación, como propone la «democracia fuerte» de Benjamín Barber (2004b), a través de la democratización comunitaria de la sociedad. De ahí que sea también importante el trabajo quintacolumnista en torno y en el interior de los partidos políticos y las instituciones democráticas actuales, para sembrar el germen y las prácticas de la nueva visión hiperpolítica a través de una especie de doble militancia, política e hiperpolítica, esto es, hiperpolítica dentro de la política. Pues, verdaderamente, el único horizonte de la política que se niegue a la hiperpolítica va a ser una pseudohiperpolítica negra, de la corrupción, la manipulación y el terror, en la cual gobiernos reaccionarios, poderes fácticos y grupos terroristas nos dominen absolutamente, gracias al uso de ciertos elementos de la hiperpolítica como la ciberdemocracia formal, conduciéndonos a escenarios de tiranía encubierta, de injusticia económica y social, de catástrofes globales o de guerra permanente. Éste es el dilema: el hundimiento progresivo de la democracia formal o el renacimiento democrático de la hiperpolítica. Y aunque pueda parecer únicamente una cuestión de izquierdas, a la larga, va a ser un grave problema que nos afecte a todos, incluidos los viejos demócratas y hasta los propios manipuladores del sistema: una estricta cuestión de supervivencia. La hiperpolítica es una apuesta de futuro porque es una vía abierta y progresiva, sin la sombra de la tecnoutopía (en su esencia es antiutópica), que incluso supera las versiones democráticas o ciberdemocráticas que imaginamos ahora, basadas en la reforma del voto formal. Su verdadera fuerza reside en su capacidad para alumbrar el definitivo nacimiento del ser humano político, capaz de evolucionar y adaptarse a cualquier medio o circunstancia por adversa que sea, ya sea lejos del cibermundo o bajo una tiranía; y allí donde arraiga, de crear un espacio progresivo de verdadera libertad y vida plena. La politización de la política o la hiperpolítica es el único camino hacia la «democracia absoluta» que Negri recupera de Spinoza (2000b); donde el éxtasis político se convierte en vida cotidiana, se funda la hiperpolítica.

www.blogforamerica.com

<http://www.mydd.com>

<http://www.terraincognita.50megs.com/saramagos.html>

De los medios de comunicación

Una de las claves del desarrollo de la hiperpolítica en nuestro mundo hipermediático es, justamente, la sabia y estratégica utilización de los medios. Esto incluye tanto los viejos medios (prensa, radio y televisión) como los nuevos (Internet, móvil, etcétera) y, por supuesto, tanto los oficiales como los alternativos, los horizontales como los verticales. El movimiento hiperpolítico y su visión del mundo debe hacerse presente no sólo en los ámbitos alternativos sino en los grandes mass media pero con voz propia, no como un fenómeno curioso o marginal, a fin de que los ciudadanos, espoleados por la información crítica, se atrevan a participar en la naciente hiperpolítica. El objetivo es nutrir y crear una opinión pública mundial y local informada y crítica, para que pueda actuar hiperpoltricamente con verdadero conocimiento de causa. Esto es, es necesario hacer valedero el principio democrático propugnado por todos los grandes políticos y teóricos, desde Jefferson a Dewey, de que solamente una ciudadanía informada es capaz de tomar decisiones relevantes en el ámbito político (aunque este aserto es válido para cualquier ámbito, incluyendo las decisiones tecnológicas). En estos tiempos de máxima concentración mediática, donde cinco grandes grupos controlan el noventa por ciento de las noticias, es necesaria otra forma de entender, usar y aprovechar el impacto de los *mass media*. Lo contrario significaría dejar en unas pocas manos la visión de la realidad del mundo globalizado. Como consecuencia, un conflicto grave y una batalla decisiva se puede volver invisible para la mayoría de los habitantes del mundo. Por ello es tan importante que la llamada contrainformación no se quede marginada en ciberfanzines o páginas marcadas ideológicamente, sino que asalte las pantallas y los periódicos de las grandes cadenas. Esto podría potenciarse a través de la labor de los propios periodistas y columnistas de opinión (convertidos en quintacolumnistas de agít-prop alternativa), que deben empezar a formarse ya en las facultades de periodismo. Así, tan importante es contar con medios alternativos cada vez más prestigiosos y visitados —desde *Le Monde Diplomatique* hasta el último fanzine de barrio, de la página de Indymedia al último blog, como aquel pionero de Salam Pax (2003) desde Iraq a las iniciativas de sindominio o nodo50— como que su información cercana y rebelde contagie a los medios masivos.

La guerra de Iraq ha sido un ejemplo de la capacidad movilizadora y en cierta medida espontáneamente coordinada de medios oficiales y alternativos. Ante la férrea censura militar y su fuerte labor desinformativa, se ha organizado una red de información que ha conseguido denunciar desde las torturas a los prisioneros iraquíes a la lista verdadera de bajas, que sin llegar a ser decisiva en la política internacional, sí ha cambiado significativamente el panorama informativo y, sobre todo, ha activado la sensibilidad del público. Ahora es preciso que el resurgimiento de esta «opinión crítica mundial» no se estanque en un espejismo temporal, sino que se traduzca en un creciente hacktivismo y contestación pública. En este aspecto, los medios que traten

sobre hiperpolítica, gestionados de manera hiperpolítica, son especialmente importantes. Más allá de una constelación de blogs críticos individuales, es necesaria la consolidación de plataformas informativas sustentadas por las informaciones enviadas por ciudadanos que recogen testimonios directos. Estas crónicas enviadas por correo electrónico o estas imágenes captadas por vídeos digitales y móviles, suministradas por una red hiperpolítica de informadores y observadores quintacolumnistas, pueden ofrecer una información contrastada de primera mano, capaz de fiscalizar al poder político y aun criticar a los grandes medios, como ha ocurrido en algunas ocasiones, con la CNN y otras cadenas estadounidenses. Ésta es precisamente la idea que animó al grupo de información alternativa más importante en este momento, Indymedia, con sus numerosos capítulos regionales, que nació para que la voz del movimiento antiglobalización de Seattle no fuera silenciada de nuevo. Cualquiera puede convertirse en un periodista y ofrecer otro punto de vista distinto que enriquezca y evite la pobreza informativa, fruto de la censura y la desatención, como tácticas oficiales contra una verdadera libertad de expresión. Sólo de esta manera se conseguirá que los medios se transformen progresivamente, que tengan su deriva hiperpolítica, que conviertan finalmente la propia hiperpolítica en su tema central en vez de información política manipulada y alienante como la que habitualmente ofrecen los grandes consorcios. Hace falta sin duda una nueva ética hipetpolítica de los medios que transgreda la hipocresía de ciertos códigos deontológicos, manipulados hasta el hastío y cuyo resultado final ha sido una homogenización sin precedentes de lo que aparece en las pantallas y periódicos. Una ética hiperpolítica y quintacolumnista se puede convertir así en la primera herramienta para construir la República Global informativa, cuando se halle al alcance de cualquier ciudadano.

<http://www.nodo50.org>

<http://www.1ahaine.org>

De los móviles

El móvil se ha convertido en el último y definitivo prototipo de gadget estrella de la cibercultura. Su irrupción masiva ha supuesto el éxtasis de la comunicación global y

su popularidad ha superado ampliamente el ordenador personal. La revolución de la cibercultura ha llegado para la mayoría a través del móvil, pero lo fundamental de éste es más su concepto multimedia que su modelo actual, superado constantemente por todo tipo de nuevos productos (UTMS 3G, 4G, etcétera), esto es, su carácter manejable, portátil y multioperativo, que le confiere una virtualidad casi infinita. El móvil en sí mismo es una suerte de «utopía del diseño» porque parece ser capaz de aglutinar en su espacio reducido prácticamente infinidad de dispositivos. Es así una «máquina de máquinas» capaz de convertirse en terminal informático, agenda, cámara de fotos, videocámara, calculadora, receptor de televisión o consola de videojuegos. Las conexiones de alta velocidad, la transmisión de imagen en tiempo real y la interconexión entre móviles sin mediación de la operadora (4G) son algunas de las promesas para un plazo muy corto que se ofrecen en la actualidad. Para esta tecnología, la ciencia ficción ya ha diseñado un imaginativo y multiforme futuro donde unos hipotéticos auriculares conectados a una IA (inteligencia artificial) personal y las gafas virtuales lo conectarían a una Internet ubicua, e incluso el ansible (Ursule Kroeber Le Guin, 1999) que conecta todo tiempo y lugar superando las paradojas relativistas del espacio-tiempo. El ser humano y su móvil, un artilugio de última generación con capacidad para textos e imágenes y sonidos, pero sobre todo para una comunicación cada vez más cálida, será una de las vías de nuestro futuro global y, también, inevitablemente, de la hiperpolítica.

El móvil, convertido en arma hiperpolítica puede moldear la masa manipulable políticamente de Elias Canetti (1999) en una «multitud inteligente» (Howard Rheingold, 2004), esto es, una multitud alternativa (Hardt y Negri, 2004). Con su uso se pudieron coordinar las manifestaciones antiglobalización de Seattle. El manifestante en medio del humo de los entidisturbios hablando por un móvil es el icono de una nueva generación de confrontaciones hiperpolíticas. La rapidez para generar grupos de protesta todavía deja perplejos a los estudiosos profesionales de estrategia, por su capacidad para enjambrarse. Precisamente a través del flash mob, se pueden convocar protestas, transmitir informaciones decisivas y cambiar el signo de unas elecciones como ocurrió en gran medida en España tras el 11 de marzo de 2004. Gracias a su uso quintacolumnista, el usuario, en un escenario ciberdemocrático, se puede convertir en un sujeto hiperpolítico instantáneo. Pero la hiperpolítica alternativa también debe advertir de los peligros de esta movilización. Su uso entre los jóvenes y los solitarios urbanitas puede ser agresivamente adictivo y alienante porque puede llegar a sustituir las verdaderas relaciones cara a cara. Además, su fabricación actual es cuestionable éticamente, ya que la utilización del coltrán para sus componentes está provocando guerras en África, alentadas por las compañías que no tienen escrúpulos a la hora de fabricar objetos fácilmente desechables, a pesar del sufrimiento que provoca su producción. Finalmente, su uso todavía se halla restringido a una élite económica privilegiada en el mundo, en la cual los llamados *digital homeless* jamás podrá conocer sus virtualidades hiperpolíticas. Curiosamente,

os emigrantes que pueden permitirse el uso de los móviles están atrapados por las tarifas más altas. De hecho, otros sistemas alternativos de comunicación como el unirelax se ven cooptados por los intereses corporativos de los móviles, que se resisten a su desarrollo porque ven amenazado su nicho de mercado. Por ello es necesario reclamar una ascesis, un autocontrol en el uso del móvil para encontrarle su verdadero sentido y valor.

No es pues el móvil la panacea, sino una poderosa tecnología y una importante pieza de la hiperpolítica, aunque no la única ni, de momento, la mejor. Será la inteligencia de los usuarios que encuentren formas alternativas de uso, la que determine su validez hiperpolítica a largo plazo. Eso ya ocurrió con el sms, una forma muy secundaria de comunicación en el diseño tecnológico pero que, gracias a su uso masivo, se ha convertido todavía hoy en uno de los modos preferidos de comunicación. Su sofisticación con imágenes y fotos es una forma de intentar recuperar el control económico por parte de las operadoras. El futuro del móvil y sus derivados e híbridos va a ser con toda seguridad muy brillante y, en ese sentido, se parece al ordenador personal en sus inicios cuando sus aplicaciones parecían virtualmente infinitas. Pero también necesitamos diseñar móviles hiperpolíticos y reciclar la tecnología móvil para el Tercer y Cuarto Mundos al otro lado de la brecha digital, ya que puede convertirse en una ventana abierta a la digitalización, saltando la costosa infraestructura del cableado. Y de paso convertir a los desheredados digitales, sorpresivamente, en la vanguardia social y comunitaria de su uso. La movilización hiperpolítica ha de ser astutamente quintacolumnista y convertir sus móviles no en objeto de deseo consumista o comunicación banal sino en herramienta de agitación, contrainformación, coordinación y asalto hacia la República Global La creación del móvil quintacolumnista ha de ser, para ingenieros y usuarios, uno de los grandes proyectos estratégicos del quintacolumnismo.

<http://www.grn.es/electropolucio/premsa9.htm>
<http://rose.geog.mcgill.ca/wordpress/?p=224>
[http://www.arts.auckland.ac.nz/FileGet.cfm?
ID=68D88177-1271-46EC8838-4A06E2D350DA](http://www.arts.auckland.ac.nz/FileGet.cfm?ID=68D88177-1271-46EC8838-4A06E2D350DA)

De Internet

El ciberespacio es de momento el lugar por excelencia de la naciente hiperpolítica, aunque no sea su destino único ni final, puesto que el futuro es, en verdad, impredecible. Parece cierto que, como señalan muchos expertos, vivimos en la infancia de la revolución informacional, por lo que es lógico que seamos incapaces de predecir hacia dónde se dirigirá en los próximos veinte años. Por otro lado, la creación espontáneamente hiperpolítica de Internet nos ha proporcionado la red global para empezar a pensar en la hiperpolítica como horizonte global. Gracias, especialmente, al correo electrónico, los foros y las páginas web (realizadas en el formato universal html) los quintacolumnistas de medio mundo han podido conocerse, coordinarse y crear juntos esas zonas temporalmente autónomas (Hakim Bey, 1996) para la hiperpolítica, pero no debemos engañarnos: la red de redes, pese a su uso espontáneamente hiperpolítico desde el comienzo, es un soporte tecnológico controlado por los gobiernos y sometido a numerosas manipulaciones, como leyes restrictivas, el célebre sistema de vigilancia Echelon o los programas de detección Carnivore. Ciertamente, la marea de información puede ahogar las tentativas de una fiscalización policial —recuérdese la petición imposible del Congreso estadounidense al FBI para fiscalizar el flujo de correo electrónico del país—, pero eso no significa que no se intente realizar continuamente en regímenes totalitarios como China y Singapur o mediante la clausura de servidores, como la que Berlusconi realizó en los noventa. Precisamente gracias a una sociedad civil conectada y en alerta, propuestas policíacas como el Clipper Chip se vieron frenadas. Esto es, Internet no es propiamente un soporte estrictamente hiperpolítico, sino que es hiperpolítico porque ha sido pirateado o apropiado mal que bien por las comunidades alternativas. Se puede decir que la flexibilidad de un sistema de conexión como el protocolo TCP/IP es el causante o al menos el favorecedor de la hiperpolítica, pero como un «efecto colateral» que la astucia de la sociedad civil ha convertido en una puerta para dar paso a la hiperpolítica. Por otro lado, es sabido que en muchas partes del mundo, como la mayor parte de África, Internet ni siquiera existe, o que en otros países su acceso está severamente restringido. Por ello la hiperpolítica debe desarrollar-se a través de la red, pero no de manera autista, sino de manera abierta para llegar con sus terminales a la realidad, «a la calle», a los que perversamente se ha llamado digital homeless (Nicholas Negroponte, 1996). Ellos también tienen derecho a estar informados y a participar del proyecto hiperpolítico. Y quizá, cuando todos puedan acceder libremente a la red, podamos dar la vuelta también al ciberespacio. Dos leyes, la de Metcalfe y la de Reed nos señalan esta necesidad: una red es más valiosa cuanto más nodos tenga y su valor también aumenta en proporción a la diversidad de los nodos que conecta.

De momento, los quintacolumnistas debemos ser duales, trabajar en la red y en la realidad, desde un enfoque estratégico, amplio y realista, para la activación de multitudes inteligentes. Y al final, también, porque el propósito último de nuestro trabajo es influir y moldear la realidad y todas sus extensiones físicas y tangibles. Por

todo ello, la implantación universal de la red es una prioridad de la hiperpolítica alterglobalizadora, pero nunca puede convertirse en su condición básica (la disposición de los medios técnicos no garantiza su uso correcto). Por ello, nuestra quinta columna digital nada tiene que ver con el misionerismo digitalista (Esther Dyson, 1998) ni con todos aquellos que ven en la existencia del ordenador la panacea de todos los problemas. Siendo realistas, no podemos esperar al cableado de amplias regiones marginadas del ciber mundo ni al lujo de los móviles, pero debemos optar a largo plazo por un modelo de conexión permanente sin necesidad de costosas infraestructuras. Ello simplemente significa profundizar en la idea de deslocalización que ahora mismo ofrece la conexión TCP/IP a la hora de conectar los ordenadores. El sistema de conexión *wireless* es obviamente un futuro mejor, también en el sentido hiperpolítico, y habrá de promocionarse con variantes comunitarias como las antenas públicas que no paguen ningún tipo de canon. La resistencia a un *wireless* generalizado y de coste bajo proviene de los proveedores de telefonía que ven amenazado su negocio; lo barato del despliegue hace injustificable los altos costes de las prestaciones. No obstante, Internet sigue siendo un medio tan complejo como frágil que, bajo la acción de los irresponsables crackers productores de virus y de ciberataques terroristas, puede hundirse en un caos excesivo, en absoluto creativo o hiperpolítico. Necesitamos una ética hacker hiperpolítica que salvaguarde el tejido común de la red y cuyo quintacolumnismo sea positivo. En un futuro no demasiado lejano Internet puede multiplicarse y diversificarse, y el quintacolumnismo hiperpolítico ha de estar atento a su progresión, para introducir sus modelos de trabajo y actuación en aras de un modelo de comunicación naturalmente hiperpolítico.

<http://www.isoc.org/internet/history>

<http://www.davesite.com/webstation/net-history.shtml>

De la tecnovigilancia

La tecnovigilancia, bajo la imperante ley marcial del CiberImperio que pretende controlar las actividades terroristas, es una de las mayores amenazas de la hiperpolítica alternativa de carácter quintacolumnista. Esto no se debe a que el

quintacolumnismo planteo nada oscuro e inconfesable, sino a que el ciberimperialismo no cree ni confía en el papel de la hiperpolítica ni en el escenario azaroso de la cibercultura libre en la red. Por ello prefiere mantener sus sistemas de contrainsurgencia a realizar un saludable ejercicio de glasnost. A pesar de todos los medios a nuestro alcance y la difusión de noticias e informaciones, la opacidad sigue siendo parte de las estrategias del poder, por mucho que Lévy (2004) afirme lo contrario. Todavía quedan numerosos resortes secretos de actuación para gobiernos que se están empleando en controlar un movimiento (hiperpolítico completamente novedoso como la alterglobalización. Esta visión nada tiene de paranoica; la alterglobalización lo sabe muy bien, por sus problemas de infiltración, contrainsurgencia y sabotaje llevados a cabo por los servicios secretos de muchos países (estas denuncias están en la red, accesibles a cualquiera). Y por otro lado, por sistemas como Echelon o el nuevo plan del Pentágono para la infoguerra (Global Information Grid o parrilla de información global), compuesto por decenas de satélites coordinados con aviones espías no tripulados e impulsada por el siniestro condotiero Donald Rumsfeld. Estos sistemas han sido creados con el objetivo de imponer su nuevo orden mundial sobre el planeta, pero su propósito encubierto es el pensamiento único y no la democracia, ni siquiera su democracia formal a la americana. La tecnovigilancia se establece para garantizar sobre todo la estabilidad del mercado libre y el flujo de mercancías y capitales.

No obstante, lo que más debemos temer no es tanto el programa de espionaje de correo electrónico Carnivore ni los satélites espías del ejército estadounidense, como aquellos proyectos de tecnovigilancia, espionaje político y guerra sucia sobre los que ni siquiera tenemos noticia, aunque somos perfectamente conscientes de su existencia. En definitiva, se trata del quintacolumnismo negro desde las cloacas de los estados y las agencias globales de información con licencia para mirar, manipular y matar si es preciso, que contrarrestan con una guerra sucia el impulso alterglobalizador. Tampoco podemos olvidar la crisis social sobre el derecho a la privacidad, alentada por una omnipresente y obscena videocultura que convierte en cotidianas las peores prácticas voyeurísticas y las intromisiones en los aspectos más íntimos de las personas, trivializando así el ataque a los derechos individuales. Programas de espionaje a través de cámaras de vigilancia y reality shows han vendido nuestra intimidad al espectáculo mediático, venta que se complementa con los traficantes de datos personales que nos estudian como conejillos de indias para vendernos a las empresas de publicidad que, en su versión electrónica, nos inundan de spam. Para contener esta tecnovigilancia, la quinta columna alternativa debe utilizar dos tácticas complementarias: abrir hiperpolíticamente sus ciberágoras públicas a todos, incluidos los molestos fisgones de los servicios secretos para que no puedan acusarnos de secretismo; y, por otro lado, ejercer el derecho cívico a la contravigilancia, a través de vídeos digitales que controlen a los controladores en sus instituciones, pues estudiando y filmando al Polifemo estatal, quizá evitemos muchos

de sus desmanes. Como proponen algunas iniciativas (David Brin, 1999), incluso introduciendo por ley las cámaras en las comisarías para evitar maltratos y torturas. Dado que es imposible eliminar la televigilancia y el espionaje electrónico, es mejor que ese control esté en manos de la sociedad y no sólo de un grupo pequeño o una élite gubernamental. El CiberImperio y los pequeños tiranos cibernéticos quieren que vivamos en la ciudad de cristal donde todo esté a la vista del estado, como soñaron tantos utopistas (Scheerbat, Taut o Ferris), pero que ya asustaba a tecnodistopistas clásicos como el novelista ruso Yevgueni Ivénovich Zamiatín (1993). Pero nuestro modelo hiperpolítico ha de ser el de la transparencia absoluta en los asuntos de la República Global, gracias a la red y, por el contrario, la opacidad absoluta en la vida personal. Es necesario volver a distinguir entre lo público y lo privado, porque la confusión de los términos revela una mala fe política considerable, como sostiene Richard Sennett (2002). Así, debe existir un mundo de luz y de sombra para la tecnovigilancia, de claroscuros hiperpolíticos que hemos de reconquistar para vivir en libertad.

<http://www.theregister.co.uk/2004/10/12/spyware>
http://weblogs.macromedia.com/jd/archives/2004/06/earthlink_spywa_1

De la economía

El modelo económico es una de las cuestiones más abiertas en el seno de la hiperpolítica porque ha sido el motor transformador, la energía que ha puesto en marcha la globalización (Lévy, 2004). Los flujos de capital internacional que representan varias veces el PIB de los países industrializados, el cambio de una economía productora o industrial hacia un capitalismo cognitivo, la deslocalización de la producción y su articulación en redes, el apoyo de instituciones transnacionales como el FMI, la OMC y el Banco Mundial o el asalto al estado del bienestar por la privatización de los servicios, son sólo algunos de los rasgos novedosos y algunas de las dificultades a las que se enfrenta la crítica de la economía política de nuestro tiempo. Por ello, el problema no se encuentra tanto en la generalidad y en la solidez de las críticas realizadas por la alterglobalización hacia el neoliberalismo triunfante, sino en la dificultad objetiva, en este contexto, de articular una economía alternativa

más allá de propuestas bienintencionadas. Este nuevo entramado económico se ha ido formando

durante más de cincuenta años y se ha convertido en algo tan compacto que es difícil de contrarrestar con eficacia. Por ello es necesaria una postura que huya tanto del turbocapitalismo como del fracasado comunismo tradicional. En una globalización dominada por el complejo sistema de la e-conomy, no se pueden lanzar planteamientos radicales, ya que cualquier debacle sería sufrida más duramente por los más pobres y desamparados. Como denuncia Manuel Castells (2000), los flujos y reflujos económicos funcionan como verdaderas bombas de neutrones, silenciosas pero letales para los países y regiones que las sufren. Por ello las propuestas deben consistir a lo sumo en intentar cambios de rumbo paulatinos, hacia una economía más igualitaria, justa, distributiva y solidaria que garantice universalmente el alimento y la vivienda, la atención sanitaria, la educación y el acceso a las nuevas tecnologías, los derechos humanos y la supervivencia ecológica del planeta, así como la participación hiperpolítica.

Es, obviamente, un esbozo de objetivos para ese programa común, que todos los estados y organizaciones globales aparentemente apoyarían, pero que nadie se atreve a garantizar. La fraudulenta promesa de un «capitalismo sostenible», de alcanzar ese programa mínimo con tiempo y docilidad no debe llevarnos a engaño, pero tampoco los sueños utópicos de una izquierda clásica en torno a un reformismo social o a una milagrosa revolución. La única opción, perfectamente quintacolumnista y desde la hiperpolítica, es dar cauce a experimentos de economía alternativa que, además de producir realmente un nuevo modo de vida, prueben las virtudes de esa otra economía integral, desde la labor de las empresas que se suman a los acuerdos éticos de la ONU de manera real y no como pura imagen externa hasta los microcréditos, el comercio justo o incluso el trueque coordinados por la red y las plataformas virtuales. El consumo es una de las fuerzas políticas de primer orden en una sociedad que basa su sentido precisamente en él. Y el consumo responsable puede servir así de labor quintacolumnista dentro del presente sistema económico en las zonas más favorecidas. En la inmensa diversidad cultural del mundo, hay todavía lugar para numerosas prácticas de una economía alternativa global e incluso una e-conomy diferente en las nuevas comunidades virtuales, sin que despreciemos ninguna a priori, siempre que se adopten desde el planteamiento de una economía hiperpolítica, cuyas decisiones pertenecen a la comunidad. Con el objetivo irrenunciable de garantizar una economía básica a todos los individuos, podemos ir creando una economía comunal y comunitaria, potlach e inmedatista (Hakim Bey, 1999), superpuesta, no paralela a la actual, ni autárquica (destinada a la marginalidad y al fracaso), infiltrándose con su éxito cotidiano en el capitalismo salvaje como un virus. Y entonces sí, la tasa Tobin o la renta básica, la producción ecológica o la jornada reducida y tantas otras demandas de los trabajadores, podían ser poco a poco atendidas, asumidas y resueltas. De momento, desde un planteamiento hiperpolítico

coherente y posibilista, no podemos renunciar a un sector público fuerte de los estados que garanticen, por ejemplo, la seguridad social y las pensiones, sometidas al acoso neoliberal. En cualquier caso, necesitamos un nuevo modelo vital que acoja las novedades de la economía alternativa, basado en la exigencia de cubrir las necesidades básicas de toda la población, dejando un margen de libertad a lo superfluo. La sobriedad personal y la riqueza de lo público serán entonces la doble clave del equilibrio y del progreso de la República Global.

www.ecosfron.org

www.femenp.net

www.gnb.com/ArticleDisplayServlet.srv?aid=27630

De las artes

No podemos negar el fracaso del proyecto vanguardista del arte moderno a la hora de alcanzar sus objetivos más ambiciosos como fueron la búsqueda de una utopía social y la consecuente liberación del ser humano. Nada de esto se ha conseguido y el mercado ha sido capaz de asimilar, con el tiempo, las propuestas más extremas o críticas. En su vertiginosa carrera, la vanguardia ha dejado atrás justamente a un espectador estupefacto y ha acabado dando a luz un arte neohermético para una élite y así hemos pasado del fracaso del arte moderno al anuncio del fin del arte. La idea misma de vanguardia ha entrado en crisis y consiguientemente no hay lugar para un arte realmente vanguardista en nuestra cultura. Pero ésta sigue necesitando arte, sea lo que sea éste o háyase transformado en lo que se haya transformado. Por ello, dicho en otros términos, hemos pasado de un arte experimentalmente «conclusivo» a la posibilidad de un «nuevo arte popular» (Jorge de Oteiza. 1990). Este arte popular contemporáneo puede encontrarse en parte en el tecnoarte de la cibercultura, en la infografía, en el ciberarte o el net-art, con sus múltiples variantes y derivaciones, y también en numerosas manifestaciones populares poco valoradas desde el punto de vista estético y académico, tales como el cine de ciencia ficción o los videojuegos. Pero tampoco podemos olvidar ese potente arte híbrido, capaz de combinar las técnicas tradicionales de la pintura y de la escultura con las nuevas tecnologías, o las técnicas vanguardistas del body-art o la performance con el videoarte digital o incluso las numerosas corrientes de arte perfectamente tradicional o neovanguardista

en sus técnicas pero experimental en su vocación activista. El arte nuevo se convierte así en esa zona franca, abierta e indefinida, en la que confluyen viejas y nuevas técnicas, acaso con renovados propósitos de transformación social. Pero el fiasco de la modernidad le duele al arte, y unos paños calientes y cataplasmas posmodernas no son suficientes para sanarlo; ese arte institucional y estabulado en museos y galerías, reaccionario y tradicionalista en técnicas y en actitudes, superficialmente vanguardista en las maneras, o individualista, sublime y ensimismado, pero nauseabundantemente comercial, pese a sus destellos de genio o belleza, no puede satisfacer la demanda del arte comprometido y emocionante que exigen los tiempos. Por ello el arte libre que ha sobrevivido al gran fiasco de las posvanguardias ha de definirse, si quiere evolucionar, como hiperpolítico y quintacolumnista en cualquier lenguaje, medio o escuela que elija: arte tradicional o neovanguardista, tecnoarte, hiperarte, no-arte, antiarte, retroarte o artesanía. Ese arte creado e interpretado desde una revolucionaria perspectiva teórica (Joaquim Dols, http://www.unavarra.es/organiza/catedrra_oteiza_prg1.2.htm) y definido como una recuperación esencial en «el arte como sensibilidad. El arte como emoción. El arte como pasión. El arte como estremecimiento. El arte como locura. El arte como placer. El arte».

El impulso ético del arte moderno sigue intacto aunque haya adoptado otros medios, pero al mismo tiempo hemos de renunciar a la utopía y la tecnoutopía, a cambio de la incertidumbre propia de una República Global e hiperpolítica donde todo está por definir. Y de esa indefinición, de la carencia de certezas, surge la necesidad contemporánea que los netartistas requieren para practicar un arte que conserve el espíritu de vanguardia pero que al tiempo se adapte a los nuevos medios tecnológicos (Laura Baigorri, <http://www.uoc.edu/artnodes/esp/art/baigorri0803/baigorri0803.html>), que se apropie de las cuestiones políticas contemporáneas —el movimiento zapatista, las guerras de Iraq o los conflictos causados por las multinacionales—. como materia de su trabajo, y que entienda la protesta o la desobediencia civil como una práctica legítima e imprescindible del arte de vanguardia contemporáneo. Así el llamado artivismo tiene una doble función: por una parte la crítica del mercado artístico y su institucionalización y, por otra, rescatar ese espíritu crítico del vanguardismo artístico que trataba de hacer visible una crítica social para impulsar el cambio. La gama de tendencias, especialmente en el tecnoarte artivista, es amplia y variada, a partir sobre todo de la herencia del arte situacionista, desde la desobediencia civil a la protesta on-line, practicados por colectivos como el Electronic Disturbance Theatre o el Critical Art Ensemble. Pero por supuesto existe el peligro de que estos esfuerzos críticos acaben centrándose sólo en la red y que su repercusión en el mundo real se vea limitada. En este sentido, es necesario no olvidar que el artivismo no puede limitarse a la red. La liberación del ser humano será para el arte, a partir de ahora, un proceso interior, de transformación hiperpolítica, de arte-vida, de la vida como un arte

activista e hiperpolítico. Y de ese aluvión de nuevo arte popular esperamos que surja ese verdadero arte comunal y participativo en el que todos seamos, ahora sí, «artistas» capaces de ejercer la «democracia directa» (Bondemann-Ritter, 1995, sobre los escritos de Joseph Beuys), esto es, artistas brigadistas al servicio de la comunidad. Un arte, por tanto, en el cual la retaguardia es ya la única vanguardia posible. Esperamos esa explosión de belleza y vida que nos haga olvidar los cantos fúnebres y la basura de lujo, que nos conecte con la corriente de la vida alternativa. Por ello, todos los proyectos de artivismo quintacolumnista resultan prioritarios, para ser introducidos en el pano— rama artístico actual como un metaarte salvajemente crítico y para inspirarnos en sus técnicas de acción y agitación con el objeto de revitalizar la lucha hiperpolítica. La hiperpolítica es el nuevo arte y su maestro será el agente quintacolumnista, sin duda, un consumado activista.

www.critical-art.net

www.plagiarist.org

www.jodi.org

De la cibercultura ampliada y libre

Resulta evidente que es preciso repensar la cibercultura, una cibercultura heredera de la vieja cultura analógica que ya no puede ser definida simplemente como el conjunto de prácticas estrictamente cibernético-culturales o propias de la cibercultura hacker. Nos encontramos ante un nuevo paradigma creado por el informacionalismo (Castells, 1995), capaz de redefinir enteramente nuestra manera de enfrentarnos al mundo actual. Y para entender su importancia y su envergadura, hemos de repensada a través del concepto de cibercultura ampliada, que abarca todos aquellos ámbitos humanos (artísticos, científicos, sociales, etcétera) implicados directa e indirectamente, a lo largo de la historia y en la actualidad, en la creación de la cibercultura actual. Sin caer en ningún determinismo cibercultural, toda la cultura occidental parece haberse dirigido hacia la actual cibercultura, cuyo estadio tecnológico y digital sólo es su versión más reciente. Hay pues una cibercultura antigua inscrita en la ciencia, el arte o la filosofía griega, medieval o renacentista que desemboca en la cibercultura actual. De Pitágoras a Llull, de Leonardo a Newton o de Bacon a Kircher, se puede rastrear una cibercultura oculta, en ciernes y balbuceante,

como sueño tecnoutópico, que ha alimentado secretamente a nuestra cultura y a nuestra sociedad global hasta llegar a crear los ordenadores y la red.

Aunque para la hiperpolítica sólo tiene sentido esta visión completa e integral de la cibercultura ampliada, tampoco es ya suficiente: necesita una cibercultura ampliada, pero también una cibercultura alternativa, crítica y hacktivista que, en cierta manera, también estaba inscrita en los aspectos más críticos de la cibercultura antigua, desde los mitos del Golem^[9] hasta la filosofía de la tecnología. Es decir, ésta es la hora de lo que hemos llamado una cibercultura libre; libre por ser accesible para todos y participada por todos, libre como comunal universal, para ser utilizado e incluso rechazado; una cibercultura del software libre pero también de un pensamiento libre, hiperfilosófico y colectivo, donde todas las críticas son legítimas si conducen al bien común.

Las características que debería tener son así las propias de una cibercultura libre o, mejor dicho, una cibercultura liberada incluso del cientificismo religioso, de los dogmas del digitalismo y de los mitos del tecnohermetismo porque éstos deslizan el proyecto cibercultural hacia una tecnoutopía absurda. Ha de ser libre porque hace un uso responsable de la libertad de expresión y porque respeta la libertad y los derechos humanos tanto individuales como colectivos. Las propuestas cyberpunk, las zonas temporalmente autónomas de Hakim Bey (1996), los esfuerzos por recrear los comunales virtuales (como Creative Commons) caminan en ese sentido. La tarea es por tanto la de construir una cibercultura libre para todos, los hackers y los usuarios normales, los programadores y los analfabetos digitales, los niños digitales y los viejos analógicos, los ricos conectados y los «sin conexión» que pueblan el mundo. Por otra parte, el esfuerzo ha de caminar hacia la consecución de una cibercultura libre y abierta a la imaginación más audaz, al hiperarte, a la ciencia ética o a la ciencia ficción; a todos los proyectos del caos creativo para la libertad; una cibercultura libre por su estilo de vida quintacolumnista, nómada e independiente, que se arriesga a plantear un modo de vida comunitario y reticular, siguiendo las propuestas de Gilles Deleuze y Félix Guattari (2003) del rizoma, dispuesto a crear los nuevos espacios culturales, económicos, sociales, artísticos o espirituales de la República Global y así evitar que se conviertan en propiedad de compañías y multinacionales. Debe ser una cibercultura libre que apueste por la libertad, pero no sólo por la aplicación de las libertades formales, sino sobre todo por la liberación del ser humano, esto es, una libertad ampliada, hiperpolítica. Y ese deseo de liberación hay que entenderlo exclusivamente como un proyecto hiperpolítico y no como una fantasía tecnoutópica. Definitivamente, la cibercultura ampliada sólo puede ser tal si incluye, hiperpolíticamente, la libertad virtual y activista de la cibercultura libre y se muestra, por tanto, como una ezbercultura ampliada libre. Por ello es tan importante, en una estrategia quintacolumnista, difundir el virus troyano de la libertad en la propia cibercultura y promocionar la visión libre, que no es sino la visión libertaria, en las redes y en la sociedad; una cibercultura libre para poder vivir

hiperpolíticamente y hasta para crear una definitiva cibercultura libertaria.

<http://www.ucm.es/info/especulo/hipertul!gabriella.htm>
[http://www.3puntos.com/seccion.php3?
numero=288nEsp=273seccionvciberculture](http://www.3puntos.com/seccion.php3?numero=288nEsp=273seccionvciberculture)

De los gurús alternativos

Nos habíamos acostumbrado a la omnipresencia en los medios de comunicación de los insoportables gurús de la globalización y la cibercultura oficial, de los Bill Gates y los Nicholas Negroponte y su legión de corifeos e imitadores. Pero ahora vivimos una explosión, sorprendente, de los gurús alternativos. Claramente la cibercultura se está transformando y adquiere profundidad con cada cambio que tiene lugar en su seno. Quizá no podemos evitar la contradicción entre la apuesta por la intelectualidad múltiple enfrentada a la singularidad del personaje, dado que el sistema necesita nombres propios y rostros que identifiquen posturas, para convertirlas en caricaturas estereotipadas que a su vez representen individualmente multitudes organizadas. Incluso del movimiento de la alterglobalización, profundamente comunitarista, ha surgido una larga nómina de estrellas alternativas, cada una indisolublemente asociada a un tema: el veterano Noam Chomsky y la política internacional, el Asterix galo Michel Bové o la agricultura ecológica, Susan George o la economía alternativa, Naomi Klein y las corporaciones, Vandana Shiva o los derechos de la propiedad intelectual, el subcomandante Marcos o la guerrilla indigenista, Manu Chao o la música multicultural, Ignacio Ramonet o la guerra contemporánea, Richard Stallman o el software libre, Joseph Stiglitz y la crítica al neoliberalismo, Arundhati Roy y la voz del Tercer Mundo, Antonio Negri y la crítica al imperio, y así un largo etcétera. Pero de esta manera empobrecemos un pensamiento mucho más amplio —fijándolo en su intervención más polémica— y de paso relegamos la aportación, igual de interesante o mayor aún, de otros personajes menos conocidos y del trabajo del movimiento alterglobalizador en su conjunto. Incluso algunos heterótomos colectivos como Luther Blisset (2000, luego Wu Ming, 2002) se hacen insospechadamente célebres, a pesar de su esfuerzo por el trabajo comunal o personajes ambiguos o moderados como George Soros (2002) o Michael Moore (2002, 2004), empujados por determinadas coyunturas favorables, se han convertido en gurús globales, en el

último grito supuestamente progresista, a los que se atiende con un denodado interés o incluso reverencia cómplice, eliminando una revisión crítica de su trayectoria y de sus acciones anteriores, algunas de ellas altamente cuestionables.

Probablemente este juego de la identificación personal resulta inevitable en el mundo mediático donde rige la economía de los nombres propios, y lo mejor que podemos hacer es utilizar estos nombres de manera quintacolumnista, como herramientas teóricas o de contrapropaganda, cuando sea conveniente, esto es, más como argumentos utilizables bajo la máscara del personaje que como homenaje a una personalidad concreta. En cualquier caso, debemos desembarazarnos tanto del culto a la personalidad como de cualquier atisbo de tutela intelectual en cuanto a su papel de líderes, expertos o representantes autorizados, de gurús de la alterglobalización que, investidos de un misterioso poder y sacralizados por los medios, despiden un aura cuasimística y están dotados de una visión infalible sobre casi cualquier cosa.

De nuevo hay que afirmar la necesidad del pensamiento comunitario y evitar estas derivas en el romanticismo del intelectual solitario que se enfrenta al mundo como un héroe. Ha llegado el tiempo de los intelectuales comunitarios, porque la ardua tarea de la supervivencia global no está en manos de francotiradores certeros sino de redes activistas y cotidianas. Para prevenir estos espejismos intelectuales, hay que obrar como aconsejan los budistas zen: «*Si hace frío, quema la estatua de Buda, y si ves a Buda, mátalos*». No necesitamos tampoco a los nuevos jefes de la hiperpolítica, porque la hiperpolítica trabaja sin jefes; en todo caso, agentes o servidores cívicos, sometidos a una crítica constructiva y nunca enaltecidos por el canto épico a sus hazañas. Nuestra fuerza reside, por el contrario, en la inmensa comunidad de seres anónimos, reales o virtuales, individuales, colectivos o avatares, para llevar a cabo la labor cotidiana de mantener la resistencia. Ojo con los gurús alternativos, cuya aportación puede ser tan positiva —y lo es de hecho— como destructiva, por personalista, desde la visión horizontal de la red hiperpolítica. Sobre todo cuando ya surgen los gurús alternativos a la alterglobalización oficiosa, que navegan por Internet envueltos en el romántico halo de conspiradores cool, de Hakim Bey a Geert Lovink, de Antonio Negri a Slavoj Žižek y tantos otros. La mayoría de las veces no es culpa suya, el puesto de gurú alternativo está muy solicitado. Necesitamos el trabajo de estas personalidades afortunada o desafortunadamente destacadas, pero no como gurús, sino como ciudadanos hiperpolíticos de la República Global y, en todo caso, como máscaras quintacolumnistas. Y esto vale también para el a menudo pretencioso Cibergolem, autor de panfletos, que necesita regularmente jarabe quintacolumnista como cualquier otro avatar activista...

<http://libertus.net/liberty/selfcens97.html>

<http://www.nytimes.com/hooks/98/IO/II/reviews/981011.llullmant.html>

De la ciudad

La ciudad se ha convertido en el campo de juego de la lucha hiperpolítica, tanto la ciudad global que es la República como la ciudad real donde vivimos. No en vano, en poco tiempo, más del ochenta por ciento de la humanidad vivirá en zonas urbanas. Y los populosos Nueva York o Londres dejan paso a megametrópolis como México D. F. o Mumbay. A pesar de nuestra condición urbana, lo cierto es que vivimos en una ciudad asediada por su negación, la «no-ciudad», donde la arquitectura funcionalista se ha degradado y las relaciones personales son cada vez más difíciles. Habitamos una ciudad mal virtualizada que no funciona de manera dual, en el eje dinámico real-virtual, sino que se desenvuelve cada vez más torpemente en los dos ámbitos. Efectivamente, nos encontramos en una ciudad donde la política municipal se aplica autoritariamente desplazando al ciudadano de la participación hiperpolítica en su desarrollo armónico, pero donde, al tiempo, surgen también esperanzadoras neociudades hiperpolíticas como la combativa Porto Alegre, con su presupuesto participativo que, con todos sus balbuceos hiperpolíticos, nos indica que es posible otra ciudad, la «ciudad (relconquistada)» (Jordi Borja, 2003) donde proliferan los espacios públicos del ciudadano participativo para hablar de urbanismo o de gestión cultural, del paro o de la vivienda para los jóvenes, de la conservación del patrimonio arquitectónico y de las zonas verdes, de la peatonalización y del mobiliario urbano, del transporte público o la emigración, de los monumentos o de la contaminación, de los carnavales y las fiestas, de las prostitutas o de los servicios sociales, de lo grande y lo pequeño, de lo arquitectónico y de lo humano. Éste es el objetivo global de una ciudad hiperpolítica que necesita más asociacionismo activista y crítico y ágoras abiertas y decisoras, presenciales y virtuales, en las que reunir a los diferentes agentes sociales y a los colectivos ciudadanos, las culturas diversas de los nativos y de los emigrantes o las generaciones jóvenes y mayores, de hombres y mujeres y transgenéricos... y es aquí donde debe arraigar uno de los pilares de la República Global, en la hiperpolítica glocal, de las ciudades, que son los ayuntamientos, pero también los barrios y las asociaciones vecinales, sociales y culturales, un verdadero *think tank* popular en ebullición, repensando su ciudad y de paso recreando el mundo, la ciudad de ciudades, la ciudad global definitivamente abierta a la vitalidad local.

Es necesario tejer una alianza de polis republicanas e hiperpolíticas, conectadas en el ciberespacio, pero con publicaciones y foros presenciales, presionando a sus representantes políticos y creando al tiempo sujetos y multitudes hiperpolíticas. Las calles de la ciudad se convierten así, poco a poco, en un espacio sólidamente quintacolumnista recuperando de nuevo el foro público para la ciudadanía (Richard Sennett, 2002), donde el activismo fructifica de manera constructiva en proyectos concretos de recuperación arquitectónica, patrimonial, festiva, cultural, económica. Frente a la ciudad pasiva e inhóspita de viviendas inteligentes y plazas «duras», necesitamos la ciudad quintacolumnista; una ciudad cálida, viva y solidaria,

multicultural y progresista, definitivamente hiperpolítica que crezca e implosione en cada plaza y en cada local, en los cibercafés y los mercados, en las redes móviles, en el interior de cada vivienda. Una ciudad okupada, real y virtualmente por los colectivos activistas y los ciudadanos hiperpolíticos, que rediseñe desde su arquitectura hasta su modo de vida, en la que vivir sea una tarea participativa y un regocijo público. Éste es el deseo y el reclamo por una ciudad hiperrepublicana, nueva Florencia de la hiperpolítica, pero sin Médicis, Maquiavelos o Savonarolas, infiltrada de quintacolumnistas que actúen en sus calles y en sus organismos públicos, una ciudad pequeña y al tiempo global, refundada contra la tecnoutopía, por los ciudadanos y para los ciudadanos.

<http://www.plannersnetwork.org>

www.acceda.es

<http://64.233.183.104/search?>

[qecache:uWFrJ3YZPwIJ.www.naruralstep.org/learnldocslclslasejm.pdf-i-Hammarby--Sj%C3%B9stad-eenglishhl=enclientefirefox-](http://www.naruralstep.org/learnldocslclslasejm.pdf-i-Hammarby--Sj%C3%B9stad-eenglishhl=enclientefirefox-)

a

Del cyborg

Somos el cuerpo, nuestro cuerpo, no lo poseemos, a pesar del profundo e inconsciente dualismo cristiano y platónico entre cuerpo y alma presente en nuestra cultura. Un ciudadano hiperpolítico debe saberlo, ser consciente de este hecho capital y de todas las consecuencias que supone ser, no tener, nuestro cuerpo. Esto es, no somos una mera estructura mecanicista, un artefacto dominado por una mente como el software controla el hardware. Nuestra mente es parte del cuerpo, nuestro cuerpo es parte de la mente. Como decía Wittgenstein, pensamos con el cuerpo también, además de con el cerebro. Por eso rechazamos el misticismo digitalista y la filosofía tecnohermética del cyborg como heraldo de la posthumanidad. Es cierto que somos ya en cierta medida cyborgs culturales con nuestra tecnoparafernalia de coches y electrodomésticos, cyborgs comunicativos armados de teléfonos móviles y cyborgs médicos gracias a las prótesis tecnológicas. y aún más, podría decirse que somos cyborgs ciberculturales a causa del uso masivo que hacemos de los ordenadores portátiles, de las tarjetas de crédito y, en un futuro próximo, de la ropa inteligente o la

RV Pero, nosotros, a pesar de ser homo ciberneticus, quizá por ello, estamos lejos de desear ser transformados en seres biomecánicos, invadidos por chips como propone Kevin Warwick (<http://www.wired.com/wired/archive/8.02/warwick.htm1>), una nueva raza humanoide y extropiana que supuestamente da un paso más allá de la evolución. Todavía somos seres humanos resistentes, compuestos bioquímicos de carbono y no de silicio, y programados por la larga evolución biológica que nos encontramos al nacer y de la que no hemos escrito sus secuencias. Y aunque muchos deseen abandonar su humanidad y su cuerpo como herramientas obsoletas y busquen de esta manera transmutarse en robots inteligentes, ángeles virtuales o entidades nanotecnológicas flotando en el espacio, de momento sólo navegan en el terreno de una fantástica ciencia ficción que puede resultar extraordinariamente peligrosa. Tememos al nuevo bestiario de ciencia ficción futurista en el que la bioingeniería, la robótica y la cibercultura se alían para desvelar un nuevo y extravagante polimorfismo cyborg como nos advierte Katherin Hayles (1991). Mayoritariamente ese desprecio al cuerpo, cuyas últimas tendencias son de claro origen protestante con su dosis de reciente integrismo biotecnológico, nos provocan alarma cuando no burla. Por ello somos partidarios de preservar la humanidad básica y utilizar la tecnología aplicada al cyborg únicamente para restaurar la plenitud e integridad de lo humano, nunca para potenciarlo o cambiar el cuerpo a capricho o según una doctrina política (biopolítica perversa como la denominaría Foucault, 2000). A pesar de que sea razonable para algunos recrear un «nuevo parque humano» (Slorerdijk, 2003) con las herramientas que nos otorga la ingeniería genética, la visión crítica del humanismo hiperpolítico rechaza tanto los caducos humanismos ilustrados como estos peligrosos posthumanismos tecnológicos. La investigación de la tecnología cyborg (en la genética, la medicina, etcétera) es importante para la supervivencia del ser humano, pero debe desarrollarse bajo la supervisión de una estricta ética global y alternativa, que rechace la búsqueda de la inmortalidad, los cambios estéticos o la ampliación de capacidades. Así, abogamos por un «cyborg de izquierdas» (Donna Haraway, 1995) alternativo, un cyborg hiperpolítico y quintacolumnista, cuya primera tarea es recuperar su cuerpo de las garras del estado paternalista, para evitar el ensañamiento médico o el consumismo tecnológico, el control sobre sus hábitos o el trabajo alienante. Se trataría entonces de lograr la ascesis tecnológica comenzando por el propio cuerpo. A partir de ahí puede transmutar su cuerpo en un cuerpo quintacolumnista que, con sus propios hábitos alternativos y tácticas tecnológicas, despliegue de manera natural una vida hiperpolítica, en la alimentación, el sexo o la meditación. Basándose siempre en una libertad ética y comunitaria, en su casa o en su nomadismo, en su independencia o en su familia, en su comunidad inmediata o en la ciudad, en el microcosmos como en el macrocosmos. El cyborg quintacolumnista crece dentro del cuerpo hiperpolítico y se convierte en una amenaza formidable, en una herramienta profundamente vital.

Del hacktivismo

La hiperpolítica sólo tiene sentido desde el activismo, pero sin el hacktivismo no puede haber verdadero activismo hiperpolítico. Los nuevos medios exigen la transmutación de toda actividad y, por ello, activismo y hacktivismo son dos versiones complementarias de la misma actitud hiperpolítica y han de permanecer unidos y coordinados. No hay que entender tampoco el hacktivismo como una versión superior o más evolucionada del activismo, sino como la intervención hiperpolítica en el ámbito de la cibercultura. De hecho, el hacktivismo que no sea activismo en las redes es completamente inocuo (Geert Lovink, 2004). Es muy fácil reducir la función del hackerismo a un simple modo de enfrentarse a los negocios de forma distinta que el software propietario —dando servicio en vez de un paquete cerrado de software— y dedicándose simplemente a defender la libre circulación de información. Es por ello que el activismo, para la hiperpolítica, significa compromiso en la acción, aunque tampoco es recomendable caer en un mero accionismo —la acción por la acción—, tentación en la que caen numerosos grupos tácticos de la alterglobalización. El activismo, en cualquiera de sus formas, ha de ir asociado a la reflexión, el estudio y la investigación sobre sus fundamentos, propósitos y métodos, para que la «actividad» hiperpolítica, acción inmediata o postergada, sea inteligente, coherente y autocrítica. En el desarrollo de la hiperpolítica ya no tienen valor las manifestaciones contestatarias que no se articulen en propuestas y que, a su vez, no se lleven a cabo, generando una cultura activista. Por ello hay que relativizar el valor del romanticismo hacker, del francotirador independiente, como una forma inútilmente heroica de personalismo y, desde luego, rechazar de plano la aberrante filosofía del cracker que lanza virus destructivos para alimentar su ego y probar su poder de hacer daño.

El hacker activista o el hacktivista, consciente de su papel hiperpolítico, debe abandonar esa mitología caduca que no es sino el reverso pueril de la mitología del pirata o del outsider vengador, que en ocasiones es simplemente un camino para terminar integrándose en las compañías de software o de seguridad informática. Tampoco le vale al hacktivista acomodarse simplemente en la ética jubilosa del

creador (Pekka Himanen, 2002), en una ética del trabajo basada en el placer y no en el deber o la avaricia por el dinero, ya que su compromiso hiperpolítico le exigirá profundizar en otras claves sociales a todos los niveles. En este aspecto más comprometido, la transferencia de tecnología al Tercer y al Cuarto Mundo es un objetivo básico de la hiperpolítica, que encaja perfectamente en este binomio de activismo y hacktivismo. Necesitamos, por tanto, activistas preparados y bregados en la acción y la organización, y hacktivistas quintacolumnistas que accedan a la estructura misma del ciber mundo, no sólo a sus suburbios. Pues más allá de los cibernegocios simbólicos, han de centrarse en una labor creativa, participativa y de agitación en todos los foros, instituciones, organizaciones digitales o presenciales. Han de lanzarse a inventar nuevos diseños de red, métodos activistas más eficaces, nuevos inventos tecnológicos copyleft, o a fundar comunidades virtuales de trabajo, asistencia y colaboración y, especialmente, además de crear software libre, a inventar un verdadero hardware libre (no sólo reciclado o canibalizado), la gran asignatura pendiente de la cibercultura libre. No hay que olvidar que actualmente la adquisición del hardware es, en términos absolutos, más caro en el Tercer Mundo que en el Primero, y esto representa una de las primeras barreras de la brecha digital. Finalmente, sería deseable que todos los activistas fueran también, en la medida que puedan hacerlo, hacktivistas (y al revés), para poder abarcar integralmente la lucha hiperpolítica o, al menos, participar en colectivos mixtos de activistas y hacktivistas. La quinta columna, para avanzar en todos los frentes internos, necesita hacktivistas bien preparados, capaces de actuar en cualquier ámbito pero también formados hiperpolíticamente. Y, en este sentido, ciertamente necesita una agenda hiperpolítica clara (un pequeño ejemplo de netactivismo se encuentra en <http://ww2.grn.es/merce/netactz.html>), un programa común para la alterglobalización, especialmente en torno a los derechos digitales, una gran baza quintacolumnista que podemos reclamar como el ideal de una alfabetización digital universal^[10].

www.ossim.net
<http://sourceforge.net>

De la sociedad civil desobediente

La hiperpolítica nace del deseo de la sociedad civil de recuperar un papel que quizá nunca haya tenido, pero que ha soñado largamente con tener y que acaso sólo tuvo de manera plena en una etapa paleopolítica. de comunidades salvajes e ingenuamente igualitarias. En el seno de sociedades tanto democráticas como autoritarias crece la necesidad de manifestar y gestionar su propia voluntad, voluntad que en la cibercultura libre ha encontrado una vía de expresión, y en la alterglobalización, su propuesta más radical. Pero el ansia civil de la sociedad contemporánea afecta a todos los ámbitos y sensibilidades ideológicas, a menudo con fórmulas ambiguas como el voluntariado o las ONGs, o en un asociacionismo reformista o rebelde, que huyen de la militancia convencional. Éste es, desde luego, el caldo de cultivo hiperpolítico para la recuperación o, más bien, la recreación de una verdadera sociedad civil en la República Global. Por ello es fundamental la movilización de la sociedad actual, hasta ahora activada socialmente pero pasiva políticamente, como una red civil hiperpolítica, crítica, reivindicativa y laboriosa, en diálogo permanente con las instituciones, pero capaz también de desarrollarse al margen del estado. Nuestro propósito es que esta sociedad civil se convierta en una retaguardia insurgente y quintacolumnista de la hiperpolítica, que no se conforme con malvivir de las migajas de la política profesional, sino que aspire a infiltrarse en los estados para instaurar la República Global y, más importante aún, la vida republicana. Hemos defendido la labor constructiva de la sociedad civil y de sus colectivos como estrategia positiva y principal del quintacolumnismo, pero a menudo determinadas situaciones obligan a presionar al imperio, a ciertas instituciones, a un estado o a corporaciones salvajes para obtener un cambio puntual o significativo. En este caso, la desobediencia civil constituye, en sus múltiples formas no violentas, una poderosa herramienta, que hay que saber dosificar y utilizar cuando la coyuntura está madura. La desobediencia civil se ha presentado desde hace mucho tiempo como una forma no violenta de acción política para grupos como las sufragistas londinenses, los independentistas hindúes liderados por Gandhi, los defensores de la abolición de las leyes raciales o los opositores a la guerra de Vietnam. Desde su teorización por Thoreau (1987), esta táctica ha mostrado ser extraordinariamente efectiva a lo largo de la historia. A través de tácticas como la huelga, el boicot, la paralización, la ocupación, la manifestación, el bloqueo, la insumisión fiscal, la acción callejera, el sabotaje incruento, las sentadas, las pintadas, etcétera, y todas sus vertientes ciberespaciales (cibersentadas, ciberpintadas, cibercomunicados), la desobediencia civil puede ser un medio eficaz cuando tiene un fin hiperpolítico y no pretende una revolución reaccionaria o utópica. Por ello es preciso desarrollar especialmente una ciberdesobediencia civil no violenta como la que practica Electronic Disturbance Theater (<http://www.thing.net/~rdm/ecd/EDTECD.html>), la cual ha de desembocar también en una cibersociedad civil desobediente. Cuando no queda más remedio, el ciudadano debe convertirse en activista y hacktivista y apoyar las grandes demandas de la sociedad civil emergente (como se define en http://cristine.org/borders/Wray_Essay.htm1). Pero también hay

que pensar en otras tácticas quintacolumnistas de mayor calado, más silenciosas y discretas, que desborden con su imaginativa desobediencia las normas o las decisiones injustas, que no hayan sido refrendadas hiperpolíticamente por la sociedad civil; esto es: «Se obedece pero no se cumple, se cumple pero no se obedece». El desobediente quintacolumnista, desde un criterio flexible, debe saber actuar o no actuar cuando convenga, en luchas puntuales pero también en grandes campañas globales, en aras del avance general de la hiperpolítica y de la consolidación de los derechos hiperpolíticos. En el fondo, la desobediencia civil hiperpolítica debe ser radical, «cuestionamiento de la propia facultad de mandar del Estado», como señala Paolo Virno (2003a), aunque en las maneras y los ritmos quintacolumnistas ha de mostrarse estratégicamente persuasiva y moderada. Necesitamos formar y consolidar antes una sociedad civil desobediente, en permanente estado de alerta, como sociedad quintacolumnista global, para intentar dar un vuelco a favor de la instauración de la República Global.

<http://www.update.uu.se/-Ibendz/philo/disobey.htm>

<http://www.ucl.ac.uk/-uctyho/ted5.htm>

Del 11-S al 11-M

Los trágicos atentados del 11-S supusieron un drástico revulsivo en las relaciones internacionales, pero obviamente no constituyen el nacimiento de la hiperpolítica. No obstante, la hiperpolítica, que nació en los noventa de una demanda social a través de la cibercultura alternativa, sí tuvo en el 11-S su gran momento de paradójica escenificación pública (aparte de escaramuzas hiperpolíticas anteriores por todo el globo). Los atentados hacen visible de manera contundente una nueva era en la que también aparece una hiperpolítica del terror y un quintacolumnismo negro en forma de hiperterrorismo global. Como señala Glucksmann (2002), la nueva política internacional es la que ha generado esta situación, sin precedentes en la historia, ya que ha construido bajo el espectro de lo que él denomina «nihilismo feliz», fenómenos tan poderosos en el proceso globalizador como el terrorismo fundamentalista. La preparación de los atentados y el mantenimiento de grupos terroristas como alQaeda se han realizado gracias a una nueva concepción reticular y

global de su organización y a la utilización de las nuevas tecnologías comunicativas (correo electrónico, páginas web, teléfonos móviles, vídeos digitales, etcétera). Representan el ineludible reverso oscuro de la globalización y de la cibercultura, al igual que la tecnovigilancia o las guerras virtuales preventivas del CiberImperio. No en vano *think tanks* militares como la RAND Corporation se han encargado de analizar desde hace tiempo esta nueva tendencia de «terrorismo en red», lo que en ocasiones ha servido para acentuar en todo el mundo las prácticas de tecnovigilancia y control más abusivas.

El hiperterrorismo, como visión fraudulenta de la hiperpolítica internacional, es fundamentalmente negativo porque utiliza métodos quintacolumnistas de carácter violento para obtener los viejos objetivos políticos de poder, y no los objetivos hiperpolíticos de la democracia participativa, entre los cuales una tiranía teocrática no tiene cabida ni sentido alguno. El 11-S surge como una nueva manifestación de un nihilismo destructivo (frente al nihilismo creativo de la cibercultura y las artes), ya que el asesinato mediático de unos habitantes del centro del imperio se convierte en acontecimiento, mientras que las innumerables víctimas de guerras olvidadas, hambrunas endémicas o aberraciones tecnológicas siguen pasando desapercibidas. El único efecto positivo del 11-S fue la brutal llamada a la conciencia de la multitud global frente a la manipulación de los estados y, por consiguiente, a la necesidad de recuperar una sociedad civil hiperpolítica que actúe como República Global. Tres años después, la tragedia del 11-M en Madrid supone la dolorosa fructificación hiperpolítica de este cambio. La contestación a una guerra que no tenía vinculación con este hiperterrorismo sino con intereses económicos y geoestratégicos, provocó el renacimiento de la hiperpolítica alternativa a una escala global a través de una gran acción quintacolumnista. El 11-M provoca el 14-M, en el cual se produce un vuelco electoral contra la política belicista y proimperial y sus viejas tácticas de engaño y manipulación. Gracias, en gran medida, a la contrainformación sobre el atentado que circuló en algunos medios de comunicación y, especialmente, por Internet y por el flash mob del móvil, por vez primera en territorio imperial del Primer Mundo, la hiperpolítica intervino de manera quintacolumnista en la política (transmutando al tiempo el quintacolumnismo negro del hiperterrorismo). La mágica frase enviada millares de veces, «pásalo», a través de móviles y correos electrónicos se ha convertido en la prueba evidente de que existen las «multitudes inteligentes» (www.sindominio.net/traficantes/editoriallibrospdf/pasalo.pdf) y que es posible cambiar el paradigma político en pocas horas, cuando la situación está madura. La diferencia con el 11-S consiste en que entonces la vieja política belicista del imperio trató de rentabilizar un suceso con medios antiguos (guerra, tecnovigilancia, recorte de libertades y censura), en la obsoleta creencia de que la comunicación seguía siendo unidireccional, jerárquica, y las fuentes de donde manaba, también controlables. Obviamente, en el 11-M y el 14-M no se obtuvo un cambio total hacia un escenario hiperpolítico, pero el acontecimiento sí constituye una poderosa

manifestación de las posibilidades (y de sus actuales limitaciones estratégicas) de una sociedad civil madura convertida en multitud hiperpolítica. Estamos ante un episodio híbrido de política e hiperpolítica, ya que ciertos políticos profesionales —que alentaron interesadamente los métodos quintacolumnistas—, supieron rentabilizar el suceso en las elecciones, pero lo importante es que abre una vía experimental de transición. Si el 11-S supone el primer gran ataque del quintacolumnismo negro y nihilista, el 11-M transfigurado en el 14-M se convierte en la primera gran acción quintacolumnista de la hiperpolítica alternativa. Hay mucho que investigar y reflexionar todavía sobre ambos acontecimientos y sus consecuencias hiperpolíticas. Pero, incluso huyendo de la mitificación de una supuesta espontaneidad hiperpolítica de la población y de lo determinante de los métodos ciberculturales, podremos extraer interesantes lecciones. La primera y más inmediata: si queremos sobrevivir a un mundo dominado por el terror, debemos intervenir de manera quintacolumnista, abiertamente, contra toda forma de terrorismo, ya sea clandestino o imperial, transmutando la ira y la desesperación en hiperpolítica.

<http://www.desastres.org/articulos.asp?id=03072005-1>
[http://foros.universia.es/mvnforum/mvnforum/viewthread?
thread=653](http://foros.universia.es/mvnforum/mvnforum/viewthread?thread=653)

De la multitud

El protagonista de esta nueva etapa hiperpolítica ya no puede ser más la masa de individuos supuestamente independientes, ni la masa totalitaria ni la masa democrática. Ha nacido una nueva figura, más allá de la perversa articulación entre individuo y masa, que pretende equilibrar el juego hiperpolítico entre la persona y la comunidad, se puede y se debe reclamar una nueva forma de ser humano para la humanidad, una nueva humanidad para cada ser humano que bascule entre esos dos polos de lo individual y lo comunitario. La globalización ha provocado la revisión hiperpolítica de esta relación y ha impulsado la creación de una nueva entidad humana que ha recibido diferentes nombres. En la cibercultura se ha hablado de «inteligencia colectiva» (Picre Lévy, 1994) o de «inteligencias en conexión» (Derrick de Kerckhove, 1999) con un exagerado misticismo cibernético. También se ha señalado acertadamente la intervención del «intelectual colectivo» (Tomás

Maldonado, 1998b), figura que ha dado lugar al trabajo de colectivos anónimos, a menudo bajo el nombre de algún heterónimo corsario, especialmente en medios hacktivistas y afines, como el antiguo Luther Blisset, actual Wu Ming. Otros autores han adoptado, con un matiz más hiperpolítico pero limitado, el concepto de «multitud» (Michael Hardt-Antonio Negri, 2004b), como unión de entidades independientes que corrige el concepto de «pueblo» marxista, o «multitud inteligente» (Howard Rheingold, 2004), de individuos conectados que cooperan puntualmente en una red tecnológica. La multitud, nueva herramienta en el horizonte conceptual de la hiperpolítica, que es preciso investigar hiperfilosóficamente, sin idolatrarla, ya que lo decisivo no es la multitud azarosa y errática sino la multitud comunitaria preparada y articulada hiperpolíticamente. En cualquier caso, este ciudadano multitudinario de la República Global actúa relegando el protagonismo del nombre propio en bien de la comunidad, lo cual no es óbice para utilizar de manera quintacolumnista tanto el nombre colectivo como el personal. Pero frente al individualismo egoísta, necesitábamos el civismo comunitarista, para que la hiperpolítica descubriera a ese otro ser humano libre, autónomo y creativo, pero que trabaja para la comunidad y, por lo tanto, también para sí mismo. Como sostienen Lovink y Schneider, existen ya posiciones políticas en lo que ellos llaman las «multitudes digitales» en el software libre y en el hecho de rechazar el copyright y apostar por trabajos comunales (<http://slash.autonomedia.org/article.pl?sid=02/11/02/2012258>). Quizá esta forma de entender la hiperpolítica es menos espectacular que las manifestaciones y concentraciones físicas, pero es igualmente importante para la hiperpolítica. Los colectivos quintacolumnistas, las comunidades alternativas y las multitudes hiperpolíticas han de crecer en el interior de los estados, rompiendo sus estructuras, promocionando y disfrutando de un nuevo tipo de vida. Para ello resulta imprescindible despertar hiperpolíticamente al ciudadano, formarlo en la práctica cotidiana, organizarlo a través de plataformas e iniciativas, conectarlo a las redes activistas, animarlo al compromiso comunitario y potenciarlo a través de golpes puntuales en el asalto progresivo de la República Global. La primera labor es la activación de equipos de trabajo que paulatinamente se han de transformar en núcleos o nodos hiperpolíticos quintacolumnistas en la realidad y en Internet. Capaces de desplegar redes fertilizadoras de redes que extiendan la rebeldía hiperpolítica por el ciber mundo. Que lo cubran de una malla operativa global, capaz de minar, presionar e intervenir. En cualquier punto de la República Global y en todos a la vez. Ese ciudadano multitudinario, como buen quintacolumnista, es también un ciudadano polimorfo y múltiple en sí mismo, de una complejidad armónica y cambiante que comprende varias identidades y vocaciones alternativas. Y sólo así, a través de la hiperpolítica quintacolumnista, una multitud de seres humanos puede alcanzar las más altas cotas de humanidad.

<http://www.sindominio.net/laboratorio/documentos/varios/yabasta.htm>

<http://www.16beavergroup.org/mtarchive/archives/000937.php>

Del humanismo

En este mundo inmensamente diverso de ideologías y creencias, la hiperpolítica ha de encontrar si no una filosofía, al menos una visión que sin fijarla la identifique. Es necesario así rechazar el pensamiento único del neoliberalismo, pero sin asumir los caducos dogmas políticos de una izquierda en crisis. Y, al mismo tiempo, hay que combatir la amenaza del tecnohermetismo, cuyo progresismo tecnoutópico, con diferentes matices, comparten todos los colores políticos, casi todos los credos religiosos y una gran parte de los científicos, supuestamente agnósticos o laicos. De entre todas las corrientes de nuestro tiempo, sólo una, de larga tradición filosófica y cultural, podemos compartir todos los ciudadanos de la República Global para llevar a cabo el cambio hiperpolítico. No tiene ningún secreto, se llama «humanismo», pero obviamente éste es un término demasiado vago y manipulado para lanzarlo tal cual como propuesta novedosa; primero es necesaria una reapropiación quintacolumnista del concepto. Hay, puede haber, muchos humanismos, en los cuales cierta visión del ser humano sea la protagonista. Nuestro humanismo no puede depender de una religión o una filosofía política; debiera ser, lógicamente, un humanismo hiperpolítico, esto es, naturalmente, un humanismo crítico, comunitarista, activista y fundamentalmente «resistente» como propugnaba Edward Said (1996b) que, al tiempo que recibía toda una tradición filosófica y la respetaba, fuera capaz de someterse a un intenso escrutinio para depurar sus errores, es decir, bajo una perspectiva continuamente crítica que huyera de cualquier credo acomodaticio. Por ello ésta es la característica definitoria de este humanismo hiperpolítico, que no es cerrado ni excluyente, bajo cuya advocación caben diversas ideologías y creencias dado que continuamente se somete a examen y discusión hiperfilosóficos: se trata de un humanismo «sin doctrina» específica, como espacio alternativo y libertario de carácter posibilista, donde caben desde los más moderados hasta los más radicales, siempre y cuando estén de acuerdo en impulsar el cambio hiperpolítico. Por otro lado, la apuesta quintacolumnista también marca la definición de nuestro humanismo, ya que lo convierte en una estrategia de integración y no de confrontación, de aceptación del mundo aunque no del *statu quo* actual. Frente a esta comunidad abierta del humanismo hiperpolítico y quintacolumnista, se halla el viejo mundo de la política y las religiones, con las cuales hay que establecer un diálogo cuyo objetivo no ha de ser ningún proselitismo, sino la colaboración quintacolumnista, ejercida desde la responsabilidad y el realismo. Nadie ha de quedar excluido de esta actitud, incluidos los fanáticos políticos o religiosos y hasta los tecnoherméticos, con quienes compartimos la esfera cibercultural. El humanismo hiperpolítico no puede tener enemigos personales, tan sólo enemigos teóricos como el ciberimperialismo o el digitalismo, dos caras de la misma aberración utópica. Pero nuestro verdadero enemigo es el posthumanismo, y no nos referimos a los nihilistas, que también pueden llegar a ser humanistas, sino al posthumanismo tecnohermético que pretende

crear un nuevo tipo de ser humano no-humano (sea o no esto posible), ya sea virtual, cyborg o entidad artificial de algún tipo. Muchos de los posthumanistas fervorosos como Max More (<http://www.maxmore.com>) y su extropianismo se encontrarían precisamente al otro lado del humanismo hiperpolítico y no es de extrañar que cuestionen el principio de precaución. Éste es el mayor y más peligroso oponente del humanismo hiperpolítico, un posthumanismo en el cual, paradójicamente, se reconvierten ingredientes del peor humanismo cristiano o ilustrado, como sugiere Peter Sloterdijk (2003), a través de la eugenesia o la bioingeniería (Katherin Hayles, 1991, tiene toda la razón cuando exige más claridad de ideas y objetivos en esta visión tecnohermética y posthumana que no sabe adónde nos conduce.) Pero como sostiene Hans Jonas, en el ser humano existe algo singular que de momento no se encuentra en otros seres y que básicamente es la responsabilidad ante sus semejantes y su entorno. Tal responsabilidad no puede pedirse a ningún otro ser y al tiempo forma parte de su carácter ético. Es posible que, con el tiempo, debamos ampliar los límites de nuestro concepto de humanidad, ya sea a grandes simios, inteligencias artificiales o alienígenas si los hubiera, algo así como una humanidad ampliada, pero rechazamos abandonar la humanidad básica de este homo ciberneticus por la quimera de una posthumanidad tecnohermética. El humanismo hiperpolítico, la única versión del humanismo capaz de sobrevivir a su crisis, gracias a su quintacolumnismo (haciendo también su labor de zapa en el interior de los otros humanismos), busca, justamente con la ayuda de sus prótesis tecnológicas, no la utopía, sino la preservación de lo humano y de su proyecto, aunque esto pueda sonar ya a utópico.

http://es.wikibooks.org/wiki/Cibercultura:Humanismo_humanidades_y_c
<http://encyclopedie-es.snyke.com/larticles/cibercultura.html>

De lo real y lo virtual

Una de las grandes novedades de la cibercultura fue la virtualidad, que más allá de la tecnología RV es un concepto básico en la cultura; todas ellas tienen su forma de representar la realidad y, por lo tanto, desarrollan algún tipo de virtualidad (Maldonado, 1998a), No debemos rechazar por ello lo virtual identificándolo simplemente con lo falso o engañoso, porque se halla inscrito en los genes de nuestra cultura de la representación. El problema surge cuando lo virtual se convierte en

nuestro objetivo y nuestra esperanza, esto es, cuando adoptamos una filosofía virtualista a ultranza, una de las derivaciones del digitalismo tecnoherrerético, es decir, cuando proclamamos: «deseamos desmaterializar el mundo y creemos que la representación puede ser incluso mejor que la realidad misma». Así, se predica sin rubor que lo virtual es superior, es espiritual y milagroso, y que, por tanto, debemos caminar hacia la virtualización de la realidad, para habitar un mundo virtual como seres humanos virtuales; vivamos de momento en el ciberespacio de Internet, los videojuegos o los móviles hasta la hora de nuestra ascesis virtual. Pero han pasado los tiempos de un Thirnory Leary y su ideal del ciberespacio como forma de aumentar nuestra conciencia o de visiones descalabradas como la dejaron Lanier: definitivamente, tras la debacle virtualista de la RV y tecnologías similares, por sí solo el ciberespacio no tiene sentido si no se articula dialécticamente con nuestro espacio real. Nada hay más lejano que este virtualismo a la hiperpolítica, pues, pese al fiasco tecnológico de la RV, su visión del mundo influye en una manipuladora política de la simulación, del simulacro y del «crimen perfecto» de la realidad (Ileana Baudrillard, 2000), que nos hace vulnerables al engaño del ciberimperialismo y del tecnohermetismo. Su poder de seducción reside precisamente en su capacidad de imaginar o representar directamente lo deseable de ese mundo virtual. Pero de nuevo hay que insistir en que esta seducción es resistible y que tampoco existe ese crimen perfecto ni la catástrofe global (Paul Virilio, 1997). Huir de los nuevos medios por sus delirios virtualistas significa rendirse sin luchar al CiberImperio tecnohermético.

Para la hiperpolítica, el mundo se compone, por decirlo de forma sencilla, de un espacio real y de espacio virtual, y el secreto de su eficacia se cifra en la comunicación constante entre ambas esferas, en la coordinación de sus acciones y en la conciencia de sus posibilidades. Por ello, la hiperpolítica nacida en la cibercultura crítica debe acostumbrarse a jugar en ambos espacios, real y virtual, sin despreciar ninguno, es decir, en los foros y comunicaciones virtuales y en los «laboratorios de los medios» de carácter presencial. Para que toda la realidad cambie debemos seguir una estrategia dual, real-virtual, pero estableciendo el sentido correcto, no de lo real a lo virtual como anhelan los virtualistas, ni de lo virtual sólo a lo real como desearían ciertos luditas vergonzantes, sino en una doble dirección: de lo virtual a lo real y de lo real a lo virtual, como defiende el humanismo hiperpolítico de la cibercultura libre. En la estrategia quintacolumnista, lo real se introduce en lo virtual y lo virtual en lo real, componiendo una figura taoísta y generando un circuito dinámico. Por ello, la hiperpolítica debe permanecer en las calles al tiempo que se extiende en el ciberespacio y, más aún, cuando la virtualidad tecnológica todavía no abarca todo el globo. Y por ello mismo, la esfera virtual debe hacer un doble esfuerzo por llegar, incluso con medios presenciales y tangibles, a la esfera real, ajena todavía a las virtudes hiperpolíticas de lo virtual. No deseamos vivir en el universo siniestro de The Matrix, ni tampoco creemos vivir ya en él como sostienen algunos científicos tecnoherméticos (John D. Barrow). Por lo tanto, debemos aprender a utilizar y

desarrollar la virtualidad y todas sus formas para profundizar en nuestra comprensión del mundo y del propio ser humano. Apoyamos por ello la investigación en la tecnología RV que no se convierta en una excusa para el delirio tecnohermético o para una no-vida sumergida en la simulación. La realidad virtual o el ciberespacio como formas de la virtualidad no deben hacernos creer en la fantasía de la creación de una «virtualidad real». El equilibrio en la realidad total, entre lo real y lo virtual, debe mantenerse y operar como proceso dinámico del quintacolumnismo.

<http://www.simulation-argument.com/barrowsim.pdf>
http://www.aetheronline.com/mario/AIG/the_matrix.htm

De la mutación

La hiperpolítica, que no cree ni considera ninguna tecnoutopía, tiene y ha de tener su propia visión sobre el tiempo y los cambios por venir. Su visión del pasado, a través de su heterodoxa genealogía de la cibercultura ampliada, le lleva a tener también una cierta visión del futuro, cierta prognosis de la tecnología y del planeta, de la República Global y de la propia especie humana. Ésta no es una estampa fija sino una imagen siempre cambiante, que deriva en múltiples versiones alternativas. Ello nos indica que el futuro no existe como tal, pues «no está escrito», como afirmaba Bruce Sterling, ni definitivamente determinado, aunque funcionan una serie de patrones culturales que permiten establecer algún pronóstico general. La hiperpolítica como método hiperfilosófico no ha de conducirnos al futuro, ni a ese glorioso futuro de la política de la tecnoutopía ni mucho menos al futuro del digitalismo tecnohermético. El futuro, los futuros, lo futurible, somos nosotros mismos, decidiendo constantemente con nuestras acciones, en tanto en cuanto adoptemos un comportamiento global hiperfilosófico. Nos dirigimos así hacia un no-futuro de inmensas posibilidades, cada vez más lejos del futuro del progreso oficial, del «progreso progresado» (A. García Calvo, 1983) que se convierte casi en una creencia religiosa. Por ello se trata de un posfuturo sin progreso, porque no somos creyentes y porque por mucho que creamos, no ha de cumplirse, necesariamente, como utopía pero tampoco como distopía. En hiperpolítica nos hallamos abiertos al cambio y, más aún, a la transformación: existe así el azar y la determinación, la impredecibilidad y la probabilidad. Por ello, sí constatamos la evolución de todo, de la biología a la cultura,

pero no como progreso en la línea agustianiana hacia el fin de los tiempos y la consumación de la historia, el Punto Omega, ya sea éste el Apocalipsis o el Paraíso. Nuestro viaje nunca puede ser tras la flecha del tiempo, la marcha triunfal del proyecto antrópico de la humanidad, sino, en todo caso, la evolución transformadora, acaso la mutación hacia algo nuevo, cuya calificación como mejor o peor no tiene sentido en términos globales. Pero, al menos en términos de supervivencia, sí podemos entender mutación como un cambio radical e integral, pero no en el sentido biológico —a no ser como una forma de la izquierda darwinista y cooperativa (Singer, 2000)— sino de la conciencia y de la cultura globales de la humanidad. Nos conformamos con pensar que el ser humano continúa siendo un «monstruo de buenas esperanzas» como dice Joaquín Estefanía (<http://inicia.es/delcgarciam/estefania.htm>), esto es, una mutación en el orden natural, un monstruo porque ha nacido antes de tiempo, pero que tiene posibilidades de sobrevivir y, por ello, mantiene la «buena esperanza». Tal vez se trata de una mutación de vastos ciclos temporales que se despliegan en hipérboles atravesando el tiempo, un viaje iniciático del nómada humano que va aprendiendo y cambiando internamente, hada una suerte de humanidad mutante, algo muy diferente de lo posthumano (no humano, inhumano), gracias a la tecnología y la cibercultura, pero, sobre todo, a la hiperpolítica. Nuestro deseo quintacolumnista es que ese humano mutante exista ya como conciencia interior activándose en este ciclo cultural, como semilla para fecundar el siguiente. La evolución de la humanidad, y más si cuenta con el desarrollo de un proceso hiperpolítico, puede llevarnos a escenarios inéditos, para los que hay que estar preparados y dispuestos, como ese pionero, el mutante quintacolumnista. La hiperpolítica es en sí misma pura mutación de lo humano hacia lo humano, mutación humanista, de la mente y la sociedad, capaz de transformarnos en nosotros mismos, de despojos del imperio a humanos activistas y comprometidos.

http://tecob.bitacorras.com/archivos/2005/08/02/sobre_la_mutacion_de_1
http://www.uv.es/metode/anuario2004/26_2004.htm

De lo transvernáculo

En el escenario futurista de la globalización y de la cibercultura, también el pasado debe tener su expectativa de transformación. Todavía existe un pasado heredado, un

pasado superviviente, de carácter vernáculo, como cultura local con sus tradiciones, historia, folklore, patrimonio material e inmaterial, lenguaje y, acaso, hasta cierta visión original del mundo que es preciso preservar, en la medida en que sea posible, como rica herencia de la diversidad, de la belleza y de la creatividad del ser humano. Este legado, defendido tímidamente por la UNESCO, forma parte enriquecedora de nuestra identidad contemporánea, que nos resistimos a ver sumida en la aculturación extrema, en el globalismo prefabricado, en la occidentalización cultural imperialista. La vieja política tecnoutópica nos propone su rechazo y abandono, su disolución en el turismo exótico o rural (apenas en un grotesco parque temático) en aras de una uniformización avasalladora en vez de su desarrollo como expresión legítima de cada cultura. Pero la hiperpolítica, si es activismo cultural, debe respetar y alentar la adaptación de las culturas vernáculos a los nuevos tiempos y a la tecnología. De ahí la propuesta, merced a un neologismo, de lo transvernáculo, como proceso transformativo de lo vernáculo a lo global y a lo cibercultural, que justamente pueden encontrar su salvación en este proceso. Los nuevos medios han de emplearse para recuperar los idiomas vernáculos, para organizar los colectivos y comunicarse, para crear espacios culturales, para desarrollar una cultura bajo los auspicios populares de la hiperpolítica, porque sabemos que no hay nada mejor que una cibercultura libre, cuando respira un aliento transvernáculo. Y de ahí el naciente ciberindigenismo, dispuesto a librar de su extinción a las comunidades culturales minorizadas, apoyando su adaptación, devolviéndoles la dignidad, generando una economía social, superando la brecha digital, valorando su genuina espiritualidad —el chamanismo—, sin caer en el disparate new age del ciberchamanismo propuesto por Marc Pease, (<http://synodia.org/ciberapostolado!reflexiones!diosenlaeratecnologica2.html#r8>) y su Gaia electrónica, cuyo caricaturesco tecnopaganismo no es sino el intento technohermético de refundar una religiosidad de última hora, con apenas más valor que ser una graciosa cibersuperstición.

Obviamente, la preservación de la cultura vernáculo debe ir más allá de la síntesis kitsch del pasado y de un asalto al hipermercado de lo religioso. La solución podría ser la normalización de lo vernáculo en lo transvernáculo: una nueva cultura glocal, cibervernáculo, dual (real y virtual), que cada comunidad puede disfrutar y compartir, como un culturalismo abierto, multicultural, deseoso de aprender de otras culturas, de integrar nuevos elementos y de mestizarse, esto es, de evolucionar hacia un nuevo tribalismo festivo y religador de la comunidad, pues lo transvernáculo es en el fondo definitivamente universal, es esa multitud que es el «pueblo», que son los diferentes pueblos que todavía conservan ese pueblo popular y no alienado (A. García Calvo, 1995), en las aldeas y también, clandestinamente, en las ciudades. La única forma, a largo plazo, de solucionar la querrela nacionalista es apostar por un proceso transvernáculo glocalista, del cual pueden formar parte las naciones virtuales como parte del proceso de disolución de los estados-nación en la República Global (o en instituciones supranacionales transitorias), en la cual los indígenas puedan sobrevivir

con su cultura transvernácula y, de paso, nosotros, los mismos occidentales, cuando descubramos nuestro propio indigenismo, sepultado debajo de la identidad imperialista (<http://www.ucm.es/info/eurotheo/diccionario/I/indigenismo.htm>). Entonces nos revelaremos como seres humanos conectados a la tierra, a los valores comunales y a la cultura popular (lejos del folklorismo kitsch). En ese proceso transvernáculo, finalmente, quizá nos sorprenda descubrir cómo la cibercultura libre y comunitaria de la hiperpolítica es profundamente vernácula. Y por ello, el conjunto de la cibercultura alternativa del futuro sólo puede ser transvernácula. Sólo entonces, nosotros, ciberindígenas del pueblo glocal al tiempo que ciudadanos de la República Global, seremos capaces de danzar en el ciberespacio y de imaginar una tierra habitable. Frente al occidentalismo tecnohermético, la única alternativa es la reinención de una nueva civilización indigenista y una cultura transvernácula. En el interior de su antigua creatividad social, hallaremos probablemente las formas de la hiperpolítica cotidiana más humanas, así como hemos hallado las tácticas quintacolumnistas más eficaces.

<http://www.medialounge.net/lounge/workspace/nettime/DOCS/zkp321/D>
http://hdr.undp.org/docs/publications/background_papers/2004/HDR2004

De la energía hiperpolítica

Una de las funciones más importantes de una visión hiperpolítica activista de alcance para el mundo es el estímulo y la participación en la investigación de una tecnología alternativa y convivencial. Y uno de los objetivos prioritarios es conseguir una tecnología accesible, barata y copyleft para todo el mundo, pero especialmente dirigida al llamado Tercer Mundo (y al Cuarto Mundo). Pero esto se refiere no sólo a las cibertecnologías sino también a las tecnologías básicas para las manufacturas, el transporte, la agricultura o la sanidad —la «tecnología intermedia» de Schumacher (1994)—, esto es, a los ámbitos que garantizan una mínima calidad de vida para todos. En este contexto, uno de los proyectos más prioritarios y atracrivos es la búsqueda de fuentes de energía accesible y barata, a través de las cuales poner en marcha la tecnología disponible, traída del Primer Mundo, y aun, esa tecnología alternativa posible, recreada en el Tercer Mundo. Para evitar el colapso energético, una vez se agoten los combustibles fósiles y rechazando la posibilidad de recuperar la

peligrosa energía nuclear (como propone James Lovelock, <http://www.ecolo.org/media/articles/articles.in,english/love-indep-24-05-04.htm>), tenemos que pensar, por pura lógica de supervivencia, en las energías renovables, que son prácticamente inagotables y no contaminan el medio ambiente. También hemos de revisar críticamente alternativas experimentales como la del hidrógeno que, como señala Jeremy Rifkin (2003), es una energía que no pueden controlar los actuales monopolios y además puede distribuirse de manera similar a la red, de forma comunitaria, ya que cada país podría extraerla de su entorno y no se vería chantajeado por cárteles energéticos, como ocurre en la actualidad. La descentralización de la producción redundaría en una verdadera accesibilidad energética para todos; pero, especialmente para el Tercer Mundo, hemos de sondear en primer lugar aquellas energías renovables que no necesitan grandes infraestructuras tecnológicas previas, como la biomasa, la eólica, la solar o la hidráulica, capaces de aprovechar una energía ecológica del medio natural incluso a pequeña escala: placas solares, molinos de viento, saltos de agua, aprovechamiento de las mareas, etcétera (<http://www.cc.utah.edu/~ptt25660/tran.htm1>). En este sentido, necesitamos generar una corriente de transferencia de tecnología alternativa hacia el Tercer Mundo que pueda garantizar su autosuficiencia energética básica. No estamos proponiendo un imposible modelo autárquico, pero sí una tecnología transferible para una energía de producción propia que pueda circular de manera quintacolumnista al margen de los circuitos industriales convencionales que, en régimen cuasimonopolista, se hallan sometidos al mercado actual. Este tipo de energía puede reforzar la construcción hiperpolítica, utilizando las redes sociales de carácter transnacional, evitando la tiranía y la corrupción de esos llamados «estados fracasados» (Francis Fukuyama, 2004). De esta manera, la electricidad se convierte, en todos los sentidos, en verdadera energía hiperpolítica. El objetivo de la autogeneración de energía, ante la previsible debacle del modelo energético actual y en el contexto de la adaptación a las energías renovables, debe explorar todas las posibilidades, por extravagantes que parezcan hoy. La conversión del cuerpo humano en algo que podríamos llamar un «cyborg exento», como productor de energía, puede acabar siendo una posibilidad real: a través de exoesqueletos ligeros, basados en sencillos mecanismos, se puede aprovechar la fuerza motriz del movimiento o del calor corporal mediante pilas de alimentación o dínamos, etcétera. Esta mínima energía, volcada en colectores comunitarios, puede proporcionar electricidad para dar luz y calor, así como energía suficientes para el funcionamiento de electrodomésticos básicos, pequeñas industrias semiartesanales o comunicaciones telefónicas o por Internet. En este último aspecto, habría que reconsiderar la utilización del tendido eléctrico como medio para transmitir información, a través de la creación de un Internet eléctrico. Esta experiencia, técnicamente inmejorable dada la calidad del material de los cables eléctricos y que se ha realizado de forma experimental, podría quizá subsanar los grandes problemas de las telecomunicaciones, especialmente en ciertas áreas —ya

que, por ejemplo, no requeriría el cableado telefónico— de forma efectiva, rápida y barata. Sobre la base de esta energía hiperpolítica y su crecimiento exponencial, sería posible basar una sociedad hiperpolítica en el Tercer Mundo (que se podría experimentar primero en el Cuarto Mundo), que en un período relativamente breve de tiempo permitiera un salto espectacular hacia el escenario de una alterglobalización no sólo posible sino efectiva. La investigación tecnológica, en general, y la búsqueda de una energía hiperpolítica, en particular, podrían ser ese factor determinante que nos falta en la ecuación quintacolumnista de la hiperpolítica para la creación de una República verdaderamente global.

<http://www.ideaas.org.br>
<http://unstats.un.org/unsd/energy/default.htm>

Del poder

Política y poder siempre han ido de la mano y la excusa para obtener el segundo, bien por medios violentos, bien por medios pacíficos, bien como subyugación, bien como garante de la libertad individual (Petir, 1999), ha sido el objetivo de la primera. Y por ello siempre ha sido objeto de cruenta disputa y conflicto en todas las grandes luchas sociales o bélicas del siglo xx. De eso trata precisamente también la tradición revolucionaria de retomar el poder monopolizado por las élites, para ese pueblo ansioso de hiperpolítica, aunque lamentablemente acabe en manos de nuevas élites. Sin embargo, la naturaleza del poder varía en la época de la globalización; no se trata de una relación fácilmente detectable y tampoco los núcleos de poder están marcados geográficamente. El poder se vuelve oscuro y disperso, y al tiempo se establece en muchos ámbitos como el poder mediador del asesor, del profesional o del consultor, en forma de campos microfísicos (Michel Foucault, 2000) que interactúan entre sí y no sólo a través de un eje vertical. Por ello, la hiperpolítica no es un nuevo método para alcanzar el objetivo revolucionario de siempre: el control del poder. Por el contrario, supone una revisión radical de la naturaleza del poder, de ese viejo poder de la política que incluso en los regímenes democráticos a menudo se ejerce de manera absurda, autoritaria, arbitraria o corrupta. Pese a lo que pudiera parecer, el objetivo de la hiperpolítica no es la conquista del poder por medio de las

instituciones, de los parlamentos, de los estados, sino en todo caso, como aspira John Holloway (2002), «cambiar el mundo sin tomar el poder». Ni siquiera se trata de lograr la constitución de un poder nuevo en rivalidad con el viejo, algo así como el poder de la República Global o de sus entes de gobierno autónomo, sino que, por el contrario, su relación con el poder ha de consistir en su relativización, deconstrucción o virtualización, en definitiva, de su disolución como problema. En la hiperpolítica de la democracia participativa, el poder distribuido y atomizado, y luego transformado en decisiones comunitarias, no sería ya poder en sentido clásico, ese ominoso poder en la sombra y difuso (Antonio Negri, 2004a), sino pura acción hiperpolítica, una verdadera alternativa al concepto de poder, ya que preservaría el equilibrio entre la libertad personal y la colectividad.

El problema surge en esta fase transitoria en la que el no-poder hiperpolítico debe convivir con el poder político y sus nuevas formas, difuminadas y aparentemente confusas, pero singularmente efectivas. La única solución al dilema de entrar o no en el juego del poder la constituye la propia estrategia quintacolumnista. Por un lado, podemos generar ese no-poder en los ámbitos hiperpolíticos, en los espacios participativos a nivel local, que pasan a convertirse automáticamente en espacios de contrapoder activos. Pero, por otro, no siempre podremos rechazar el contacto con el poder, ni mucho menos caer en el error del purismo, ya que esto iría en contra del más elemental quintacolumnismo, de su estrategia y de sus tácticas básicas. Vivimos en el mundo y queremos vivir en el mundo y, como ciudadanos, deseamos participar de manera posibilista en su transformación republicana. De ahí que el poder, aunque sea en pequeña medida —migajas de poder desviado o saqueado—, inevitablemente caerá, con cierta frecuencia, en nuestras manos. Y debemos estar preparados para utilizarlo de alguna manera: unas veces lo podremos disolver en nuestros espacios hiperpolíticos, di-simulando o no su ejercicio ante las instancias políticas convencionales, y otras deberemos utilizarlo directamente, confiando en nuestros planteamientos hiperpolíticos y en nuestra ética quintacolumnista, para cuyos códigos ese tipo de poder es una mera herramienta, ajena al deseo del agente o del ciudadano que no tiene más remedio que utilizarlo porque lo hace para el bien de la comunidad. Obviamente, no somos santos hiperpolíticos sino sujetos falibles, y habremos de acostumbrarnos a los errores, las malinterpretaciones, los rechazos e incluso a las viejas tentaciones personales que han marcado la historia política. Pero el único poder que obtendremos y que podemos asumir será, de esta manera, poder quintacolumnista: transitorio y efímero, delegado temporalmente en aquellos que menos lo desean y cuyo objetivo quintacolumnista es precisamente cuestionar ese oscuro núcleo de poder —ya sean ciertas instituciones o los profesionales que las regentan— y proponer cauces alternativos e hiperpolíticos. Un poder asumido únicamente por el objetivo de autodisolverse en el no-poder o el anti-poder hiperpolítico. Un poder compartido y ejercido, como la necesaria tarea quintacolumnista de una República Global que, paradójicamente, sólo pretende

librarse de dirigentes y guardianes. Sus ciudadanos, practicando esta modalidad de la hiperpolítica quintacolumnista de manera cotidiana, pueden acabar con la falacia del poder como motor del mundo y descabezar definitivamente la testa soberana del Leviatán.

<http://www.generación-online.org/C/fcbiopolitics.htm>
http://spip.red.m2014.net/artide.php3?id_artide~108

De la imaginación

La hiperpolítica es fruto de la imaginación, una imaginación activista que desea cambiar el mundo, pero también una imaginación visionaria que, paradójicamente, no diseña utopías sino únicamente procesos creativos y estratégicos, que nos pueden llevar no a una visión como estampa fija, pero sí a un espacio libre y vacío donde todo es posible, hasta muchas cosas inconcebibles. En realidad es hacer bueno el dictum de Max Weber cuando declara en *La política como vocación* (1995) que el verdadero político es aquel capaz de imaginar lo imposible para no quedarse anclado en lo que ya existe, para poder regresar a la realidad conociendo sus posibilidades y alternativas. Justamente la política actual descansa en una especie de visión inmovilista donde da la impresión de que las decisiones nunca van más allá de seguir los dictámenes del mercado libre y del pensamiento único. Por ello, la audacia imaginativa nos puede salvar del estancamiento político, del falaz pragmatismo idealista del pensamiento único, de la rutina letal de la obediencia a las leyes que gobiernan esta globalización «difícil de soportar» (Rudiger Safranski, 2004), pues pensar que todo está dicho y que no es posible el cambio forma parte de la retórica y de la ideología del pensamiento único. Gracias a una imaginación activista y rebelde, podemos intervenir en cualquier situación, imaginar lo nuevo, moldeando la sustancia plástica del presente, las mentes, los objetos, los lugares, las acciones; proyectando nuestras ficciones, ficciones de ficciones, supuestas ficciones, ideas-ficción o ficciones quintacolumnistas como este tratado, del presente al futuro y del futuro al presente.

Así, podemos imaginar la hiperpolítica y podemos imaginar las tácticas y las estrategias, podemos imaginar el quintacolumnismo, podemos imaginar todas las tecnologías y sus insospechados usos, todos los nuevos conceptos e, incluso, a los

propios seres humanos. Ésta ha de ser una imaginación surgida desde el realismo brutal del mundo actual hacia la imaginación de lo razonable, lo posible y lo factible (que no es lo mismo que lo pragmático), esto es, la República Global. Ésta es la imaginación radical del activismo hiperpolítico, pero que no es una mera «fantasía», una ensoñación sobre lo imposible, sino un caudal de microtopfas posibles — económicas, sociales, educativas, culturales, etcétera— generando imaginativamente otras más en un proceso reticular e imparable que permita la transformación del escenario de la globalización. Y por eso necesitamos urgentemente a los visionarios, a los imagineros, a los imaginadores vocacionales, esto es a los especialistas en imaginación —artistas, creadores, constructores, científicos—, para que utilicen la imaginación hiperpolítica (realista-activista) a la hora de concebir ese mundo en proceso de cambio total, ese proceso total que puede cambiar el mundo. Para que exciten la imaginación del ciudadano, para que lo despierten a la imaginación y a una vida imaginativa, de nuevas posibilidades hiperpolíticas, comunitarias y personales. Éste es el mayor proyecto creativo que proponemos a todos los creadores: imaginar la propia hiperpolítica, lo cual, en nuestro caso, significa imaginar la estrategia quintacolumnista como forma de sorprender al mundo, de intervenir en su evolución y de recrearlo. Para ello necesitamos, además de a los visionarios y a todos los ciudadanos, especialmente en estos momentos, a esos seres imaginarios —avatares hacktivistas de la estirpe de Cibergolem—, para que hablen y actúen por nosotros, multitudes rebeldes, y proyecten nuestra alternativa en el ciber mundo. Sus propuestas en torno a la estrategia global y las tácticas quintacolumnistas pueden ayudarnos a dar un vuelco a la situación, pueden conseguir que la misma imaginación activista se convierta en la alternativa hiperpolítica para que el ser humano sea, al fin, posible^[11].

www.lahaine.org/pensamiento/terrorismo_zewx_bey.htm

www.lahaine.org/pensamiento/valencia.htm

Del humor

La hiperpolítica no puede ser sino un canto al humor y la risa porque ya estamos hartos de que la épica revolucionaria siempre nos lleve a la catástrofe. No es posible la hiperpolítica sino como política del humor crítico y de la risa cómplice, porque la

risa, la risa total, es quizá uno de los elementos más subversivos a los que se enfrenta el poder. Baste con recordar la anécdota del encuentro de Diógenes el Cínico y Alejandro, tal vez una de las más deliciosas joyas del humor hiperpolítico, al despreciar el poder imperial o la ironía volteriana. Existe una larga tradición de humor filosófico en la modernidad, desde la ironía de Kierkegaard a Nietzsche y su necesidad de una risa que eleve al ser humano, o a las perplejidades filosóficas de Wittgenstein, que debemos recuperar de forma hiperpolítica (<http://consc.net/phil-humor.htm1>). Hemos de recuperar esa larga, acaso olvidada pero secretamente poderosa tradición que se remonta hasta el principio de los tiempos y cuyas herramientas son el humorismo y la ironía, la sátira, la parodia o el panfleto como saludables ejercicios personales y como actitud colectiva frente a un poder difícil de detener pero ciertamente risible. Necesitamos el humor, más humor, humor a tumba abierta, pero el más alto humor, el humor inteligente, con las cosas claras, humor en serio que certeramente provoca revelaciones y cambios. Nos referimos al humor surgido de las entrañas de un nihilismo humanista —sí, esto es posible, pues es éxtasis del humor— que nos libere de la seriedad militante y del fanatismo de la violencia. Este humor ha de ser omnipresente y omniabarcante: humor autocrítico sobre nuestros errores y fracasos, que espolea la recuperación, humor —si ello es posible— de los desesperados, de los pobres, de los marginados, de los clandestinos, de los desorientados, de los desconectados, de los hastiados; el humor soberano de la carcajada de la calavera monda y lironda, que no tiene nada que perder. Hay mucho de qué reírse, hay que reírse para convertir la risa en estrategia quintacolumnista, la risa corrosiva contra los mitos del neoliberalismo, de la globalización oficial, de ese tecnohermetismo digitalista con su aura de reverente trascendentalismo. No podemos dejar títere con cabeza, ¡ni siquiera las nuestras se salvarán! Necesitamos esas películas humorísticas de ficción «la comedia es la mejor forma de resistencia social», apunta Ken Loach) o documentales irreverentes, chistes gráficos, collages subversivos, estilos sarcásticos, canciones populares, carteles reivindicativos, publicaciones provocativas, *spoofing* sobre la publicidad de grandes marcas, «desvíos» irónicos (*detournements*) que nos legaron los situacionistas, etcétera. Hay que recrear el humor de la cibercultura hacktivista en los sabotajes simbólicos y propuestas descalabradas a través de la red y humor subversivo en las calles, en performances y acciones como propugnara Wu Ming, desde el timo a la editorial Mondadori, propiedad de Berlusconi (la publicación de un libro falso *net@generation* compuesto con retazos de la web) a los *detournements* públicos (por ejemplo, «Hacienda somos tontos»). Humor a raudales porque la hiperpolítica es una defensa del placer de la vida cotidiana, del júbilo de la rebeldía y del sentido crítico, de la fiesta comunitaria, de la República del humor, la República patafísica que ha de ser nuestra República Global. Y una de las más novedosas fórmulas de ese humor es el género *fake*, donde la falsedad deliberada y confesa en una obra (un libro, una película) revela una verdad oculta. La propia ideación de la hiperpolítica es, en este

contrapoder o micropoder, del poder alternativo enfrentado al poder oficial, o apenas en la gestión conformista de bienintencionados proyectos críticos y solidarios. Una estrategia hiperpolítica necesita al menos algo parecido a un programa global, una serie de objetivos básicos aunque éstos sean progresivos y flexibles, una estructura operativa coordinada y, cuanto antes, una teoría práctica, un *mode d'emploi* hiperpolítico. Pero incluso disponiendo de todo ello, no con seguiríamos avanzar si no tenemos un modelo estratégico adecuado para nuestro tiempo. Podemos quemarnos las pestañas leyendo a Tácito y a Sun Tse, a Clausewitz y a T. E. Lawrence, a Maquiavelo o a Lenin, a Bakunin o al subcomandante Marcos, pero no conseguiremos sino una animada ilustración de tácticas y estrategias bélicas o políticas que pertenecen a un pasado más o menos lejano. Hay que crear un modelo estratégico nuevo, sobre todo para que se atreva a desarrollar en todos los órdenes la complejidad de la hiperpolítica. Nuestra apuesta es esta vagarosa promesa que llamamos quintacolumnismo, no porque contenga recetas mágicas, sino porque en nuestro mundo global, si queremos evitar la catástrofe y la guerra, parece la única vía posible: intervenir desde dentro, aunque sea desde los suburbios de la aldea global. Desde la retaguardia, porque no es tiempo ya ni de mártires ni de héroes, sino de la acción anónima y comunitaria de las multitudes cívicas. Sabemos cuál es el modelo estratégico pero todavía no sabemos cuál es la estrategia concreta —sería imposible incluso para un «genio militar»—, más allá de una serie de intuiciones surgidas del estudio y la experiencia. Es posible que nos encontremos en una fase temprana de esa estrategia, puramente táctica, de formación de una dispersa guerrilla hiperpolítica. Pero debemos evitar creer que ésa deba ser la única actitud, ya que los modelos guerrilleros tradicionales —caunque sean de las guerrillas de la comunicación-e, basados en una lucha errática del «enjambre»^[12], no han explorado a fondo el quintacolumnismo. Probablemente la respuesta se halle, en estos momentos, en la creación de un corpus teórico-práctico estratégico de la hiperpolítica. a través de foros y reuniones, en la que justamente participen todos los ciudadanos activistas. Pero incluso esta labor requiere una estrategia, que es a la vez hiperpolítica e hiperfilosófica, que alguien ha de iniciar o coordinar allá donde surja un nodo activo. Nuestra propuesta es, de momento, sólo eso, una propuesta, un estímulo intelectual y un reclamo para que los pensadores y los ciudadanos anónimos, y especialmente alguna organización responsable, se pongan manos a la obra. La experiencia de esta primera estrategia organizativa puede llegar a ser una inestimable lección para la estrategia quintacolumnista de la hiperpolítica y, al tiempo, una necesaria puesta en práctica de organización hiperpolítica a la hora de articular la República Global.

http://www.iablis.de/iablis_tI2004/goodson04.htm
<http://litmuse.maconstate.edu/glucas/archives/000042.shtml>

Del quintacolumnismo

En la era del poder ubicuo y desterritorializado, da la impresión que sólo es posible combatirlo a través de una estrategia de ocultación y de semiintegración como el quintacolumnismo. Éste no representa toda la hiperpolítica, pero puede ser la clave para su desarrollo posihilista. El quintacolumnismo ha de ser entendido en sus justos términos, como una herramienta pero también como algo más. En el quintacolumnismo clásico^[13], un grupo de activistas hacían su labor clandestina en el interior del bando enemigo: desafección, desinformación, espionaje, sabotaje, etcétera. Un pequeño ejército oculto de ciudadanos voluntarios pretendía erosionar las fuerzas del enemigo, contribuir a la rebelión interna y abrir las puertas de la ciudad al asaltante, a las columnas exteriores. Pero nuestro mundo global es otro, y nuestro quintacolumnismo debe ser adaptado hasta convertirse en un quintacolumnismo hiperpolítico, lejanamente emparentado con éste, dado que ya no hay en puridad dos bandos enfrentados ni dentro ni fuera de la ciudad que es la República Global. Compartimos el mismo mundo y la injusticia de la ciudad global es el fruto de una democracia formal imperfecta y anquilosada, restringida y manipulada por el imperialismo cuyo dominio se extiende por todos los rincones del planeta de manera crecientemente opresiva. Hay tiranos todavía, pero en cierta medida los tiranos somos cada uno de nosotros al aceptar el estado de la cuestión y contribuir, voluntaria o involuntariamente, a sostenerlos con nuestro voto o nuestra sumisa obediencia. Y en esta colaboración con la tiranía es donde reside el verdadero poder de ese imperio omnipresente e invisible, no en la conspiración paranoica de unos pocos jefes del mundo globaliaado. Así que, cambiadas las reglas de juego, ya no podemos reeditar la lucha épica de las clases oprimidas ni asaltar el Palacio de Invierno porque no estamos ya en el escenario de una revolución clásica donde los opresores son pocos y fácilmente identificables. Somos nosotros mismos los mayores enemigos y aquellos que debemos combatir primero. Por ello, para poder lanzar una eficaz estrategia quintacolumnista, el quintacolumnismo debe introducirse en nuestra propia mente y en nuestra práctica cotidiana, en nuestro lenguaje y en nuestra vida. De manera natural y placentera, como una filosofía vital y una ética comprometida, de acuerdo con una razón crítica y una sensibilidad humanista, nunca como un dogma filosófico o una fe religiosa. Más bien deberá ser un estilo de vida, de una vida quintacolumnista y, aunque nómada, no individualista, sino de vocación comunitaria.

El quintacolumnismo empieza por todos y cada uno de los ciudadanos convertidos paulatinamente en agentes quintacolumnistas, sin dejar de ser lo que son: trabajadores, intelectuales, estudiantes, profesores, amas de casa, jubilados, hackers, militantes de un sindicato o un partido, voluntarios, científicos, artistas, creyentes o ateos, etcétera. Para comprender la necesidad del quintacolumnismo sólo hay que hacer una sencilla reflexión hiperpolítica y decidir si uno mismo se siente miembro

de la especie humana. El quintacolumnismo no quiere hacer la guerra a esta humanidad imperfecta, ni tampoco convertirse en un nuevo credo salvífica, sino apenas convencerla de la urgencia de iniciar mejor hoy que mañana un proceso hiperpolítico que consiga, simplemente, hacernos sobrevivir, plenamente, a largo plazo. Y para ello tenemos que estar en nuestro lugar, sin heroísmo ni romanticismo revolucionario, como activistas tranquilos, en la calle y en la red, expandiendo la rebeldía y la desobediencia y, al tiempo, generando las nuevas estructuras hiperpolíticas. Nuestra labor sigue siendo perfectamente quintacolumnista: críticas al neoliberalismo salvaje, contrainformación acerca de sus verdaderos logros y de los nuestros, investigación sobre los problemas y las soluciones, abandono de las políticas insostenibles, etcétera; combinada con agitación, formación y organización, para el aprovechamiento parasitario o simbiótico de las estructuras actuales, en todo momento y lugar.

Todos somos quintacolumnistas, o podemos llegar a serlo, incluso sin saberlo ni creer en ello, de forma intuitiva. El quintacolumnismo es así: en última instancia, la conciencia rebelde del cambio en acción, aun antes de aparecer una teoría hiperpolítica, y aunque al final haya de desembocar en una estrategia consciente y global.

[http://www.newamerica.net/index.cfm?
pg=articleDocID=1057](http://www.newamerica.net/index.cfm?pg=articleDocID=1057)
[http://64.233.183.I04/search?
q=cache:YgbFSL7qS7A\]:www.albion.edu/polisci/grossman/2004%2
20APSA%2520Paper.doc-fífrh-
ecolumn+strategyenclientefirefox-a](http://64.233.183.I04/search?q=cache:YgbFSL7qS7A]:www.albion.edu/polisci/grossman/2004%20APSA%2520Paper.doc-fífrh-ecolumn+strategyenclientefirefox-a)

Del antitratado de hiperpolítica

La eficacia de un tratado de hiperpolítica es pequeña, desde la perspectiva de la práctica hiperpolítica; las cuestiones que aborda son demasiado grandes como para pretender dar alguna solución concreta y nos encontramos ante un territorio completamente inexplorado. Por ese motivo, sus virtudes son escasas como modelo hiperfílosófico y participativo, incluso cuando está coordinado con la red y se desdobra en una plataforma virtual paralela. Pero su eficacia como táctica

quintacolumnista no es en absoluto despreciable. Al contrario, puede ser mayor de la que sospechamos; en este mundo híbrido, dual y transitorio, un libro, una publicación, un fanzine o un pasquín pueden convertirse en una poderosa baza quintacolumnista en la cultura analógica, dominante todavía en la mayor parte del mundo, incluido nuestro primer mundo. Un libro todavía puede tener su lugar y valor en la educación, entre los lectores de libros y en ciertos sectores concienciados, pero, sobre todo, si este tratado sobre hiperpolítica está realizado con verdadera vocación hiperpolítica, para abrir un espacio aunque sea efímero a la propia hiperpolítica teórico-práctica, y genera aun en una exigua medida una semilla de activismo que no sea mera retórica. Entonces fructifica el quintacolumnismo del libro que, hablando de cibercultura, se introduce en el espacio real, del mismo modo que el quintacolumnismo de la página web que, hablando de la realidad, se introduce en la cibercultura. Ambos movimientos acaban trenzando una estrategia hiperpolítica donde el uso de la tecnología y su impacto en el mundo son modificados y potenciados. En ese momento, el libro como refugio de ese tratado de hiperpolítica sí tiene sentido como pieza clave en un plan más ambicioso, al igual que sin duda lo tendría una versión hipertextual e interactiva del mismo, ampliada a un proceso hiperfilosófico, deliberado o espontáneo. Pero es que este tratado en formato de libro es también un ensayo-ficción sobre hiperpolítica. Ficción porque no trata sobre lo que existe realmente —la vieja y resabiada política—, sino sobre lo que puede ser en el futuro, lo que podría ser si lo intentamos, lo que debería ser si nos comprometiéramos, lo que podría haber sido ya si hubiéramos estado atentos al principio, lo que puede ser o no ser ya en este momento... Esto es, hablamos de ficción en sentido estricto, en su etimología de «moldear las cosas», de darle una forma posible y que tal vez termine convirtiéndose en efectiva. Por ello creemos que se trata de una ficción activista-hacktivista que, en el mejor de los casos, confirmaría un proceso en marcha, aunque no estemos seguros hacia dónde se dirigirá. Y en el peor, sería saludado u olvidado como una propuesta más o menos original. Por todo ello, pese a nuestro propósito, a punto de cumplirse, de escribir y presentar un tratado de hiperpolítica como ensayo-ficción ofake declarado, a través del método analógico-quintacolumnista del libro, somos conscientes de que el verdadero tratado, no de hiperpolítica sino el tratado hiperpolítico en sí mismo, está todavía por escribirse por sus legítimos autores, es decir, los lectores, todos los ciudadanos de la República Global en la página web de este tratado (<http://kdem.unex.es/quintacolumna>) o en otros foros, en otros libros o publicaciones, en los correos electrónicos o sms, u oralmente en las reuniones conspirativas. Estamos aguardando precisamente la aparición del verdadero tratado y no de este antitratado, del verdadero tratado hiperpolítico de hiperpolítica, la verdadera y progresiva quinta columna digital, y no este libro bastardo, pretencioso, parcial, ignorante, intelectualoide, torpe, unidireccional, contradictorio, corsario, incomprensible a veces, y que todavía cuesta dinero; estamos esperando ese «Gran Tratado Hiperfilosófico». creado a partir del

puro lenguaje común, de flujos escritos en el ciberespacio, de verdadero intercambio en el ágora virtual, de acciones en la calle y decisiones en la comunidad, de práctica de la imaginación libre. Estamos así todavía aguardando la aparición de ese tratado de hiperpolítica que es en sí mismo, en su existencia futura y posible, probable o improbable, plena hiperpolítica ya. En fin, saludemos a este pobre tratado como el profeta quintacolumnista de la hiperpolítica del porvenir en fuga y olvido, quizá aquella que no necesita siquiera tratados, justo en el momento de despedirlo ante la llegada de la buena nueva de la verdadera hiperpolítica...

http://en.wikibooks.org/wiki/Main_Page

http://www.inEidels.org/library/historical/moncure_d_conway/writings_c

Epílogo La quinta columna digital + Iniciar

1/

Con el final de la lectura de este libro por parte del ciudadano lector podríamos decir que ha concluido la primera fase del programa ejecutable de la quinta columna digital. Se ha introducido en su mente como una serie de ideas proporcionadas por un ensayo para ser procesado, comprendido y asimilado. Hasta ahora su respuesta es similar a la de cualquier texto convencional, que suele desembocar habitualmente en el archivo de la memoria o, si tiene suerte (dudosa suerte), fugazmente en el juego académico de la crítica y la cita; en cualquier caso, a su olvido en el flujo inmenso y torrencial de textos del ciber mundo. Pero justo ahora en su final, este ensayo inicia la segunda fase —la fase decisiva— de carácter hiperfilosófico y comunal. Y esta fase es un reclamo, poco frecuente pero libre y amistoso, al esfuerzo del lector más activo e interesado para que genere una respuesta textual o de algún modo creativa, a las proposiciones abiertas del libro y a su tesis sobre la hiperpolítica en su conjunto, pues el libro apenas es un esbozo lanzado en una botella de papel para otros naufragos de la hiperpolítica.

Sólo su continuación en la red garantiza que estas proposiciones temáticas se activen y extiendan, conectándose a otros interlocutores, creciendo en un nuevo tejido comunal, y que la quinta columna se reconozca y comience su labor de despejar espacios ciberatenienses, ágoras republicanas.

El libro desplegado como una red textual que conecta sus páginas alas mentes y a las redes de comunicación, a otros seres inteligentes y reflexivos que la injertan y metamorfosean en una experiencia viva y vital para la República Global, la república esférica de un mundo que despierta.

2/

La quinta columna digital era, en principio, un proyecto de carácter puramente artístico, surgido dentro del proyecto colectivo e internacional sobre nodos de arte alternativo Testee (Fundación Rodríguez/Arteleku). A través de sus primeros resultados —la página e-tester <http://www.neural.it/nnews/tester.htm> y el libro *Tester. Trabajo de nodos* (2004)—, Cibergolem había planteado una primera fase de desarrollo, de la que este libro es su segunda fase, abierta a posteriores desarrollos. Su objetivo era derivar hacia un tipo de propuesta pseudoteórica de net-art de carácter (hiper)político, efectivamente, en el ámbito social de la red.

La quinta columna digital es el intento de una suerte de microvanguardia artística e intelectual por transmutarse en retaguardia popular, para abrir la visión imaginaria y activista a una sociedad occidental que vive en una crisis de la política y la democracia. Finalmente, esta iniciativa pretende convertirse en un nodo experimental sobre hiperpolítica quintacolumnista, más allá del arte y de la política convencionales, en una suerte de síntesis práctica y activista de ambos espacios. La quinta columna digital comenzó siendo un proyecto comunalista generado por un nodo, ampliado a un primer círculo hiperfilosófico de amigos de Cibergolem, convertido en curso quintacolumnista y, ya en este momento progresivamente ampliado, a un segundo círculo de colaboradores, a punto de ser expandido a un tercer círculo público.

La quinta columna digital se presenta como una simulación prospectiva de la hiperpolítica alternativa a través de un libro y una página web, abierta y necesitada de desarrollos posteriores para ser completada. El modelo elegido para darle forma a esta propuesta es el ensayo-ficción, un verdadero texto *fake* sobre la (hiperpolítica del futuro inmediato de la llamada República Global, una ficción contra utópica del siglo XXI. La quinta columna digital, un texto compuesto por una introducción y una selección de proposiciones temáticas interactivas, concluye en este epílogo activista y cibercultural y una serie de Prótesis hiperfilosóficas, a modo de apéndices. Un texto imperfecto e inacabado como *work in progress*, que huye del aura doctrinal del texto cerrado de autor, de su solemnidad académica o de su seducción divulgativa.

Su redacción, deliberadamente asertiva y prescriptiva, desarrollada en una suerte de grados o segmentos proposicionales, está destinada a ser trabajada o manipulada (interrumpiendo o sustituyendo fragmentos) por el lector —si así lo desea—, ya que a partir de este momento su proyecto continúa como un texto comunal de carácter hiperfilosófico. Esto es, puede leerlo y dejarlo, pero también continuarlo; anotándolo, corrigiéndolo, versionándolo o sometiénolo a cuantas manipulaciones textuales, artísticas o (hiper)políticas considere útil.

Como pura producción de cibercultura libre (sin ninguna restricción) está a su entera disposición para ser mejorado o utilizado; así, el texto inicial que hemos presentado —La quinta columna digital 1.0— : es obra de Cibergolem y sus derechos, propiedad de la editorial que lo publica, por lo que no nos hacemos responsables del resto de versiones, parciales o totales, si las hubiera. Sólo

agradeceríamos saber de su existencia, acaso para poder continuar el juego hipertextual en la red.

Lógicamente, el impulso final de La quinta columna digital es seguir infiltrándose, cada vez más profundamente y de manera orgánica en el CiberImperio para mutarlo en la República Global. La quinta columna digital es un proyecto de vocación comunitaria y de duración indefinida que empezó como proyecto artístico, se convirtió en este texto comunal y continúa como espacio hiperpolítico en la red, con los siguientes objetivos inmediatos:

- recoger versiones hiperfilosóficas de este ensayo y noticias sobre la hiperpolítica;
- contactar con ciudadanos y hackers quintacolumnistas;
- llevar a cabo iniciativas de infiltración y creación alternativas;
- contribuir a la consolidación de una resistencia con voz y vida propias en el interior de esa supuesta República Global.

En la página web <http://kdem.unex.es/quintacolumna> estaremos encantados de comenzar estas labores conspirativas: recibir versiones hiperfilosóficas de los capítulos de este ensayo, así como nuevos capítulos y textos, especialmente materiales hiperpolíticos y quintacolumnistas.

También allí encontrará el lector e internauta los nuevos capítulos, textos e iniciativas (como las propuestas recogidas en el apartado de apéndices Prótesis hiperfilosóficas que Cibergolem y sus colaboradores aportarán sobre la hiperpolítica alternativa y la estrategia quintacolumnista.

3/

La quinta columna digital, de hecho, ya se está introduciendo en la red gracias al trabajo de un círculo progresivamente ampliado de amigos lectores y quinracolumnistas de este texto nuclear, que aportan otros textos sobre hiperpolítica y proto versiones fragmentarias de este ensayo comunal. Con su ayuda se ha ampliado el núcleo inicial de Cibergolem, enriqueciéndolo y proyectándolo en el ciber mundo. Y no lo componen campesinos con horcas ni espías saboteadores, tampoco avatares digitales de conspiradores *crackers*, Únicamente, de momento, personas normales y

corrientes, sentadas en su casa o en un cibercafé delante de su ordenador, ciudadanos más o menos respetables leyendo o tecleando sobre el modo de que la quinta columna se infiltre y mute en las mentes de otros ciudadanos rebeldes, multiplicando así el efecto del virus quintacolumnista. La quinta columna digital es la primera rebelión estática, silenciosa, incruenta, reflexiva; en verdad, una mutación revolucionaria en la rebeldía cotidiana. La hiperpolítica alternativa, que ya se incubaba en el vientre del Leviatán imperial a través de este y otros nodos de la alterglobalización, contribuye así con una nueva e irritante migraña en su cabeza, para provocarle el comienzo de un proceso de transformación continua, pues no deseamos que sólo mude de piel en la estación de la globalización, sino que de su crisálida, tarde lo que tarde, surja algo un poco mejor, un nuevo estadio, y así sucesivamente. En el interior del CiberImperio, la quinta columna digital, gracias al trabajo de una diminuta comunidad corsaria de hacktivistas, levanta poco a poco la República Global, que está compuesta a un tiempo de piedra y de bits, una ciudad híbrida y mestiza, sobre las ruinas de la tecnoutopía, que habitarán los ciudadanos libres.

Y para que todo esto sea de verdad posible, sólo queda una acción:

+ Iniciar

Cibergolem, 2005

Prótesis hiperfilosóficas (Apéndices)

Deseamos que esta serie de breves apéndices sea entendida por el lector como una selección de verdaderas prótesis hiperfilosóficas, que le ayuden a entender y pensar mejor la hiperpolítica quintacolumnista. Un kit de herramientas conceptuales que, articuladas entorno al cuerpo textual del antitratado (como comentarios, excursos, puntualizaciones, códigos, etcétera), le sean útiles para reflexiones especializadas y, sobre todo, para comenzar o continuar su propia labor hiperpolítica.

Hiperpolítica, un neologismo robado a Peter Sloterdijk

Hiperpolítica es, como hemos señalado, un concepto presentado por Peter Sloterdijk en su opúsculo titulado *En el mismo barco* (1994). La hiperpolitik que Sloterdijk utiliza nos parecía el término más adecuado para nuestro discurso y nuestras propuestas, aunque obviamente no lo hemos utilizado en el sentido de Sloterdijk. Mas bien nos hemos apropiado del término, de manera perfectamente quintacolumnista (un pequeño asalto a la filosofía posmoderna), básicamente ampliando y concretando su sentido. Quizá una de las virtudes, y al tiempo de los defectos, de Sloterdijk sea su ambigüedad, consecuencia de su estilo literario «híbrido», pero a nuestro propósito le interesaba justamente el estímulo evocador e interrogativo de su neologismo. La hiperpolítica era política pero otra política, más política, una repolitización de la política, un éxtasis político, un estilo político y un arte de la política y la política de un nuevo milenio. Nos parecía un concepto abierto y sugerente que, pese a abarcar vagamente lo cibercultural, no caía en lo tecnocrático de términos como «ciberpolítico». Y preferíamos lo hiperpolítico antes que la alternativa hiperdemocrático, porque era una política primordial antes incluso de la democracia griega o la democracia formal, antes de la existencia del mismo pueblo y de su gobierno. Peter Sloterdijk, pese a su interés crítico por la política de la era global en *Esferas* (2002-2005), *Eurotaoísmo* (2001), *El desprecio de las masas* (2002) o *Lo que queda de Europa* (2004), no desea o no se atreve a bajar a la arena política del activismo, y prefiere observarlo todo desde su olímpico filosófico. Una actitud legítima, pero demasiado limitada, académica y convencional para nuestra intención a la postre hiperpolítica y activista. Acierta en la necesidad de pensar con términos nuevos una política que esde hecho radicalmente nueva, pero a veces parece que su

solución es untanto elitista. «Donde está el peligro, crece lo que nos salva», nos advierte Holderlin, y allí nos dirigimos, con o sin el permiso de Sloterdijk, a la hora de buscar referencias útiles. y por ello recalamos en Sloterdijk, un «autor peligroso», pues en su obra se abren senderos atractivos, aunque a veces acaben en callejones sin salida, como en su libro Normas para el parque humano (2003), cuya vaga apuesta por una suerte de humanismo tecnológico o eugenésico (¿otra mala jugada de su estilo?) no compartimos en absoluto pero nos interesa escuchar con atención.

En cualquier caso, siendo coherentes con nuestra tradición hiperfilosófica (la hermana de la hiperpolítica y de donde ésta deriva en buena lógica), después de apropiarnos de la hiperpolítica de Sloterdijk, ofrecemos nuestro propio concepto revisado al lector para su reinterpretación. ¿Qué es hiperpolítica en definitiva? Lo que hiperpolíticamente deseamos que sea entre todos. Ésta es nuestra propuesta como interpretación para el lector: buscar una definición progresiva y cambiante, múltiple y saludablemente contradictoria del término.

La quinta columna y el quintacolumnismo

La quinta columna es un concepto que nos trae el recuerdo ominoso de la guerra civil española, pero su repercusión internacional hizo que el término adquiriera una discreta fortuna política como sinónimo del enemigo interior. Cuando las cuatro columnas del ejército franquista avanzaban en 1936 hacia Madrid, capital sitiada, se habló de una supuesta «quinta» columna, compuesta por espías y saboteadores reclutados entre la población civil, que operaba en el interior de la ciudad. Sus labores eran la agitación, el espionaje, el derrotismo, la desafección, el paqueo de francotiradores (sonido de disparos), el sabotaje y todo tipo de acciones subversivas, a través de células autónomas o la llamada Falange clandestina, uno de cuyos instrumentos privilegiados de comunicación era la radio. Sus logros, más allá de su fama, han sido valorados como decisivos (Javier Cervera, 1998). Pero, como hemos señalado, su verdadero éxito fue la entronización de un concepto que nos revelaba la importancia decisiva de la contra insurgencia en las grandes guerras, al tiempo que se convertía en un amenazante fantasma o señuelo para la población civil asediada. Cualquiera podía ser un quintacolumnista camuflado, capaz de poner en riesgo el control de la ciudad, abriendo sus puertas al enemigo exterior.

La idea de la quinta columna, introducida por Mola (y divulgada por el periodista lord St. Oswald), agigantada por la imaginación popular o la propaganda, se convirtió

así en una nueva singularidad estratégica entre la política y la literatura, divulgada por los extranjeros y la prensa internacional favorable al bando republicano; por ejemplo, los artículos de Alexandre Koyré, *Reflexions sur le mensonge* (http://aejcpp.free.fr/articles/koyre_mensonge.htm) y *La cinquième colonne*, y la obra de teatro *The Fith Column* (1973) del novelista Ernest Hemingway. Posteriormente, fijado ya el concepto, ha hecho fortuna como tópico periodístico entre los columnistas españoles o incluso es evocado en novelas de ciencia ficción como *Sixth Column* (1999), de Robert Heinlein, o de manera irónica en la reciente *Milenio negro* (2004), de J. G. Ballard.

Después del concepto de guerrilla, al genio militar hispano le cabe el honor de haber introducido el concepto de quintacolumnismo en la doctrina militar y, de nuevo, como aportación de las fuerzas irregulares de la población civil. Ésta es la referencia histórica, con la que obviamente nada tiene que ver nuestra quinta columna digital, a no ser como apropiación quintacolumnista de la historia, precisamente, para darle la vuelta en un giro subversivo. Así, aquella quinta columna de la tiranía, por arte de birlibirloque hiperfilosófico, pasa a ser republicana. Pero ahora ya no hay enemigo ni bárbaro exterior presionando el limes imperial, todos los enemigos del *statu quo* somos traidores civiles o rebeldes indomesticables engullidos por la globalización planetaria (a no ser que consideremos la quinta columna digital el enemigo interior y occidental de las cuatro columnas como el caos, la guerra y la pobreza). Y es que la única guerra posible es el amotinamiento civil e interior — como señala Ezensberger(2001), es guerra civil molecular—, un *putsch* civil y progresivo, en términos más actuales, insurgencia y resistencia para un golpe multitudinario y global. La única opción en la era del fin de la historia y la guerra virtual es entonces la quinta columna contra el policía de turno del nuevo orden internacional Y por ello creemos que se trata de la única opción en contra de la quinta columna negra del hiperterrorismo fundamentalista, la cual no pretende sino una destrucción nihilista. De aquí que la quinta columna hiperpolítica trate de lograr la regeneración de la sociedad civil hacia la hiperdemocracia. Una quinta columna revelada que busca, finalmente, recuperar la República que a comienzos del siglo XXI ya es global.

El quintacolumnismo, la opción definitiva de participación hiperpolítica que sólo tiene sentido si es infiltrada (renovada) por todos y cada uno de sus ciudadanos.

Hacia una ciencia ficción hiperpolítica

Uno de los ámbitos en los que mejor puede desarrollarse el carácter imaginario y prospectivo de la hiperpolítica quintacolumnista es la cienciaficción. Siendo *La quinta columna digital* un ensayo-ficción del futuro inmediato, es necesario conocer la tradición rebelde e (hiper)política de suparalelo artístico, la ciencia ficción. Su visión de una rebelión mediada por la tecnología puede inspirar a la quinta columna actual y nutrir el imaginario posibilista de la sociedad de la globalización.

En la literatura de ciencia ficción, la idea de la rebelión siempre ha estado presente, ya sea contra alguna distopía, contra la invasión alienígena o contra los propios humanos por parte de los robots. No obstante, vamos a destacar únicamente aquellas novelas o películas que, por su madurez política, intuición estratégica o por su perfil tecnológico, nos pueden resultar más próximas y sugerentes. De entre los clásicos de la literatura, distopías como *Nosotros* (1993) de Yevgueni Zamiatín, *Un mundo feliz* (1979) de Aldous Huxley, o *1984* (1984) de George Orwell, nos advierten del fracaso de una rebelión como aventura personal o incluso, en el último caso, el de un buen conocedor de la guerra civil española y del stalinismo, de una fingida quinta columna patrocinada por el estado.

Sin embargo, *La luna es una cruel amante* (2003), de Robert Heinlein, nos muestra el triunfo de la rebelión popular en la Luna, con la ayuda de un superordenador inteligente y una red telefónica utilizada a manera de una rudimentaria red.

Ursula K. Le Guin tiene, además de la interesante incursión en la rebeldía anticolonial de *El nombre del mundo es bosque* (1989) y la fundamental *Los desposeídos* (1999), una utopía crítica de carácter anarquista, que introduce al «ansible» como sistema comunicativo universal y que, a semejanza de Internet, puede contribuir a la paz y a la convivencia hiperpolítica.

La ciencia ficción hard nos ha dejado la monumental serie sobre Marte de Kim Stanley Robinson (*Marte rojo*, 1998; *Marte verde*, 1999; *Marte azul*, 1999) sobre una rebelión por la independencia marciana, liderada por científicos y ecologistas, que se asemeja a la globalización alternativa.

La corriente ciberpunk, uno de los ingredientes principales de la cibercultura hacker, tiene en la visión crítica de Bruce Sterling su utopía pirata (Hakim Bey, 1996), en *Islas en la red* (1990), donde las guerrillas luchan contra un mundo dominado por las corporaciones gracias a las cibertecnologías. Posteriormente, ya en una etapa postciberpunk, en *Distracción* (2000), nos presenta unos Estados Unidos del futuro inmediato en decadencia y surcados por tribus nómadas de hackers. En la estela ciberpunk, resulta fundamental *La era del diamante* (1997) de Neal Stephenson, donde la rebelión es encabezada por una niña adoctrinada por un fabuloso hiperlibro interactivo, o la trilogía de Nancy Krees *La cabalgata de los mendigos* (1998). En el panorama reciente podemos destacar *Milenio negro* (2004) de J. G. Ballard, en la cual aparece una nihilista rebelión de la clase media en un presente alternativo. En la ciencia ficción en castellano podríamos señalar la novela ciberpunk de Juan Antonio

Millán *Nueva Lisboa* (1995), y la fascinante *El delirio de Turing* (2003) de Edmundo Paz Soldán, donde desarrolla la idea de una rebelión en Bolivia entre los campesinos indígenas y hackers quintacolumnistas. No hay de momento una ciencia ficción puramente hiperpolíticoa quintacolumnista, ya que la ficción sigue reclamando la revolución jacobina, bañada en sangre, pero al menos su intención es introducir una crítica retrospectiva desde nuestro futuro posible sobre nuestro presente real.

En el cine, junto con el cómic, obviamente la rebelión es una baza argumental insustituible: desde sus mismos comienzos en *Metrópolis* (1927) de Fritz Lang, hasta las distopías postapocalípticas de los sesenta y setenta, como *El planeta de los simios* (Franklin F. Schaffner, 1963) o *Zardoz* (John Boorman, 1974), y la célebre saga de *La guerra de las galaxias* (1977-2005) de George Lucas, aparece como una rebelión republicana contra el imperio. La ironía surrealista contra la rebelión se aprecia en *Brazil* (1985) de Terry William, o en *eXisTenZ* (1999) de David Cronenberg.

El quintacolumnismo reaccionario se vuelve alternativo en el juego de identidades de *Desafío total* (1990) de Paul Verhoeven. Un pobre ciberpunk rebelde asoma en el vaquero cableado de *Johnny Mnemonic* (Roben Longo, 1995) al mesianismo virtualista de *Dark City* (1998) de Alex Proyas, o la rebelión de la célebre serie *The Matrix* (1999) de los hermanos Larry y Andy Wachowsky, pese a su ambiguo tecnohermetismo.

El cine espectacular de ciencia ficción todavía mantiene, pese a sus contradicciones ideológicas la visión conspirativa, la crítica humanista contra la hipertecnología y la alternativa de la rebelión cívica.

Para aquellos autores o directores de ciencia ficción que se sientan hiperpolíticos hemos propuesto un código hiperpolítico, a imitación del *Dogma 95* de Lars von Trier.

Código hiperpolítico para una ciencia ficción alternativa:

1. Antes que cineasta o autor de ciencia ficción eres un artista ético y crítico.
2. No caigas en los tópicos tecnológicos de la ciencia ficción, revísalos.
3. Diseña un futuro completo, tecnológico pero también sociológico.
4. Simula sólo tecnologías científicamente posibles.
5. Huye de los efectos especiales y del espectáculo gratuitos.
6. Imagina un futuro posible, más allá de la utopía y la distopía.
7. Explora los medios baratos; la red, el vídeo digital, un buenguión.
8. Experimenta con el hiperarte, los dibujos animados y la infografía.
9. Combate el tecnohermetismo con tu visión de una ciencia ficción alternativa.
10. Introduce una visión hiperpolítica y de la rebelión quintacolumnista en el futuro.

Crea una ciencia ficción de calidad tanto estética como intelectual, que sea tan atractiva como inquietante, esto es, subversiva.

Los derechos digitales según la hiperpolítica alternativa

En la era de la cibercultura y la globalización, los derechos digitales se han convertido en derechos básicos, que cualquier organismo internacional debiera recoger, promover y, en la medida que fuera posible, garantizar.

Ésta es nuestra propuesta abierta (hiperfilosóficamente mejorable) sobre los derechos digitales desde el punto de vista de la hiperpolítica alternativa, con el objeto de superar la brecha digital.

No obstante, se pueden consultar las siguientes direcciones para ver las nuevas propuestas de reformulación de los derechos básicos en la sociedad contemporánea: <http://www.orlok.com/chihair/clinks.html> <http://leahy.senate.gov/record/1997/03/20/record/19703-20.html>, <http://somiatriutes.blogalia.com/categorias/Ciberderechos> y http://www.barcelona2004.org/esp/banco_deConocimiento/temas/ficha.cfm?cod_tema=14

Los derechos digitales según la hiperpolítica alternativa son los siguientes:

toda persona tiene derecho a una fuente de energía renovable y a las tecnologías básicas que garanticen su plena supervivencia (económica, médica, social y cultural);

toda persona tiene derecho a una conexión gratuita a Internet;

toda persona tiene derecho al software básico (procesador de textos, correo electrónico, navegador, buscador, etcétera);

toda persona y toda comunidad tienen derecho a una formación informática básica;

toda persona tiene derecho a ejercer sus derechos hiperpolíticos por la red;

toda persona tiene derecho al acceso de los conocimientos básicos para su plena supervivencia (tecnológica, económica, social, educativa), a través del copyleft, etcétera;

toda persona tiene derecho a la libertad de expresión en el ciberespacio, a informar o ser informado libremente en la red;

toda persona tiene derecho a no ser sometido a tecnovigilancia;

todos los derechos de las personas son derechos de las comunidades;

toda persona y toda comunidad a los que no se les garanticen estos derechos digitales tienen derecho a obtenerlos por cualquier medio (código abierto, piratería amistosa, copyleft, wireless, etcétera).

Programa básico de procesos hiperpolíticos (un boceto)

Un programa hiperpolítico y alternativo debiera ser no tanto una lista de objetivos políticos como un programa de procesos-estrategias combinados para ser introducidos de manera quintacolumnista.

En este boceto hemos resumido los que nos parecen los diez procesos más importantes de un programa a escala global, para ser discutidos y desarrollados de manera hiperfilosófica:

Proceso 0: creación de un ágora ciberateniense (hiperfilosófica) global sobre hiperpolítica quintacolumnista, sobre estrategias y tácticas para que elabore y desarrolle este programa de procesos, como un estudio de futuro.

Proceso 1: coordinación de entidades, heterónimos y colectivos virtuales de carácter hiperfilosófico, artístico o cultural activista en la red para su labor hiperpolítica y quintacolumnista.

Proceso 2: creación de una red de comunidades glocales y activistas en Internet y en la sociedad civil, que desemboque en la quinta columna global como comunidad quintacolumnista.

Proceso 3: aprobación y aplicación de una carta de los derechos digitales por parte de instituciones, parlamentos, partidos, etcétera, promovida por el movimiento de la cibercultura libre.

Proceso 4: reforma progresiva de la democracia representativa y de los sistemas electorales de los países, instituciones y organismos, a partir de la aplicación de la democracia participativa en la sociedad civil a nivel local.

Proceso 5: generación de una educación paralela en hiperpolítica y activismo, estrategias y tácticas ciberculturales y quintacolumnismo global.

Proceso 6: creación de naciones virtuales que busquen todos los niveles de autogobierno en aquellos países donde existan demandas o conflictos nacionalistas.

Proceso 7: planteamiento de un sistema homeostático de solidaridad mundial contra la pobreza global a través de un portal de tecnología y conocimiento libres.

Proceso 8: investigación de un sistema de decisión hiperpolítica (y ciberdemocrático) a escala global, desde las comunidades, ayuntamientos y regiones a los países e instituciones transnacionales y globales.

Proceso 9: infiltración en las estructuras y ámbitos de poder del CiberImperio, para promover la hiperpolítica y crear nodos quintacolumnistas.

Proceso 10: ensayos globales de acción multitudinaria de desobediencia civil y/o quintacolumnista sobre aspectos de la economía, la guerra, la ecología y los procesos políticos y electorales.

Una revisión estratégica de la táctica del enjambre y otras

De entre todas las tácticas que la globalización alternativa ha elevado al rango de estrategia global, sin serlo en absoluto, la del enjambre es la más reconocible. La táctica neoguerrillera de atacar desordenadamente como enjambre de mosquitos el gran búfalo de la globalización imperial ha sido estudiada por numerosos expertos en estrategia militar como John Arquilla y David Ronfeldt (2003), y glosada como multitud, entre otros autores contemporáneos, por Michael Hardt y Antonio Negri (2004b), Paolo Virno (2003b) o Howard Rheingold (2004). Sin despreciar el efecto debilitador del desangramiento o la infección de los picotazos múltiples y constantes del enjambre de mosquitos o de la «guerra de la pulga» (popularizado para la guerrilla zapatista, Arquilla y Ronfeldt, 2003), hemos de reconocer que el sistema ha sido capaz de metabolizarlo. Incluso utiliza la idea del perturbador caos del enjambre como nuevo mito ideológico contra cualesquiera enemigos, calificados indistintamente como terroristas destructivos.

En otras palabras, el CiberImperio necesita la nube de mosquitos para sentirse vivo y para justificar su política autoritaria y policial, esto es, la no aplicación de una hiperpolítica, acotada con regulares golpes de cola de sus cuerpos represivos sobre elementos díscolos o estados gamberros.

Por ello, desde una reflexión estratégica global, hemos de cuestionar el privilegio de la táctica del enjambre y, en todo caso, pensar en un enjambre biperpolitico que actúa coordinadamente sobre los puntos sensibles del Leviatán, no sobre su correosa piel sino en el interior de sus vísceras y no para destruirlo sino como microorganismo, para inocularle el virus de la mutación hiperpolítica.

Desde nuestra apuesta por una estrategia quintacolumnista, hay también otra serie de tácticas clásicas y renovadas que, combinadas con el enjambre quintacolumnista, pueden tener una mayor eficacia y, a medio y largo plazo, un efecto definitivo, sobre todo teniendo como modelo el enjambre constructivo y cooperativo de hormigas y abejas.

En el acervo de los tratados clásicos de estrategia militar, de los tratados sobre lucha guerrillera, de los ensayos sobre contra insurgencia y golpes militares o de la desobediencia civil, encontraremos muchas tácticas que, revisadas, podrían servir para la quinta columna. Especialmente toda la doctrina estratégica oriental, impregnada de la filosofía taoísta obudista zen, que rehuye la guerra y la violencia y afirma que el «*arte de la guerra es el camino del subterfugio*» (Sun Tse, 1993). No obstante, hay que tener en cuenta que la práctica totalidad de estos tratados versan sobre enfrentamientos bélicos, no sobre la lucha hiperpolítica e incruenta en el interior de una entidad global. De su análisis se puede extraer sólo una serie de principios básicos, teniendo siempre presente que no proponemos una efímera conquista del poder sino una rebelión hiperpolítica de la ciudadanía, basada en la no violencia y los derechos humanos.

A continuación proponemos una serie de tácticas quintacolumnistas, guiándose por nuestra versión de «la estrategia de los círculos continuos» oriental, es decir, la multiplicidad de tácticas combinadas contra una fuerza superior, de acuerdo con una estrategia más amplia que permanece oculta:

establecimiento y coordinación de trabajo reticular y nodular no jerárquico y temporal;

decepción o engaño bélico sobre las fuerzas propias y las del enemigo mediante subterfugios virtuales y a través de actitudes del quintacolumnismo clásico como el derrotismo, desafección, etcétera;

simulación o *fake* activista, con la creación de heterónimos, grupos, colectivos, entidades, plataformas, partidos ficticios o hiperpolíticos;

elaboración de estudios del futuro activistas y de trabajos de política-ficción;

saqueo, apropiación y adaptación de conceptos, retóricas, jergas, estrategias, etcétera, de la política convencional o la filosofía según una visión progresiva de la hiperpolítica;

formación hiperpolítica en las materias obligatorias y en escuelas paralelas en todos los ámbitos reglados de enseñanza, para profesores y alumnos;

captación de personas críticas en ámbitos sociales, institucionales, intelectuales, artísticos y políticos para la causa de la hiperpolítica;

infiltración, a todos los niveles, en instituciones, asociaciones, colectivos, partidos, empresas, etcétera, a través de la doble o múltiple militancia;

sabotaje creativo (no destructivo) con la introducción en redes institucionales, canales oficiales de información y media de información veraz, libelos críticos, parodias, convocatorias, etcétera;

creación de una sociedad paralela hiperpolítica, a través de comunidades hiperpolíticas dedicadas a todos los ámbitos desde la economía al arte y formación de contra-gobiernos en la sombra;

acciones subrepticias de agitación en instituciones y media: campañas anónimas de pintadas, performances, etcétera;

desobediencia civil de multitudes cualificadas: huelgas, obstrucciónética, boicot, impago de impuestos o abstención de obligaciones en elecciones, formación de jurados, cibersentadas;

tácticas simbióticas o parasitarias con instituciones y organizaciones diversas para posibilitar el quintacolumnismo;

tácticas hacktivistas: mail-bombing, flash mob, spoofing, etcétera;

ciberdemocracia hiperpolítica: referéndums consultivos virtuales, etcétera.

Para aquellos interesados en profundizar en esta importante área desconocimiento para la hiperpolítica, necesitada siempre de nuevas aportaciones, se pueden consultar desde clásicos políticos como Maquiavelo (2000, Bakunin (1973) o Lenin (1983), a autores contemporáneos como Žižek (20024a) o Negri (2004) en su recuperación de Lenin, o Bensaid(2004) y Beck (2004) en sus reflexiones sobre estrategia; militares como Clausewitz (1998) y Jünger (1988), o sobre la guerrilla como T. E. Lawrence (2004), Mao Tsé-Tung (1976), Che Guevara (1997). También los hay recientes como el subcomandante Marcos (1997) y las interpretaciones de John Holloway (2002) y, especialmente, orientales como Sun Tse(1990), Sun Bin (2004), Miyamoto Musashi (1996) o los estudios al respecto de Thomas Cleary (1992). Aparte, hay numerosas publicaciones especializadas y páginas en Internet de activistas artísticos, como las de Luther Blisset o Wu Ming (2002), En este aspecto estratégico, cabe mencionar tendencias artísticas como los situacionistas o neosituacionistas cibernéticos como Critical Art Ensemble, Art Mark o Electronic Disturbance Theater.

Una de las fuentes más interesantes son los escasos textos o noticias sobre el quintacolumnismo de grupos terroristas y de agencias de inteligencia (como es obvio, diametralmente opuestos al quintacolumnismo hiperpolítico) como el que se practica contra el Fórum Social Mundial(FSM), a través de la policía y de grupos ficticios subvencionados por la CIA. Este hecho nos confirma que, en el juego de quintacolumnismos, el último de los agentes sociales en ponerse al día en quintacolumnismo, y de paso en adoptarlo en su versión revisada y más profunda (el quintacolumnismo del quintacolumnismo) como la única estrategia lógica en el contexto global, será el único en quedar al margen del futuro. Precisamente para contribuir a profundizar en su conocimiento y comprensión hemos convocado el 1

Potlach Quintacolumnista.

I Potlach Quintacolumnista sobre Estrategia y Tácticas

Cibergolem, la entidad autora de este antitratado en colaboración con sured de colaboradores y amigos o curso quintacolumnista convoca el I Potlach de proyectos de hiperpolítica quintacolumnista en la red.

Envía tus ideas sobre estrategia y tácticas quintacolumnistas, puestas en práctica o en fase de reflexión, sobre los diferentes ámbitos de la cibercultura libre como tecnociencia, educación, periodismo, artes y ciencia ficción o política.

Tus propuestas serán convenientemente valoradas por Cibergolem, presentadas en su página web y distribuidas entre su red de amigos y colaboradores.

La reflexión y valoración de este potlach servirá para elaborar los próximos trabajos de Cibergolem, como el proyectado Behemot os. Leviatán.

Un código ético quintacolumnista

Para aquellos lectores interesados en pasar a la acción, proponemos, a modo de orientación, un breve código quintacolumnista.

Código quintacolumnista para la hiperpolítica:

lee este código con escepticismo, revísalo y adáptalo si te conviene;

no actúes con violencia ni la promuevas (la vida no es sagrada pero sí preciosa, sobre todo la tuya, para ti y para la quinta columna);

no hay ningún dogma sagrado en la hiperpolítica, tan sólo un infinito proceso de revisión hiperfilosófica:

la destrucción de bienes suele ser inútil; piensa, antes que en el sabotaje, en su reutilización (corolario hacker: preserva la red de virus y ciberataques indiscriminados);

sigue la acción dual, en el espacio real y en el ciberespacio, bajo estrecha coordinación;

privilegia la acción común, antes que la individual, con un grupo, comunidad, red o multitud;

prepara la acción inteligente, reflexiva antes y después;
piensa en la acción estratégica que tenga un sentido global a largo plazo;
imagina la acción creativa, que construye antes que destruye, transformando;
no busques ningún beneficio personal sino el bien común, acaso la supervivencia;
declárate abiertamente hiperpolítico quintacolumnista siempre que puedas, pero actúa como un cripto o un marrano hasta que puedas hacerlo sin peligro;
resígnate a cumplir las leyes justas y las injustas, hasta que no te quede más remedio que ejercer la desobediencia civil;
piensa y actúa siempre contra el imperio y a favor de su mutación en una República Global;
el primer objetivo de la quinta columna digital no es que todos tengamos un ordenador, sino que todos tengamos un pedazo de pan(acaso gracias a una conexión);
lleva tu compromiso activista como un estilo vital, en el que tu rabia se convierta en alegría y placer;
colabora con el enemigo siempre que puedas, para expandir la hiperpolítica, para infiltrarte, para convertirlo en quintacolumnista de sí mismo y de los otros;
promueve sólo aquella intervención política que conlleve un avance hiperpolítico;
la formación tecnoética es básica en el desarrollo de un quintacolumnista y su debate riguroso y comunitario, el tamiz de cualquier acción;
lucha por los derechos humanos pero también por los derechos digitales y los hiperpolíticos:
sin autocrítica activista no hay verdadero quintacolumnismo:
renuncia de antemano a cualquier utopía o tecnoutopía —incluso ala República Global—, confórmate con la efímera microtopía de la acción
Revisarás hiperfilosóficamente este código siempre que lo necesites y lo divulgarás de manera quintacolumnista entre tus amigos y tus enemigos.

Proyectos de Cibergolem sobre hiperpolítica quintacolumnista

Cibergolem. el autor y el curso reticular de colaboradores y amigos, está desarrollando actualmente varios proyectos sobre hiperpolítica quintacolumnista, derivados de este antitratado:

tratado colectivo sobre la ética hiperpolítica del móvil;

guía de textos y webgrafía sobre tácticas y estrategias quintacolumnistas;
extensión del curso quintacolumnista para la hiperpolítica;
ejercicios hiperfilosóficos sobre hiperpolítica;
laboratorio hiperfilosófico del programa de procesos;
diseño hiperpolítico para naciones virtuales;
software libre e hiperfilosofía;
carta de derechos de las IAs;
los derechos digitales e hiperpolíticos:
contra la democracia tecnohermética (panfleto);
hacia el arte hiperpolítico (proyecto artístico);
Proyecto HiperEuropa'05 y compromiso quintacolumnista;
I Potlach de proyectos quintacolumnistas;
contribución al potlach: Behemot VS. Leviatán.

Compromiso como infiltrado quintacolumnista o doble agente hiperpolítico:

Suponiendo que la Constitución Europea sea aprobada como estaba previsto, se pone en marcha la estrategia quintacolumnista de infiltración para desarrollar una labor hiperpolítica en profundidad, primero a través de la firma y distribución de una declaración de compromiso quintacolumnista.

Modelo de declaración de compromiso quintacolumnista:

Me comprometo a infiltrarme en el plazo de un año en alguna institución, organización o partido europeo o a crear un nodo en su interior para desarrollar de manera quintacolumnista la hiperpolítica alternativa.

Me comprometo a divulgar, promocionar y poner en práctica la hiperpolítica: la democracia participativa, un programa común hiperfilosófico, la imaginación y el humor críticos, el (hacktivismo, así como la transmutación del imperio en República Global.

Nombre o seudónimo.

+ Texto para copiar, distribuir por la red y enviar a Cibergolem.

En cualquiera de estos proyectos serán bienvenidas tus sugerencias.

Una invitación quintacolumnista

La primera de las iniciativas prometidas por Cibergolem, una vez revisado el texto del libro La quinta columna digital, era dar comienzo al anunciado 1 Potlach sobre estrategias y tácticas quintacolumnistas para la hiperpolítica. Y en buena lógica, los

primeros invitados a participar habrían desear aquellos autores que, de una manera u otra, habían inspirado críticamente algunas de las ideas del libro y del proyecto. Conocer su opinión sobre la hiperpolítica y el quintacolumnismo nos parecía, además de una primera y sugerente contribución hiperfilosófica al comunal quintacolumnista, la mejor invitación a todos los lectores, a todos los amigos y hasta los enemigos, de este planteamiento quintacolumnista, a participaren su proceso creativo.

La carta que por correo electrónico enviamos a estos autores —basada en la propuesta «5.000 caracteres para la quinta columna digital»—. vale también para cualquier lector que quiera aceptar el reto de contribuir al potlach.

Estimado lector@:

Pertenece al colectivo Cibergolem, dedicado a la 'reflexión sobre la filosofía de la tecnología, CTS y la cibercultura activista.

Este colectivo se dio a conocer bajo este irónico heterónimo a través de una visión crítica del tecnohermetismo en la cibercultura contemporánea en el libro *La Nueva Ciudad de Dios*. Un juego cibercultural sobre el tecnobermelisma (Siruela, Madrid, 2002).

Recientemente, a partir de nuestra colaboración en el proyecto internacional *Tester*, generado por la Fundación Rodríguez y el centro de arte vasco *Arteleku* (Donostia-San Sebastián, España), dedicado al «testeo» de nodos de arte alternativo con una deriva política, hemos desarrollado un proyecto llamado *La quinta columna digital*.

Entre otras acciones e iniciativas, ha fructificado este libro *La quinta columna digital*. *Antitratado comunal de biperpolitica*, publicado por la editorial Gedisa (Barcelona, España). Nuestro propósito es que sea un tratado abierto a la discusión en la red y que, en la medida de lo posible, provoque, aparte de un debate sobre algunas de sus proposiciones, al menos alguna iniciativa práctica.

Para ello hemos contado hasta ahora con la colaboración de lo que hemos llamado *curso quintacolumnista*, una serie heterogénea de intelectuales y artistas, que han aportado sus ideas, textos y propuestas sobre hiperpolítica quintacolumnista.

Pero queremos ampliar el círculo de colaboradores, en la creencia de que una reflexión comunal resulta imprescindible para cambiar el actual estado de cosas en nuestro complejo mundo globalizado.

En este sentido, nuestro objetivo más cercano es dar inicio al 1 *Potlach de Estrategias y Tácticas Quintacolumnistas para la Hiperpolítica*.

Para iniciarlo, lo más correcto nos parecía hacérselo saber a aquellos intelectuales cuyo trabajo —interpretado críticamente por nuestro colectivo ha servido directamente de inspiración o motivo de discusión para este proyecto, como es su caso.

Nuestro colectivo se caracteriza por seguir un «anarquismo epistemológico» en la utilización o apropiación de sus referencias, lo que nos ha llevado a trabajar de acuerdo con un enfoque de hiperfilosofía crítica en red, en el cual entran en juego dialógico conceptos de la más diversa procedencia ideológica o filosófica.

De acuerdo con la propuesta nuclear del proyecto, de impulsar una hiperpolítica participativa y activista, a través de una estrategia quintacolumnista, en el interior de todos los ámbitos de nuestra sociedad global, nos gustaría conocer su opinión sobre la necesidad o no de una estrategia global quintacolumnista (obviamente pacífica) y, si ello es así, conocer algunas de sus propuestas estratégicas y tácticas de tipo quintacolumnista en la red y en la sociedad.

Así, nuestra propuesta para este 1 Potlach de Estrategia Quintacolumnista para la Hiperpolítica es la siguiente:

1 POTLACH DE ESTRATEGIAS y TÁCTICAS QUINTACOLUMNISTAS PARA LA HIPERPOLÍTICA

—UNA INVITACIÓN QUINTACOLUMNISTA,

5.000 CARACTERES para LA QUINTA COLUMNA DIGITAL

Una aportación para desarrollar la hiperpolítica glocalmente a través de una estrategia o táctica quintacolumnistas, de infiltración creativa.

Una idea, un texto, una teoría, una táctica, una cita, la lectura recomendada de un título sobre estrategia, una experiencia, el contacto con un grupo, un plan, una recomendación, un código ético, una propuesta...

Cualquier cosa que pueda caber en un máximo de 5.000 caracteres (es lo más que nos atrevemos a solicitar sin conocerle personalmente) que pueda ponerse a disposición de todos los usuarios y lectores como un bien comunal.

No pretendemos emprender ninguna campaña solidaria —en todo caso, iniciar una subversiva y quintacolumnista—, sino una colaboración libre que genere poco a poco un comunal de ideas para que cualquier activista de la quinta columna se sirva de ellas.

Hemos leído con sumo interés sus libros y sus artículos en la red y creemos que son importantes para desarrollar una estrategia quintacolumnista de manera eficaz. Por ello estaríamos agradecidos de contar con su colaboración para ayudarnos a crear esa base de datos sobre estrategia y tácticas quintacolumnistas.

La situación actual de falta de genuina democracia y de tiranía del

pensamiento único —de falta de una imaginación rebelde y activista— nos anima a creer que cualquier contribución, por modesta que pudiera parecer, es importante, en todos los ámbitos, desde la filosofía y la teoría política hasta la ciencia ficción o el net-art,

Esperamos poder publicar, si la hubiera, su contribución en el libro *La quinta columna digital* y, en cuanto sea posible, en la página de la quinta columna que Cibergolem prepara bajo la licencia de Creative Commons.

A partir de la publicación del libro y de sus respuestas, abriremos este 1 Potlach a un *curso quintacolumnista* ampliado con nuevos amigos y lectores.

Como el texto de *La quinta columna digital* se ha escrito en castellano, le enviamos un documento adjunto en inglés sobre nuestro proyecto y sobre los conceptos nucleares de hiperpolítica y quintacolumnismo, así como una relación de páginas web relacionadas directamente con Cibergolem y esta iniciativa.

Con su contribución es posible que los ciudadanos de la República Global del mundo puedan tener una herramienta para crear algo que no sea una utopía.

Un saludo rebelde, nuestro agradecimiento y nuestra cálida bienvenida al Potlach de la quinta columna

CIBERGOLEM
andoniap@unex.es
inakiarzo@masbytes.es

El Golem, breve biografía quintacolumnista

La historia del quintacolumnismo es, en parte, también la historia del mítico Galero y su tradición imaginaria. La de una criatura artificial que se rebela contra su creador y que, sólo en las versiones antiguas, ha de ser destruido por su maldad destructiva.

Como señala Maurice Blanchot (2005), la idea del Golem sufrió una evolución desde su origen religioso hasta la leyenda: *«El Golem se animaba y vivía con una vida prodigiosa, superior a todo lo que podemos concebir, pero sólo durante el éxtasis de su creador. Necesitaba ese éxtasis y el destello de la vida extática, pues él mismo no era más que la realización instantánea de la conciencia del éxtasis. Así fue, por lo menos, en el origen. Más tarde, el Golem se transformó en una obra mágica*

corriente, aprendió a perdurar como todas las obras y como todas las cosas, y se volvió entonces capaz de esas jugadas que lo hicieron entrar en la celebridad y la leyenda, pero asimismo salir del verdadero secreto de su arte».

y así el Golem se convierte en una metáfora de los peligros de la magia y de la tecnología como magia científica, pero también puede ser una metáfora de la rebelión en el interior del sistema tecnológico. Y en ese caso, adquiere un matiz hiperpolítico, que puede ser explorado de manera quintacolumnista.

Hasta la llegada del primer Golem propiamente hiperpolítico que es el Leviatán (edición de 1994) de Thomas Hobbes como «hombre artificial» colectivo, que se rebela en la Revolución Francesa y en la soviética, hay una larga y compleja historia de golems ficticios y metafóricos

El primer hombre, Golem del Dios bíblico, se rebela contra su creador. Eva, el primer Golem femenino de Dios —pero también de Adán—, se rebela contra ambos, convirtiéndose en el precedente de la Eva rebelde en el mito de Pigmalión o en las novelas de Joseph van Eichendorff (edición de 1987), Prosper Mérimée (edición de 1946) y Auguste Villiers de L'Isle Adams (edición de 1988), o de *La novia de Frankenstein* (edición de 1931) en la película de James Whale y de la falsa Maria de *Metrópolis* (1927) de Fritz Lang.

El propio Golem, como engendro adánico fabricado mediante magia en la mitología judía centro europea, ha sido estudiado por Gershom Scholem (1988) y tiene su versión más célebre en la leyenda de Praga acerca del rabino Löw (Lew o Loew), que tendrá fortuna en las tempranas versiones cinematográficas de las dos versiones de *Der Golem* (1914), de Paul Wegener y, aparte de las narraciones de Jacob Grimm (edición de 1967), E.T.A. Hoffmann (ediciones de 1981 y 1982) Y Achim von Arnim (edición de 1999), especialmente en la novela hermética *El golem* (edición de 1994) de Gustav Meyrink. Los homúnculos de Paracelso o del doctor Fausto en la obra de Goethe (edición de 1980), se convierten en la versión cristiana del Golem, con diversas versiones fílmicas como *Homunculus* (1917), de Otto Ripert.

También hay una conexión secreta del Golem con los autómatas y las cabezas parlantes —antecedentes del robot y la inteligencia artificial— atribuidas a alquimistas como el papa Silvestre II (Gerberto de Aurillac), Roberto Grosseteste, san Alberto Magno o Roger Bacon (uno de los padres de la filosofía de la tecnología y gran visionario en Descubrimiento de los milagros del arte y la naturaleza, donde imaginó aviones, tanques y submarinos, esto es, encarnaciones del Leviatán golémico). las cuales a su vez guardan relación con el Bafomet templario, la calavera o cabeza mecánica que contenía (o revelaba) los secretos de esta misteriosa orden.

La criatura de Frankenstein de Mary Shelley (1980) es el primer Golem tecnológico de la ciencia ficción moderna, cuya próspera fortuna literaria y cinematográfica desemboca, dando forma a la tradición de los robots, en el primer Golem mecánico, el autómata rebelde de *R.U.R.* (edición de 2004) imaginado por Karel Capek.

Entonces comienza la exitosa y universal aceptación del robot en la ciencia ficción, más allá de los robots humanistas de Isaac Asimov, en los excesivamente serviciales de Jack Williamson (1990), las IAs de la serie de *La Cultura* de Iain M. Banks (edición de 2004) o de Kevin O'Donnell *Efímeras* (edición de 1989), que controlan inmensas naves generacionales o la amplia gama de extrañas IAs y cyborgs ciberpunks. En el capítulo de una cierta nostalgia retro de la ciencia ficción podemos mencionar los golems «fotocopiados» de *Gente de barro* (2003) de David Brin.

En el cine son ya numerosísimos los robots rebeldes o amenazantes -*Androide* (1982), *Engendro mecánico* (1977), *Saturno 3* (1980), *Cortocircuito* (1986), *Terminator* (1984), *Yo robot* (2004), etcétera—, hasta el punto de haberse convertido en una figura tópica, en cuya estirpe destacaríamos los robots asesinos del parque temático de *Almas de metal* (1973) de Michael Crichton, el Hal de *2001: una odisea del espacio* (1968) de Stanley Kubrik, los replicantes militares de *Blade Runner* (1982) de Ridley Scott, o las IAs triunfantes de *The Matrix* (1999-2003) de los hermanos Larry y Andy Wachowsky.

La filosofía de la ciencia también ha utilizado la metáfora del Golem, pues para Harry Collins y Trevor Pinch (1996), la propia ciencia es un golem que es preciso guiar, y para el padre de la cibernética, Norbert Wiener, la propia automatización es un golem peligroso, como advierte sabiamente en *Dios y Golem, S. A.* (edición de 1988):

El futuro ofrece pocas esperanzas a quienes aguardan que nuestros nuevos esclavos mecánicos nos ofrezcan un mundo en el que podamos dejar de pensar. Pueden ayudarnos, pero a costa de plantear reivindicaciones supremas a nuestra honestidad y a nuestra inteligencia. El mundo del futuro será todavía una lucha más intensa contra las limitaciones de nuestra inteligencia, y no una cómoda hamaca en la que podamos echarnos a ser atendidos por nuestros esclavos robot.

No obstante, según Pamela McCorduck (1991), Marvin Minsky y otros partidarios de la IA fuerte, están orgullosos de ser herederos del rabino Löw, creador del Golem. En esa misma estela de recuperación se inscribe la construcción de robots humanoides como Asimo o Hubo —como se aprecia en la Exposición Universal de Aichi, en 2005, un triunfo del antropomorfismo en la robótica-, y de un pequeño robot de ocio llamado significativamente Golem.

En el mundo del manga y del anime japonés la figura del Golem como gigante metálico ha hecho fortuna desde los tiempos de la mítica serie *Mazinger Z* hasta la reciente *Rahxephon* o la película *PatLabor* (1990) de Mamoru Oshii, y tantas otras, en una deriva que va desde el exoesqueleto como superarmadura hasta la encarnadura tecnomística del golem-robot; en los dibujos animados occidentales, contamos con la

deliciosa rebeldía de *El gigante de hierro* (1999) de Brad Bird.

Para Michael Hardt y Antonio Negri en *Multitud* (2004), referencia teórica de la alterglobalización, el Golem, en sus versiones modernas, no sólo pasa de ser «parábola de la creación para convertirse en fábula de destrucción», sino que en el fondo «no quiere matar, sino amar y ser amado», ya que «quizá los monstruos, como el golem, intentan transmitir, susurrándonos en secreto por entre el estrépito de nuestro campo de batalla global, una enseñanza acerca de la monstruosidad de la guerra y nuestra posible redención a través del amor».

En la era de la cibercultura, son numerosos los golems puramente digitales que cobran vida en las redes y se rebelan contra el Leviatán de la megamáquina, como, entre otros, el proyecto de net-art Digital Golem de Eric van Hove (<http://www.transcri.be/digital/golem.html>). o este humilde Cibergolem, declaradamente quintacolumnista, o la novela de Cibergolem, heredero de aquel primer Golem, que se rebela también contra sutradición tecnohermética, pues sólo pretende ya, desde el mismo momento de su nacimiento, rebelarse no contra sino con sus creadores, ya que suscreadores (los autores) no constituyen esa entidad fuera de su cuerpo ficticio y virtual Cibergolem, como otras entidades o heterónimos colectivos de la cibercultura es pues una criatura quintacolumnista, que se infiltra antes en el interior de sus creadores para introducirse de manera más sutil y eficaz en el Leviatán, el Golem de la política moderna. Y así, finalmente, este Cibergolem -la quinta columna digital como Cibergolem— se rebela en el interior del Leviatán, transmutándose en él; Cibergolem como entidad multitudinaria, como Leviatán liberado y autónomo.

Ésta es la breve biografía de urgencia del Golem hasta nuestro Cibergolem, como primera entidad quintacolumnista, de la que pronto esperamos darles más noticias en nuestra versión web de La quinta columna digital.

El método hiperfilosófico de Cibergolem

El método empleado por Cibergolem a la hora de elaborar este antitratado es uno de los métodos hiperfilosóficos más imperfectos pero más genuinos.

Frente a otros métodos superficiales, pero más cómodos, como aquel que consiste en que uno de los miembros de la entidad escriba el texto con leves correcciones del otro o de que cada miembro escriba una parte, hemos preferido en este caso una fórmula más arriesgada: escribir un texto enteramente a dos manos.

El primer paso consiste en que ambos miembros de Cibergolem deciden en una reunión presencial una lista de cuestiones básicas que se tratan brevemente, en una suerte de brainstorming de ideas sobre hiperpolítica, que serán desarrolladas en un plazo determinado (cuatro meses).

A partir de la redacción esquemática por parte de uno de los miembros, el otro miembro va desarrollando el texto con comentarios y referencias. La revisión final conjunta simplemente sutura los saltos conceptuales más bruscos, sin pretensión de mayor unificación literaria o filosófica. Obviamente, todo el proceso de elaboración del texto tiene lugar a través de un intercambio de documentos por correo electrónico,

Cibergolem quiere así negar, en esta etapa provocativamente activista de su proyecto, el fetiche de la autoría individual, neutralizando y saboteando los estilemas personales, esto es, fabricando un artefacto textual cuya imperfección deliberada le impida alcanzar cualquier estatus como «filosofía propia», «dogma filosófico» o «pensamiento original». Para su propósito de fabricar un ensayo-ficción de choque, que de manera quintacolumnista saquea otros textos sin seguir ninguna escuela determinada, no cabía a nuestro juicio otro método (podíamos haber utilizado el género del diálogo de dos personajes anónimos, pero hubiera parecido, en esta ocasión, demasiado artificioso y poco unitario).

Por ello, rogamos al lector disculpen a Cibergolem como entidad inveteradamente experimental por sus tensiones expresivas, sus aparentes contradicciones, el carácter fuzzy de algunas alusiones o los cambios de registro, consecuencias todas inevitablemente derivadas de su propuesta hiperfilosófica como «monólogo dialógico» (dos voces de ventrílocuo para una entidad).

La textura conceptual resulta más rugosa, pero la fidelidad a este método hiperfilosófico garantizaba que el experimento textual cumpliera su objetivo: proporcionar un texto panfletario, un híbrido de prescripción y divulgación, balbuciente y embrionario, no cuajado en muchos aspectos, sin excesivas señas de identidad, listo para ser descuartizado hiperfilosóficamente: discutido, alterado, reformado, negado, versionado, plagiado, etcétera, sin pena alguna tanto por parte de los lectores como de los autores (ya que son un heterónimo ficticio). Y así, finalmente, entregado a la comunidad de lectores hiperfilosóficos y del curso quintacolumnista, para que sea tratado como un texto esencialmente de trabajo; activista, operativo, útil, y no una pequeña y pretenciosa biblia autoral.

La verdadera La quinta columna digital será entonces el gran tratado hiperfilosófico que preparen, si lo desea, a partir de este antitratado y otros textos similares, la comunidad de lectores y usuarios rebeldes de la República Global.

Éste ha sido el propósito del experimento hiperfilosófico desde el principio, para bien o para mal.

Nuestra última recomendación es que los lectores interesados en participar en estas labores conspirativas y quintacolumnistas busquen la manera de fabricar otros heterónimos colectivos activistas como Cibergolem.

Aplicando nuestro método y perfeccionándolo, podrán garantizar que la infiltración quintacolumnista entre los propios miembros genere entidades capaces de articular ricos discursos activistas que no se queden en la mera elaboración de sopa cultural alterglobalizadora sino que, finalmente, se transmuten en proyectos activados.

En ese momento, Cibergolem estará encantado de contactar con esas entidades afines del ciberespacio o la realidad, para, aunando esfuerzos, crear esa ágora quintacolumnista de la República Global.

Comunicado hiperfilosófico: La estrategia final del fracaso

Cibergolem nos ha presentado su antitratado, pero nosotros también somos Cibergolem, aunque seamos la quinta columna de Cibergolem, la quinta columna en el interior del propio quintacolumnismo.

y tenemos que declarar, en buena lid hiperfilosófica, como última prótesis, nuestra posición, aunque seamos tachados de derrotistas.

Se nos dice que esto no es un libro sino un proceso en forma de libro, de antitratado pirata, y además un ensayo ficción, un *fake* deliberado, un experimento político-artístico del anarquismo epistemológico, etcétera. En definitiva, la estratagema libresca de una pura operación quintacolumnista, el subterfugio intelectual basado, supuestamente, en *Las 36 estrategias*, para crear una cabeza de puente del quintacolumnismo digital que es global, etcétera.

Todo pura retórica, un producto fallido de «estilo subversivo» (GuyDebord) que se sirve de términos con aura como «democracia» o «república», o de la misma «hiperpolítica», en los que no confía sino como argucias quintacolumnistas, caballos troyanos de ese algo nuevo y desconocido que viene del futuro.

La verdad es que la hiperpolítica es un fiasco teórico y el quintacolumnismo un delirio marginal —al día de hoy—, y una improbable quimera en el futuro, dentro de diez años como supone Cibergolem y quizá dentro de cincuenta, aunque dentro de cien...

No obstante, nosotros, como quintacolumnistas infiltrados en la quinta columna, no somos apocalípticos ni pesimistas, ya que nuestra infiltración es una pura operación táctica del propio quintacolumnismo que se muerde la cola.

Somos perfectamente conscientes de que la hiperpolítica quintacolumnista es un fracaso, pero que la estrategia del fracaso también puede tener, a largo plazo, su validez.

Es un tópico estratégico que incluso la suma de fracasos tácticos, reales, fingidos o previstos, puede derivar finalmente en un triunfo estratégico global.

Podemos perder y perderemos todas las batallas hasta la victoria por abandono, disolución o transmutación hiperpolítica del enemigo, no sólo porque como señalara Nietzsche «enemigo, no hay enemigo», sino porque nuestra única victoria es la supervivencia de la República Global de todos, aunque sea, a estas alturas, in extremis.

Ésta es nuestra postrera contribución; una advertencia contra los efectos euforizantes de la retórica quintacolumnista y, al tiempo, la constatación de una certeza estratégica, sin plazo fijado y sin esperanza.

Sólo por ello, deliberadamente, sembramos esta semilla del fracaso.

La quinta columna de la quinta columna

La página web de la quinta columna digital

Visita la página web de la quinta columna digital:

<http://kdem.unex.es/quintacolumna.unex>

Encontrarás nuevos textos sobre hiperpolítica de Cibergolem y de otros autores, información sobre nuestros proyectos y acciones, y, por su-puesto, tendrás la oportunidad de contactar con nosotros, de formar parte de la quinta columna y de unirte al cuerpo virtual de Cibergolem, en su proceso de conversión en marca corsaria.

Gracias, amigo lector, por leer hasta el final este antitratado experimental. Esperamos que seas capaz de sobreponerte a su juego hiperfilosófico por el bien de la hiperpolítica y la República Global.

Un saludo rebelde,

Cibergolem 3.3.2005

Bibliografía

Esta bibliografía recoge tanto los libros citados o aludidos como otros títulos que nos han inspirado. No consignamos numerosos artículos de varias revistas como Viento Sur, El Viejo Topo, Mientras tanto, New Left Review, ContraPoder, etcétera, que también nos han servido como referencia.

a

AA. VV. 2004 *Capitalismo cognitivo. Propiedad intelectual y creación colectiva*. Proyecto Editorial Traficantes de Sueños, Madrid.

AA.VV. 2000 *Opciones alternativas*. La Catarata, Madrid.

AA.VV. 2001 *Modos de hacer. Arte crítico, esfera pública y acción directa*. Universidad de Salamanca, Salamanca.

AA.VV. 2001. *Imaginación democrática y globalización*. La Catarata, Madrid.

AA.VV. 2003. *El movimiento antiglobalización en su laberinto*. La Catarata, Madrid.

AA.VV. 2004. *Lo real y lo virtual*. Monográfico de la revista Debats, Valencia

Alain, José. 2003. *El imperio del caos*. Lom Ediciones, Santiago de Chile.

Alcacer, Santos. 1976. *La quinta columna*. Gregario del Toro, Madrid.

Alemañ Berenguer, Rafael Andrés. 2004. *Ciencia y Apocalipsis*. Equipo Sirius, Madrid.

Alonso, Andoni, y Arzoz, Iñaki. 2002. *La nueva ciudad de Dios. Un juego cibercultural sobre el tecnohermetismo*. Siruela, Madrid.

Alonso, Andoni, y Arzoz, Iñaki. 2003. *Carta al homo cibemeticus*. EDAF, Madrid.

Amin, Samir, 2003. *Más allá del capitalismo senil*. El Viejo Topo, 2003.

Arco, Javier del. 2004. *Elementos de ética para la sociedad red*. Dykinson,

Madrid.

Aran, Raymond. 1976. *La República imperial: los Estados Unidos en el mundo (1945-1972)* Alianza, Madrid.

Arnim, Achim van. 1999 *Isabela de Egipto*. Valdemar, Madrid.

Arquilla, John, y Ronfeldt, David (eds.). 2003. *Redes y guerras en red*. Alianza, Madrid.

Ascanio Moreno, Guillermo; Guevara, Ernesto; y Fanon, Frantz. 1998. *Textos anticoloniales*. Ediciones La Marea, Madrid

b

Bakunin, Miguel. 1973. *Tácticas revolucionarias*. Proyección, Buenos Aires.

Ballard, J. G. 2002. *Guía del usuario para el nuevo milenio: ensayos y reseñas*. Minotauro, Barcelona

Ballard, J. G. 2004. *Milenio negro*. Minotauro, Barcelona.

Banks, Iaian M. 2004. *Excesión*. La Factoría de Ideas, Madrid.

Barber, Benjamín R. 1995. *Jihad Versus McWorld*. Times Books, Nueva York.

Barber, Benjamín R. 2000. *Un lugar para todos*. Paidós, Barcelona.

Barber, Benjamín R. 2004a. *El imperio del miedo. Guerra, terrorismo y democracia*. Paidós, Barcelona.

Barber, Benjamín R. 2004b. *Democracia fuerte*. Almuzara, Madrid.

Barrow, John D. 2002. *El libro de la nada*. Crítica, Barcelona.

Baudrillard, Jean. 1991. *La guerra del Golfo no ha tenido lugar*. Anagrama, Barcelona.

Baudrillard, Jean. 2000. *El crimen perfecto*. Anagrama, Barcelona.

Baumann, Zygmunt. 1999. *La globalización. Consecuencias humanas*. Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.

Baumann, Zygmunt. 2000. *Trabajo, consumismo y nuevos pobres*. Paidós,

Barcelona.

Baumann, Zygmunt. 2002a. *La ambivalencia de la modernidad y otras conversaciones*, Paidós, Barcelona.

Baumann, Zygmunt. 2002b. *En busca de la política*. Fondo de Cultura Económica, México.

Baumann, Zygmunt. 2003a. *Comunidad: en busca de seguridad en un mundo hostil*, Siglo XXI, Madrid.

Baumann, Zygmunt. 2003b. *Modernidad líquida*. Fondo de Cultura Económica, México.

Beck, Ulrich. 2004. *Poder y contrapoder en la era global*. Paidós, Barcelona.

Beneyto, José Vidal (ed.). 2002. *La ventana global*. Taurus, Madrid.

Beneyto, José Vidal. 2003. *Hacia una sociedad civil global*. Taurus, Madrid.

Bensard, Daniel. 2004. *Cambiar el mundo*. La Catarata, Madrid.

Beuys, Joseph. 1995. *Cada hombre, un artista*. Visor, Madrid.

Bey, Hakim. 1996. *Zona temporalmente autónoma*. Talasa, Barcelona.

Bey, Hakim. 1999. *Ínmediatismo*. Virus, Barcelona.

Bin, Sun. 2004. *El arte de la guerra II*. Edaf Madrid.

Blanchot, Maurice. 1999. *La comunidad inconfesable*. Arena Libros, Madrid.

Blanchot, Maurice. 2005. *El libro por venir*. Trotta, Madrid.

Blisseth, Luther. 2000. *Pánico en las redes, teoría y práctica de la guerrilla cultural*. Luis Navarro, Madrid.

Bodenmann-Ritter, Clara. 1995. *Cada hombre, un artista*. Visor, Madrid.

Borja, Jordi. 1998. *Estado y ciudad*. PPU, Barcelona.

Borja, Jordi. 2003. *La ciudad conquistada*. Alianza, Madrid.

Bourdieu, Pierre. 2001. *Contrafuegos 2. Por un movimiento social europeo*. Anagrama, Madrid.

Brea, José Luis. 2002. *La era postmedia*. Centro de Arte de Salamanca, Salamanca.

Brin, David. 1999. *The Transparent Society: Will Technology Force Us to Choose Between Privacy and Freedom?* Perseus, Nueva York.

Brin, David. 2003. *Gente de barro*. Ediciones B, Barcelona.

C

- Cabo, José María. 2004. *La economía como ideología*. Hiru, Hondarribia.
- Capee, Karel. 2004. *R. u.R.* Círculo de Lectores, Barcelona.
- Canetti, Elias. 1999. *Masa y poder*. Alianza, Madrid.
- Carrillo, Jesús. 2004. *Arte en la red*. Cátedra, Madrid.
- Casacubena, David et al. 2001. *Imaginación democrática y globalización*. La Catarata, Madrid
- Castells, Manuel. 1995-1997. *La era de la información, III vals*. Alianza, Madrid.
- Castells, Manuel. 2000. *La Galaxia Internet*. Plaza y Janés, Barcelona.
- Cebrián, Juan Luis. 2004. *El fundamentalismo democrático*. Taurus, Madrid.
- Cervera, Javier. 1998. *Madrid en guerra. La ciudad clandestina 1936-1939*. Alianza, Madrid.
- Clausewitz, Karl von. 1998. *De la guerra*. Ministerio de Defensa, Madrid
- Cleary, Thomas. 1992. *El arte japonés de la guerra: sabiduría de la estrategia*. Edaf, Madrid.
- Collins, Harry, y Pinch, Trevor. 1996. *El golem*. Crítica, Barcelona.
- Cooper, Richard N., y Layard, Richard (eds). 2003. *Qué nos depara el futuro. Perspectivas desde las ciencias sociales*. Alianza, Madrid.
- Crouch, Colino 2004. *Posdemocracia*. Taurus, Madrid.

d

- Debord, Guy. 1999. *La sociedad del espectáculo*. Pre-Textos, Valencia.
- Debord, Guy. 2000. *Comentarios sobre la sociedad del espectáculo*. Anagrama, Barcelona.
- Deleuze, Gilles, y Guattari, Félix. 2000. *Mil mesetas. Capitalismo y*

esquizofrenia. Pre- Textos, Valencia

Deleuze, Gíles, y Guattari, Félix. 2003. *Rizoma, una introducción*. Pre-textos, Valencia.

Dewey John. 2004. *La opinión pública y sus problemas*. Morara, Madrid.

Duque, Félix. 2003. *Contra el humanismo*. Abada, Madrid.

Dyson, Esther. 1998. *Release 2.0*. Ediciones B, Barcelona.

e

Echeverría, Javier. 1995. *Telópolis*. Destino, Barcelona.

Eco, Umberto, y Martín Carla. 1997. *¿En qué creen los que no creen?: un diálogo sobre la ética en el fin del milenio*. Temas de Hoy, Madrid

Eichendorff, Joseph von. 1987. *La estatua de mármol*. José J. de Olañeta, Palma de Mallorca.

Ellul, Jacques. 2003. *La edad de la técnica*. Octaedro, Madrid.

Enzensberger, Hans Magnus. 1974. *Elementos para una teoría de los medios de comunicación*. Anagrama, Barcelona.

Enzensberger, Hans Magnus. 2001. *Perspectivas de guerra civil*. Anagrama, Barcelona.

Etzioni, Amitai. 2001. *La tercera vía hacia una buena sociedad: propuestas desde el comunitarismo*. Trotta, Madrid.

f

- Fanon, Prantz. 1998. *Textos anticoloniales*. La Marea, Gran Canaria
- Fernández Buey, Francisco. 2004. *Guía para una globalización alternativa*. Ediciones B, Barcelona.
- Ferrer, Christian et al. 2002. *Patafísica*. Pepitas de calabaza, Logroño
- Feyerabend, Paul. 1984. *Adiós a la razón*. Tecnos, Madrid.
- Feyerabend, Paul. 1990. *Contra el método* Ariel, Barcelona.
- Feyerabend, Paul. 1993. *¿Por qué no Platón?* Tecnos, Madrid.
- Flynn, Michael. 2004 *En el país de los ciegos*. Ediciones B, Barcelona.
- Foucault, Michel. 2000. *Un diálogo sobre el poder y otras conversaciones*. Alianza, Madrid.
- Francescutti, Pablo. 2004. *La pantalla profética. Cuando las ficciones se convierten en realidad*. Cátedra, Madrid.
- Freire, Paulo. 2002. *La educación como práctica de la libertad*. Siglo XXI, Madrid.
- Fukuyama, Francis. 1992. *El fin de la historia y el último hombre*. Planeta, Barcelona.
- Fukuyama, Francis. 2004. *La construcción del estado*. Ediciones B. Barcelona, 2005.

g

- Galdon, Gemma (ed.). 2002. *Mundo 5. A. Voces contra la globalización*. Ediciones de la Tempestad, Barcelona.
- García Bacea, Juan David. 1974. *Humanismo teórico, práctico y positivo según Marx*. Fondo de Cultura Económica, Madrid.
- Garda Calvo, Agustín. 1983. *Historia contra tradición. Tradición contra Historia* Lucina, Zamora.
- Garda Calvo, Agustín. 1995. *Noticias de abajo*. Lucina, Zamora

- George, Susano 2002. *Informe Lugano*. Intermón, Madrid.
- George, Susano 2003. *Otro mundo es posible si...* Icaria, Barcelona.
- Giddens, Anthony. 2003. *La tercera vía: la renooación de la socialdemocracia*. Taurus, Madrid.
- Glucksmann, André. 2002. *Dostoievski en Manhattan*. Taurus, Madrid.
- Goethe, Johann W. 1980. *Fausto*. Planeta, Barcelona.
- González Calleja, Eduardo. 2003. *Los golpes de Estado*. Arco Libros, Madrid.
- Gonaález Garda, José M. 1998. *Metáforas del poder*. Alianza, Madrid.
- Gray, John. 2003. *Perros de paja*. Paidós, Barcelona.
- Gray, John. 2004. *Al-Qaeda y qué significa ser moderno*. Paidós, Barcelona.
- Grubic, Andrej. 2005. *Hacia un anarquismo diferente*. El Viejo Topo, nº 202.
- Grim, Jacob. 1967. *Cuentos completos de Grimm*. Labor, Barcelona
- Guattari, Félix. 2004. *Plan sobre el planeta*. Proyecto Editorial Traficantes de Sueños. Madrid.
- Guevara, Che. 1997. *La guerra de guerrillas*. Proyecto Editorial Txalaparta, Tafalla.

h

- Hables Gray, Chris. 2000. *Cyborg Citizen. Politics in the Posthuman Age* Routledge, Londres.
- Habermas, Jürgen. 2002. *Acción comunicativa y razón sin transcendencia*. Paidós, Barcelona.
- Haraway, Donna K. 1995. *Ciencia, cyborgs y mujeres*. Cátedra, Madrid.
- Hardt, Michael, y Negri, Antonio. 2002. *Imperio*. Paidós, Barcelona.
- Hardt, Michael, y Negri, Antonio. 2003. *El trabajo de Dionisias*. Akal, Madrid.
- Hardt, Michael, y Negri, Antonio. 2004a. *Guías. Cinco lecciones en torno a*

Imperio. Paidós, Barcelona.

Hardt, Michael, y Negri, Antonio. 2004b. *Multitud*. Debate, Barcelona

Hayles, Katherine. 1991 *How We Became Posthumans. Virtual Bodies in Cybernetics, Literature and Informatics*. Chicago University Press, Chicago.

Heinlein, Robert. 1999. *The Sixth Column* Baen, Nueva York.

Heinlein, Robert. 2002. *Puerta al verano*. La Factoría de Ideas, Madrid.

Heinlein, Robert. 2003. *La luna es una cruel amante*. La Factoría de Ideas, Madrid

Heisbourg, Francois. 2002. *Hiperterrorismo: la nueva guerra* Espasa, Madrid.

Hemingway, Ernst. 1992. *La quinta columna*. IVAECM, Valencia.

Himanen, Pekka. 2002. *La ética de hacker*. Destino, Barcelona.

Hobbes, Thomas. 1993. *El ciudadano*. Debate, Madrid.

Hobbes, Thomas. 2004. *Leviatán*. Alianza, Madrid.

Hoffmann, E. T. A. 1981. *Los autómatas*. José J. Olafieta, Palma de Mallorca.

Hoffmann, E. T. A. 1982. «*El hombre de arena*» en *Cuentos*. Los Libros de Plon, Barcelona.

Holloway, John. 2002. *Cambiar el mundo sin tomar el poder*. El Viejo Topo, Puebla.

Home, Steward. 2002. *El asalto a la cultura*. Virus, Bilbao.

Huntington, Samuel P. 1997. *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*. Paidós, Barcelona

Huxley, Aldous. 1979. *Un mundo feliz*. Plaza y Janés, Barcelona.

i

Ibarra, Pedro. 2002. *Creadores de democracia radical* Icaria, Barcelona.

Ignatieff, Michael. 1999. *El honor del guerrero*. Taurus, Madrid.

Ignatieff, Michael. 2004. *El mal menor: ética política en una época de terror*. Tauros, Madrid.

Ihde, Don. 2004. *Los cuerpos de la tecnología*. DOC, Barcelona.

Innenarity, Daniel. 2004. *La sociedad invisible*. Espasa, Madrid.

j

jarneson, Francis. 2000. *Las semillas del tiempo*. Trotta, Madrid.

jéuregui, Gurutz. 1994. *La democracia en la encrucijada*. Anagrama, Madrid.

jonas, Hans. 1994. *El principio de responsabilidad*. Círculo de Lectores, Madrid

jones, Steven G. (ed.). 2003. *Cibersociedad 2.0*. DOC, Barcelona.

jonson, Steven. 2003. *Sistemas emergentes*. Turner/Fondo de Cultura Económica, Madrid.

Jünger, Emst. 1985. *Las abejas de cristal*. Alianza, Madrid.

jünger, Emst. 1988. *La emboscadura*. Tusquets, Barcelona.

jünger, Emst. 2005. *El mundo transformado seguido del instante peligroso*. Tusquets, Barcelona.

k

Kagan, Robert. 2003. *Poder y debilidad. Europa y Estados Unidos en el nuevo orden mundial*. Tauros, Madrid.

Kerckhove, Derrick de. 1999. *Inteligencias en conexión. Hacia una sociedad de*

la web. Gedisa, Barcelona.

Kress, Nancy. 1998. *La cabalgata de los mendigos*. Ediciones B, Barcelona.

Koselleck, Reinhart. 2003. *Aceleración, prognosis y secularización*. Pre-Textos, Valencia.

Koyré, Alexandre. 1995. *Reflexions sur le mensonge*. Allie, París.

Koyré, Alexandre. 1997. *La cinquième colonne*. Allie, París.

Kymlicka, Will. 1996. *Ciudadanía multicultural*. Paidós, Barcelona.

Kymlicka, Will. 2003. *La política vernácula. Nacionalismo, multiculturalismo y ciudadanía*. Paidós, Barcelona.

I

Lawrence, T. E. 2004. *Guerrilla*. Acquarela Libros, Madrid.

Le Guin, Ursula Kroeter, 1989. *El nombre del mundo es bosque* Minotauro, Barcelona.

Le Guin, Ursula Kroeter, 1989. *Planeta de exilio*. Edasa, Barcelona.

Le Guin, Ursula Kroeter, 1996. *La mano izquierda de la oscuridad*. Minotauro, Barcelona.

Le Guin, Ursula Kroeter, 1999. *Los desposeídos*. Minotauro, Barcelona.

Lenin, Vladimir Illianov. 1983. *Obras completas, vol. XIV*. Progreso, Moscú.

Lévy, Pierre. 1994. *L'intelligence collective*. Découverte, París.

Lévy, Pierre. 2004. *Ciberdemocracia*. UOC, Barcelona.

Lévy-Leblond, Jean-Marc. 1975. *La ideología en la física contemporánea y otros ensayos críticos*, Anagrama, Barcelona.

L'Isle Adarns, Villiers. 1988. *La Evafutura*. Valdemar, Barcelona.

Lovelock, J. E. 1993. *Las edades de Gaia*. Tusquets, Barcelona.

Lovink, Geen. 2004. *Fibra oscura: rastreando la cultura crítica de Internet*.

Tecnos, Madrid.

Luttwak, Edward N. 2000. *Turbocapitalismo. Quién gana y quién pierde en la globalización*. Crítica, Barcelona

m

Machiavelli, Niccoló. 2001. *El príncipe. Comentado por Napoleón Bonaparte*. Mestas Ediciones, Madrid.

Machiavelli, Niccoló. 2003. *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*. Alianza, Madrid.

MacIntyre, Alasdair, 2001. *Tras la virtud*. Crítica, Barcelona.

Malaparte, Curzio. 1965. *Técnica del golpe de Estado*. Plaza y Janés, Barcelona.

Maldonado, Tomás. 1994. *Lo real y lo virtual*. Gedisa, Barcelona.

Maldonado, Tomás. 1998a. *Crítica de la razón informática*. Paidós, Barcelona.

Maldonado, Tomás. 1998b. *Qué es un intelectual; aventuras y desventuras de un rol*. Paidós, Barcelona.

Maldonado, Tomás. 2002. *Técnica y cultura. El debate alemán entre Bismark y Weimar*. Infinito, Buenos Aires.

Maldonado, Tomás. 2005. *Memoria e conoscenza. Sulle sorti del sapere nella prospettiva digitale*. Feltrinelli, Milán.

Mao, Tsé-Tung. 1976. *Sobre la guerra prolongada. Obras escogidas, tomo II*. Lenguas Extranjeras, Pekín.

Marí Sáez, Víctor (ed.). 2004. *La Red es de todos. Cuando los movimientos sociales se apropian de la Red*. Editorial Popular, Madrid.

Marín, Francisco A. 2004. *Engaños de guerra*. Inédita Ediciones, Barcelona.

McCorduck, Pamela. 1991. *Máquinas que piensan*. Tecnos, Madrid.

Meddeb, Abdelwahab. 2003. *La enfermedad del islam*. Galaxia Gurenberg, Barcelona

Méndez Rubio, Antonio. 2003 *La apuesta invisible. Cultura, globalización y crítica social*. Montesinos.

Mérimée, Prospero 1946. *La Venus de Ille*. Espasa Calpe, Madrid.

Mernissi, Fatima. 1992. *Miedo a la modernidad: Islam y democracia*. Ediciones del Oriente y del Mediterráneo, Madrid.

Mernissi, Fatima. 2004. *Un libro para la paz*. El Aleph Editores, Barcelona.

Meyrink, Gustav. 1994. *El golem*. Valdernar, Madrid.

Millán, Jose Antonio. 1995. *Nueva Lisboa*, Alfaguara, Madrid.

Ming, Wu. 2002. *Esta revolución no tiene rostro: escritos sobre literatura, catástrofes, mitopoesis*. Acuarela, Madrid.

Mitchell, John. 1995. *City of Bits*. MIT, Cambridge, Mass.

Monibot, George. 2003. *La era del consenso: manifiesto para un nuevo orden mundial*. Anagrama, Barcelona.

Moore, Michael. 2002. *Estúpidos hombres blancos*. Ediciones B, Barcelona.

Moore, Michael. 2004. *¿Qué han hecho con mi país, tío?* Ediciones B, Barcelona.

Mulgan, G. 1997. *Life After Politics: New Thinking For The Twenty-First Century*. Fontana Press, Londres.

Mumford, Lewis. 1998. *Técnica y civilización*. Alianza, Madrid.

Mumford, Lewis. 2002. *La megamáquina*. Ateneo Libertario, Barcelona.

Musashi, Miyamoto. 1996. *El libro de los cinco anillos*. Edaf, Madrid.

n

Negri, Antonio. 2000a. *Arte y multitud: ocho cartas*. Trotta, Madrid.

Negri, Antonio. 2000b. *Spinoza subversivo*, Akal, Barcelona.

Negri, Antonio. 2004. *La fábrica de la estrategia. 33 lecciones sobre Lenin*. Akal, Barcelona.

Negroponte Nicholas. 1996. *El mundo digital*. Ediciones B, Barcelona.

Noble, David F. 1999. *La religión de la tecnología: la divinidad del hombre y el espíritu de invención*. Paidós, Barcelona.

Nozick, Robert. 1995. *La naturaleza de la racionalidad*. Paidós, Barcelona.

Nye, Joseph. 2003. *Las paradojas del poder norteamericano*. Taurus, Madrid.

O

O'Donnell, Kevin. 1989. *Efímeras*. Ultramar, Barcelona.

Orwell, George. 1984. *1984*. Destino, Barcelona.

Oteiza, Jorge. 1971. *Quosque Tandem*. Txertoa, San Sebastián.

P

Palao, José Antonio. 2004. *La profecía de la imagen-mundo: para una genealogía del paradigma informativo*. Generalitat Valenciana/IVAC, Valencia.

Paz Soldán, Edmundo. 2003. *El delirio de Turing*. Alfaguara, Madrid.

Petit, Philip. 1999. *Republicanism. Una teoría sobre la libertad y el gobierno*. Paidós, Barcelona.

Petras, James F. 1999. *El informe Petras: globalización y ciudadanía. De Pericles a Samaranch*. Hiru, San Sebastián.

Petras, James F. 2000. *Las estrategias del imperio: los EE. UU. y América Latina*. Hiru, San Sebastián.

Pocock, John Grenville. 2002. *El momento maquiavélico: el pensamiento político florentino y la tradición republicana atlántica*. Tecnos, 2002.

R

Ramírez, Juan Antonio, y Carrillo, Jesús. 2004. *Tendencias del arte, arte de tendencias a principios del siglo XXI*. Cátedra, Madrid.

Ramonet, Ignacio; Chao, Ramón, y Wozniak, Jacek. 2004. *Abecedario (subjetivo) de la globalización*, Seix Barral. Barcelona.

Rawls, John. 1986. *Justicia como equidad y otros ensayos: materiales para una teoría de la justicia*. Tecnos, Madrid.

Raymond, Eric. 1999. *The Cathedral and the Bazaar*. O'Reilly, Nueva York.

Rees, Martín. 2004. *Nuestra hora final*. Crítica, Barcelona.

Regales, Antonio. 1981. *La literatura de agitación y propaganda*. Ediciones de la Torre, Madrid.

Rheingold, Howard. 2004. *Multitudes inteligentes*. Gedisa, Barcelona.

Rico-Bernabé, Raquel. 2004. *El mantenimiento de la paz ante los retos de las nuevas guerras*. Icaria, Barcelona.

Riechmann, Jorge. 2004. *Gente que no quiere viajar a Marte*. La Catarata, Madrid.

Rifkin, Jeremy. 2003. *La economía del hidrógeno: la creación de la red energética mundial y la redistribución del poder en la tierra*. Paidós, Barcelona.

Rifkin, Jeremy. 2004. *El sueño europeo*. Paidós, Barcelona.

Rodríguez, Fundación (coords.). 2004. *Tester. Trabajo de nodos*. Arteleku, San Sebastián.

Rorty, Richard. 1999. *Forjar nuestro país*. Paidós, Barcelona.

S

- Safranski, Rüdiger. 2004. *¿Cuánta globalización podemos soportar?* Paidós, Barcelona.
- Said, Edward W. 1996. *Cultura e imperialismo*. Anagrama, Barcelona.
- Said, Edward W. 1996b. *Representaciones del intelectual*. Paidós, Barcelona.
- Salam Pax. 2003. *Salam Pax, el internauta de Bagdad*. Mondadori, Barcelona.
- Sánchez Navarro, Jordi (ed.). 2004. *Realidad Virtual, Visiones del Ciberespacio*. Devir, Barcelona.
- Savonarola, Girolamo. 2000. *Tratado sobre la República de Florencia y otros escritos*. La Catarata, Madrid.
- Scholem, Gershon. 1989. *La cábala y su simbolismo*. Siglo XXI, México.
- Schumacher, E. F. 1994. *Lo pequeño es hermoso*. Herman Blume, Madrid.
- Sennett, Richard. 2002. *El declive del hombre público*. Península, Barcelona.
- Shelley, Mary. 1980. *Frankenstein o el moderno Prometeo*. Bruguera, Barcelona.
- Singer, Peter. 2000. *Una izquierda darwiniana*. Crítica, Barcelona.
- Situacionista, Internacional. 2000. *La supresión de la política (0958-1969)*, vol. 2. Literatura Gris, Madrid.
- Skinner, Quentin. 1998. *Maquiavelo*. Alianza, Madrid.
- Sloterdijk, Peter. 1994. *En el mismo barco. Ensayo sobre la biperpolitica*. Siruela, Madrid.
- Sloterdijk, Peter. 2001. *Eurotaoísmo*. Seix Barral, Barcelona.
- Sloterdijk, Peter. 2002. *El desprecio de las masas: ensayo sobre las luchas culturales de la sociedad moderna*. Pre-Textos, Valencia.
- Sloterdijk, Peter. 2003. *Normas para el Parque humano*. Ediciones Siruela, Madrid.
- Sloterdijk, Peter. 2004. *Si Europa despierta: reflexiones sobre el programa de una potencia mundial en el fin de su ausencia política*. Pre-Textos, Valencia.
- Sloterdijk, Peter. 2002-2006. *Esferas*, 3 vols. Siruela, Madrid.
- Sloterdijk, Peter, y Heinrich, Hans-Jürgen. 2004. *El sol y la muerte*. Siruela, Madrid.
- Soderquist, Jan, y Bard, Alexander. 2002. *La netocracia*. Pearson Educación,

Madrid

Sokal, Alan. 2002. *Imposturas intelectuales*. Paidós, Barcelona.

Soros, George. 2002. *Globalización*. Planeta, Barcelona.

Stallman, Richard M. 2004. *Software libre para una sociedad libre*. Proyecto Editorial Traficantes de Sueños, Madrid.

Stanley Robinson, Kim. 1998-1999. *Trilogía de Marte*. Minotauro, Barcelona.

Stephenson, Neal. 1997. *La era del diamante: manual ilustrado para jovencitas*. Ediciones B, Barcelona.

Stephenson, Neal. 2003. *En el principio era la línea de comandos*. Proyecto Editorial Traficantes de Sueños, Madrid.

Sterling, Bruce. 1990. *Islas en la red*. Destino, Barcelona.

Sterling, Bruce. 2000. *Distracción*. La Factoría de Ideas, Barcelona.

Stiglitz, Joseph. 2003. *El malestar en la globalización*, Círculo de Lectores, Madrid.

Subcomandante Marcos. 1997. *El sueño zapatista*. Anagrama, Barcelona.

Sustein, Cass R. 2002. *República.com*. Paidós, Barcelona.

t

Terceiro, J. B. 2001. *Digitalismo. El horizonte sociocultural emergente*. Alianza, Madrid.

Thoreau, Henry David. 1987. *Desobediencia civil y otros escritos*. Tecnos, Madrid.

Tipler, Frank. 2002. *La física de la inmortalidad: la cosmología moderna y su relación con Dios y la resurrección de los muertos*. Alianza, Madrid.

Toffler, Alvin. 1999. *El «shock» del futuro*. Plaza y Janés, Barcelona.

Tortosa, José María. 2004. *Democracia made in USA*. Icaria, Madrid.

Tzu, Sun. 1993. *El arte de la guerra*. Edaf, Madrid.

U

Ugarte, David de. 2004. *11-M. Redes para ganar una guerra*. Icaria, Barcelona.

V

Vázquez Liñán, Miguel (coord.). 2004. *Guerrilla y comunicacion. La propaganda política del EZLN*. La Catarata, Madrid.

Virilio, Paul. 1997. *El ciber mundo: la política de lo peor*. Ediciones Cátedra, Madrid.

Virno, Paolo. 2003a. *Virtuosismo y revolución*. Proyecto Editorial Traficantes de Sueños, Madrid.

Virno, Paolo. 2003b. *Gramática de la multitud: por un análisis de las formas de vida contemporánea*. Proyecto Editorial Traficantes de Sueños, Madrid.

W

Watson, David. 2002. *Contra la megamáquina*. Alikornio, Barcelona.

Weber, Max. 1995. *El político y el científico*. Altaya, Madrid.

Wiener, Norbert. 1988. *Dios & Golem s.A.* Siglo XXI, México.

Williamson, Jack. 1990. *Los humanoides*. Ultramar, Barcelona.

Winner, Langdon. 1979. *Tecnología autónoma*. Gustavo Gilí, Barcelona.

Wittgenstein, Ludwig. 1995. *Conferencia sobre ética*. Paidós, Barcelona.

Wittke, Carl. 1945. *Against Current. Life and Work of Karl Hemzen*. Cambridge Univ Press, Cambridge Mass.

y

Yuan, Gao. 2002. *Las 36 estrategias*. Edaf, Madrid.

Z

Zamiatín, Yevgueni Ivánovich. 1993. *Nosotros*. Tusquets, Barcelona.

Zarka, Ives Charles. 2004. *Figuras del poder*. Biblioteca Nueva, Madrid.

Zeraan, John. 2001. *Futuro Primitivo*, Numa Editorial, Madrid.

Zizek, Slavoj. 2002. *¿Quién dijo totalitarismo?* Pre-Textos, Valencia.

Zizek, Slavoj. 2004a. *Repetir Lenin*. Akal, Madrid.

Zizek, Slavoj. 2004b. *Violencia en acto*. Paidós, Barcelona.

Zizek, Slavoj. 2004c *Amor sin piedad*. Síntesis, Madrid.

Zizek, Slavoj. 2004d. *La revolución blanda*. Atuel/Parusía, Buenos Aires.

Notas

[1] Cibergolem es un heterónimo rebelde y comunal que, formado por Andoni Alonso e Iñaki Arzoz, viene trabajando desde hace quince años (con la colaboración ocasional y fluctuante de numerosos amigos) en temas de filosofía de la tecnología, ciencia, tecnología y sociedad (CTS) y cibercultura, en Internet y en diversas publicaciones. Uno de los rasgos principales de Cibergolem es el de utilizar -justamente de manera quintacolumnista-. un nuevo concepto posibilista de autoría virtual que puede servirse tanto del nombre de este heterónimo colectivo, de otros seudónimos temporales, de los nombres de los componentes que forman el heterónimo o sólo del de uno de ellos, etcétera, según convenga a las circunstancias o fases de cada proyecto.

En la era de la cibercultura y de la hiperfilosofía, la limitada autoría del nombre propio es una cuestión susceptible de ser adaptada, transformada y ampliada, como propone Cibergolem en este libro, cuya autoría provisional es asunto puramente formal y protocolaria, ya que su autoría definitiva (progresiva) corresponde a todo el público lector que acepte, de manera hiperfilosófica, completarlo con su participación.

Precisamente para iniciar este proceso, Cibergolem abrió a través de la colaboración del Corso quintacolumnista el trabajo de crítica y debate de las propuestas del libro, antes incluso de su publicación, a través del proyecto Tester, y ahora, una vez publicado, lo vuelve a abrir a las colaboraciones de los lectores en su página web.

Cibergolem, que como tal entidad se dio a conocer públicamente en La Nueva Ciudad de Dios (Siruela, Madrid, 2002) es en verdad un puro constructo quintacolumnista de ficción y realidad, al que le aguarda la aventura de ser el embajador de la hiperpolítica en el ciber mundo, y que por ello, como autor activista, se presta tanto a posteriores mutaciones como a las infiltraciones quintecolumnistas de los lectores. <<

[2] En una serie de aproximaciones podemos decir que la hiperpolítica es:

- - la política de los ciudadanos organizados;
- - la política de los no políticos, que no son apolíticos;
- - la política amateur fuera de los partidos;
- - la política libertaria y contestataria;
- - la política no teorizada, no convertida en ciencia (todavía);
- - la verdadera política dual, real-virtual, que coordina la calle y las nuevas tecnologías;
- - la política más allá de las ideologías políticas clásicas;
- - la nueva política popular, del pueblo no convertido en masa;
- - la política, de momento, de la izquierda alternativa;
- - la política de la globalización (alternativa);
- - la política flexible, sin dogmas;
- - la política más acá o más allá de las elecciones;
- - la hiperpolítica es la politización de todas las prácticas sociales y culturales.

<<

[3] Ecotage, barbarismo que conjuga las palabras ecología y sabotaje. Se utiliza para designar acciones un tanto violentas o delictivas realizadas bajo perspectivas ecologistas como la provocada en la piscina privada de un consejero de una empresa petrolera para recordarle las mareas negras. <<

[4] Véase el apéndice [«Hacia una ciencia ficción hiperpolítica»](#). <<

[5] Véase el apéndice «Programa básico de procesos hiperpolíticos (un boceto)» <<

[6] Véase el apéndice «[El método hiperfilosófico de Cibergolem](#)». <<

[7] Véase el apéndice «Los derechos digitales según la hiperpolítica alternativa». <<

[8] Véase el apéndice [«Hiperpolítica, un neologismo robado a Peter Sloterdijk»](#). <<

[9] Véase el apéndice «El Golem, breve biografía quintacolumnista». <<

[10] Véase el apéndice «Los derechos digitales según la hiperpolítica alternativa». <<

[11] Véase el apéndice «La quinta columna y el quintacolumnismo» y <http://www.rdz-fundazioa.net/testeelbooklbook02.pdf>. <<

[12] El término «enjambre» (swarm) ha tenido un gran éxito para comprender ciertos funcionamientos en Internet. Básicamente se refiere a la agrupación de personas que se reúne de forma espontánea a fin de lograr un objetivo y cuyos nexos de unión vienen dados precisamente por tal fin. Una vez conseguido, lo habitual es que el enjambre se disgregue. Véase el apéndice «Una revisión estratégica de la táctica del enjambre y otras». <<

[13] El término «quinta columna» fue acuñado por el general franquista Emilio Mola durante la guerra civil española para designar a los infiltrados en Madrid. El número se debe a que cuatro columnas franquistas asediaban la ciudad y la quinta era precisamente la clandestina en su interior, que se uniría a las demás en el asalto final. Ernest Hemingway popularizó su uso en inglés en su obra de teatro, basada en su experiencia en la guerra civil española, titulada *The Fifth Column*. Otro autor importante que empleó el mismo término fue el historiador de la ciencia Alexandre Koyré, exiliado en Nueva York por la ocupación nazi y que en 1943 escribió un artículo sobre la propaganda política y su uso totalitario: *Réflexions sur le mensonge* (http://aejcpp.free.fr/articlesJk.oyre_mensonge.htm), y en 1945, en la posguerra, una Quinta columna (*La cinquième colonne*), denunciando la existencia secular de un grupo escondido de clase pudiente que se alía con el enemigo a fin de mantener su estatus (<http://javiermarías.es/foro/viewtopic.php?TopicID=451>). Véase el apéndice «La quinta columna y el quintacolumnismo». <<